

 HARLEQUIN

Julia

JUDY CHRISTENBERRY
Nunca te dejaré

Julia.

JUDY CHRISTENBERRY

Nunca te dejaré



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2000 Judy Christenberry
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Nunca te dejaré, n.º 1307- agosto 2019
Título original: Never Let You Go
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1328-399-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

DÓNDE has estado? —preguntó Abby Kennedy a su hermana Beth tras abrirle la puerta—. Dijiste que ibas a estar aquí hace una hora.

Beth pasó al salón con el ceño fruncido.

—He tenido un pinchazo —dijo. El rancho Circle K, su hogar, estaba en la parte baja de Texas, a una hora de la ciudad de Wichita Falls. El pueblo más cercano para arreglar un pinchazo estaba a más de veinte millas—. ¿Ha venido alguien a verme?

Jedariah Davis estaba en la penumbra del cuarto de estar, mirando a la preciosa joven que por fin había llegado. Llevaba más de una hora esperándola.

Debería haber estado preparado para su belleza. Después de todo, sus hermanas, Abby y Melissa, eran realmente guapas. Pero algo en Elizabeth Kennedy lo afectó más que sus dos hermanas juntas. Mala señal.

Además, no estaba seguro de que le interesara tener por cliente a una mujer rica. Había aceptado ir a conocerla, pero no había hecho ninguna promesa. Se rumoreaba que aquellas damas eran ricas. Había decidido conceder a la chica el beneficio de la duda, pero tras una hora de espera ya estaba harto.

Harto... ¿asustado de tener que acercarse a ella?, le susurró una voz interior. Era una joven lozana, rica y bella. ¿Qué interés podía tener en las carreras de barriles?

—El señor Davis está aquí. Ha dicho que tenía una cita —dijo Abby a la vez que señalaba en dirección a Jedariah.

Beth miró hacia donde señalaba su hermana. Una inexplicable expresión de alivio cruzó su rostro a la vez que avanzaba hacia él con la mano extendida.

Jedariah llevaba media hora insistiendo en que tenía que irse, pero las educadas maneras de las hermanas de Beth habían hecho imposible su marcha. Pero en aquellos momentos sintió la tentación de irse sin más explicaciones.

—Hola —saludó Beth—. Disculpe que no lo haya visto al entrar, pero el cambio de luz es muy intenso. Lamento haberle hecho esperar.

Se detuvo cuando él estrechó su mano y no ocultó una expresión de sorpresa al mirarlo.

Él deseó que su reacción hubiera sido así de sencilla. Al menos, esperaba haber ocultado bien el arrebató de deseo que había experimentado, la agradable sensación que le había producido sentir que tenía las manos duras y encallecidas, claro indicio de que era una mujer trabajadora.

—Quiero que me entrene para las carreras de barriles —dijo Beth. Metió las manos en los bolsillos traseros de su pantalón a la vez que alzaba ligeramente una ceja—. Tengo entendido que es el mejor.

Jedadiah sabía reconocer un reto cuando lo oía.

—Sí, soy el mejor —dijo con gesto impávido.

—Desde luego, no le falta confianza en sí mismo —replicó ella, sonriente, a pesar de que alzó un poco la barbilla.

Jedadiah fue muy sucinto en su respuesta. A fin de cuentas, no lo contrataban para conversar.

—No.

—Supongo que tiene referencias. He leído algunas de sus entrevistas, pero no sé con quién ha trabajado últimamente.

—He entrenado a dos de los tres últimos campeones del mundo. Puede llamar a Sherry Duncan y a Lisa McDonald —Jedadiah no estaba acostumbrado a que se cuestionaran sus credenciales, pero no culpó a la joven por preguntar. No, aquel no era el problema.

Pero había un problema. O varios.

—Creo que ha habido una confusión, señorita Kennedy —dijo, y evitó mirarla—. Me voy —se volvió sin ofrecerle la mano. No quería volver a tocarla. Por algún extraño motivo, la primera vez que lo había hecho se había sentido demasiado afectado.

—¡Espere! —exclamó ella—. ¿Adónde va?

—Voy a seguir mi camino. Hay otras personas interesadas en contratar mis servicios.

—Yo no he dicho que no esté interesada.

—Pero no es usted la única que debe tomar la decisión. No tengo por costumbre trabajar donde no soy bienvenido —sin más, Jedadiah abrió la puerta y se encaminó hacia su baqueteada camioneta, ignorando los susurros de las hermanas.

Al oír unos pasos a su espalda esperó que fueran los de Abby, la razonable hermana mayor. Pero el cosquilleo que sintió en el cuello le hizo comprender que era Beth.

Un nombre delicado. Femenino. Problemas. Seguro.

—¿Podemos hablar un momento, señor Davis?

—No hay nada de qué hablar —murmuró él. Sus instintos le estaban gritando que se fuera de allí antes de que aquella mujer lo persuadiera para quedarse.

Se sentó tras el volante y cerró la puerta, pero la ventanilla estaba bajada, y ella apoyó una mano en la abertura.

—¿Qué prisa tiene?

—Llevo más de una hora esperando a que se presentara, señorita. No me gusta perder el tiempo —Jedediah mantuvo la vista fija al frente. Ya se había fijado en los ojos color avellana de Beth, en las pecas de su nariz, en sus carnosos labios...

Pero era demasiado joven para él. A pesar de que solo tenía treinta y un años, se sentía viejo al compararse con aquella lozana mujer.

—No he sufrido un pinchazo a propósito.

—No lleva tanto tiempo cambiar una rueda, a menos que se haya quedado esperando a que apareciera su príncipe azul para resolverle el problema.

Beth se ruborizó y apartó la mirada.

—No tenía la rueda de recambio —murmuró.

—¿Qué ha hecho?

—He tenido que ir andando a la casa del vecino más cercano para llamar al garaje del pueblo y pedir que me trajeran una —Beth volvió a mirarlo a los ojos—. Debería haber llamado aquí para avisar de mi retraso. Le pido disculpas por no haberlo hecho.

—No hay problema —replicó él, y arrancó la camioneta.

—Ya me he disculpado. ¿Por qué se va?

—No trabajo con nadie que no esté dispuesto a entregarse al cien por cien.

Beth alzó las cejas.

—¿Y quién ha dicho que yo no vaya a hacerlo?

—Hay que estar motivado para triunfar en el rodeo, y usted no lo está.

—Claro que lo estoy.

—¿Cómo va a estarlo? Su próxima comida no depende de lo bien que compita.

Beth observó con atención a Jedediah, cosa que hizo que este se sintiera aún más incómodo. Sabía que algunas mujeres se sentían atraídas por él. Había tenido demasiadas ofertas como para negar aquella verdad. Pero su habilidad para las relaciones sociales era muy escasa.

—¿Depende su próxima comida de su trabajo? —preguntó ella en tono despreocupado. Pero él captó su inteligente mirada. Más problemas.

Se encogió de hombros.

—No la próxima, pero acabaría por suceder. De hecho, ya me sucedió una vez.

—A mí también. No ahora, como obviamente sabrá. Pero no es la comida mi acicate... y creo que tampoco es el suyo. Comer no basta para saciar mi verdadero apetito. ¿Y a usted le basta?

Jed lamentó que no lo dejara ya. No sabía mentir.

—Tampoco.

—De manera que tenemos algo en común.

—Cobro muy caro —estaba buscando excusas para marcharse. Dobló la cantidad que solía cobrar y observó a Beth mientras lo hacía.

—Vaya, vaya. Veo que está muy orgulloso de su trabajo.

Jed contuvo el impulso de justificar la cantidad, de decirle lo bueno que era.

—Sí.

—De acuerdo.

Jed miró a Beth sin comprender.

—¿De acuerdo, qué?

—Acepto su precio. Supongo que es al margen de la comida y el alojamiento. ¿Algo más?

—Sí. Si acepto cualquier otro trabajo de entrenamiento necesitaré espacio en el establo para los animales. Pagaré por la comida extra, por supuesto.

—Tendré que consultar a Abby al respecto. Ella dirige el rancho. Pero creo que no habrá problemas. ¿Cuándo puede empezar?

¿Qué diablos estaba haciendo? Hacía un instante tenía intención de irse sin mirar atrás y ahora estaba a punto de mudarse.

—Un momento. Aún no la he visto cabalgar.

—Probaremos una o dos semanas y luego evaluaremos la situación. Si cree que no merece la pena malgastar su tiempo en mí, se irá, lo mismo que si a mí no me gusta su modo de trabajar. Si ambos estamos satisfechos, seguimos — Beth miró con atención a Jed. Al ver que este no decía nada, repitió su pregunta anterior—. ¿Cuándo puede empezar?

—¿Por la mañana?

—De acuerdo. Llevará más o menos una hora habilitar una habitación en los barracones. Comerá en la casa, con nosotros. En el establo hay un par de casillas vacías —Beth señaló el trailer para dos caballos sujeto a la camioneta de Jed—. ¿Quiere ayuda para instalarlos?

—¡No! Yo me ocupo de mis animales. Nadie más los toca. ¿Entendido?

—Entendido. Y espero que tome mucho azúcar en su café.

Jed sabía que iba a lamentar preguntar, pero no pudo evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque necesita dulcificarse. De lo contrario, todo se va a agriar a su alrededor —espetó Beth a la vez que se apartaba de la ventanilla.

—Puede que necesite algo más que azúcar para eso —replicó Jed, decidido—. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Que se le ha acabado la suerte, a menos que quiera ir al pueblo a gastar algo de dinero —Beth alzó levemente la barbilla.

—Cumpliré con mi trabajo, señorita. Usted límitese a comprobar si puede mantener el ritmo.

En lugar de replicar, Beth se volvió y se encaminó de vuelta hacia la casa.

Jed contempló el balanceo de su trasero, encajado en unos ceñidos vaqueros, y temió empezar a babear. Ir al pueblo en busca de compañía femenina podía llegar a convertirse en una necesidad si seguía viendo a aquella mujer mucho tiempo.

Maldición. Se había metido en un buen lío.

Beth pudo sentir su mirada sobre ella. Esperaba que no se notara el temblor de sus piernas. ¿En qué lío se había metido?

Quería competir en las carreras de barriles. Quería ser la mejor. Había oído hablar de Jedadiah Davis, había leído sobre él, y estaba deseando conocerlo.

Debería haber llamado, por supuesto, pero esperaba haber llegado al rancho antes, entre otras cosas para explicar a sus hermanas lo que se traía entre manos.

Debería haber supuesto que Jedadiah se ofendería por su retraso.

Parecía tan engreído... aunque tal vez tenía motivos para sentirse tan seguro. Era el mejor.

Y el más atractivo.

No esperaba encontrarse con un hombre tan atractivo. Sus penetrantes ojos azules parecían capaces de leerle el pensamiento... Pero no debía de ser cierto, o de lo contrario habría sabido que la había conmocionado desde el primer momento.

Abby la esperaba ansiosa cuando llegó a la casa.

—¿Y bien? ¿Va a entrenarte el señor Davis?

—Se queda. Tengo que ir a preparar una de las habitaciones libres de los

barracones.

—Yo te ayudo —dijo Melissa, la mediana de las hermanas Kennedy—. Tenía intención de ir a hacerlo de todos modos —desde su visita al abogado un mes atrás para informarse de su herencia tras la muerte de su tía Beulah, Melissa se había ocupado de ir mejorando la casa.

—Gracias, Missy —dijo Beth—. ¿Tienes tiempo?

—Sí. La cena ya está en el horno, y esta mañana he preparado un pastel.

—El señor Davis no querrá irse después de probar una de tus comidas —bromeó Abby—. ¿Has negociado su salario? —preguntó a su hermana pequeña.

—Sí, y es una suerte que haya heredado mucho dinero —Beth dijo a su hermana la cantidad—. Es el doble de lo que había oído que cobra, pero merece la pena. Probablemente lo ha doblado porque cree que no tengo talento —murmuró—. O porque no le he gustado.

—¿Y por qué no ibas a gustarle? —preguntó Melissa con las manos apoyadas en la caderas. Siempre había sido la primera en defender a sus hermanas.

Abby rio.

—Probablemente porque es testaruda y exigente, Melissa.

—Es decidida y encantadora —corrigió Melissa.

Sus hermanas estuvieron a punto de doblarse de risa.

Beth pasó un brazo por sus hombros.

—Gracias hermanita, y gracias a las dos por dejarme intentar esto. Sé que hay mucho trabajo en el rancho y...

—Nos las arreglaremos —aseguró Abby. Cuando se enteraron de lo que habían heredado, las tres hermanas prometieron perseguir sus sueños, pero hacerlo no era tan fácil como pensarlo—. ¿Pero por qué te ha llevado tanto tiempo cambiar la rueda?

—No arreglé la de repuesto hace un mes, cuando tuve el último pinchazo.

—Tía Beulah siempre decía que deberías prestar más atención a los detalles.

Beth suspiró.

—Sí. Y me temo que Jed Davis acabará diciendo lo mismo.

Beth tomó unas sábanas limpias, un cepillo, una fregona y un cubo y Melissa la siguió con una almohada, una manta y unas toallas. Solo ocupaban el

barracón dos hombres, aunque Abby estaba buscando más trabajadores.

Barney ya estaba en el rancho mucho antes de que las chicas fueran a vivir allí tras la muerte de sus padres, acaecida quince años antes. Había ejercido cierta influencia masculina en sus vidas, aunque, sobre todo, había sido un amigo. Beth había aprendido de él a tallar la madera en los escasos ratos libres que dejaban las tareas del rancho. Confiaba en él.

El otro vaquero, Dirk, era muy introvertido. Llevaba poco más de dos años en el rancho, pero tenía mucha experiencia previa. No era especialmente amistoso, pero trabajaba duro.

Y ahora, Jedadiah Davis iba entrar a formar parte de sus vidas. Mientras hacía la cama, Beth no pudo evitar preguntarse si se quedaría el tiempo suficiente como para llegar a conocerlas o si se iría siendo todavía un desconocido.

Se estremeció. Había algo en aquel hombre que la preocupaba. Creía en su reputación, luego no había dudas en aquel aspecto. Pero cuando había estrechado su mano había querido retirarla de inmediato, había querido desaparecer.

Una sola mirada a aquellos penetrantes ojos azules le había bastado para sentirse expuesta, incapaz de ocultarse. Y luego había estado su respuesta al comentario que había hecho ella sobre el azúcar.

Esperaba que Jedadiah Davis no creyera que iba a disfrutar de beneficios extra mientras la entrenaba. «Eso quisieras tú», le susurró una voz interior.

Sonriendo con pesar, admitió para sí que era un hombre atractivo. Debido a que tu tía Beulah las había necesitado para llevar adelante el rancho, su vida social había sufrido. Apenas sabía nada de los hombres en aquel aspecto. Su único intento por obtener algo de experiencia en aquel terreno había sido un desastre.

Por fortuna, el hombre se había ido y ella no había vuelto a verlo. Y no estaba dispuesta a estropear su entrenamiento con ninguna... tontería.

—Yo puedo hacer eso.

Beth no necesitó identificar la grave voz que sonó a sus espaldas mientras estaba inclinada haciendo la cama. Se volvió con las manos apoyadas en las caderas.

—No hay problema. Ya hemos acabado. Melissa me ha echado una mano, pero ha vuelto a casa a comprobar cómo va la comida —tomó las toallas de una silla—. Aquí tiene un juego de toallas. Eche las sucias en la bolsa de la colada. Recogemos la ropa sucia cada dos días y la devolvemos lavada al día

siguiente.

—Yo me ocuparé de mi ropa.

—Como quiera, pero si me está imaginando inclinada sobre el fregadero, olvídelo. Tenemos todas las máquinas necesarias y compartimos el trabajo — Beth no añadió que solo hacía dos semanas que habían llegado la lavadora y la secadora nuevas.

Jed asintió pero se limitó a mirarla.

—La cena es a las seis. Los otros dos hombres con los que compartirá el barracón son Barney y Dirk. Preséntese usted mismo. Nos vemos en la cena.

—¿Le ha preguntado a Abby sobre la posibilidad de que entrene otros caballos?

Beth se alegró de haber recordado hacerlo. Tenían espacio de sobra para que Jed entrenara caballos. De hecho, esperaba aprender algo viéndole hacerlo.

—Sí. Ha dicho que no hay problema.

—Bien.

Jed siguió mirándola sin moverse de la puerta.

—¿Necesita algo más?

—No, creo que no.

—En ese caso, bienvenido al Circle K. Espero que le guste estar aquí.

Beth dio un paso adelante pero él no se movió. La fregona y el cubo estaban contra la pared, junto a la puerta. Fue a tomarlos pero Jed se le adelantó.

—¿Quiere que los lleve a la casa?

Sorprendida por su ofrecimiento, Beth miró sus ojos azules. Unos ojos azules preciosos.

—No, por supuesto que no. Soy capaz de hacerlo sola.

Su tía la había hecho trabajar duro porque había sido necesario. O eso habían creído ellas al menos. Y les había enseñado muchas cosas. Pero había hecho más que eso. Les había dado un hogar cuando los Servicios Sociales estaban a punto de separarlas en tres hogares adoptivos distintos. No eran parientes de sangre, pues ella era la viuda de su tío, pero de todos modos quiso quedarse con ellas.

—Mañana veremos de qué está hecha —advirtió él, como si no hubiera creído sus palabras.

Pero Beth no estaba dispuesta a mostrar el más mínimo miedo.

—Lo verá, vaquero. No lo dude.

Capítulo 2

A PESAR de sus valientes palabras, Beth no durmió bien aquella noche.

Cada vez que Jed dijo algo durante la cena su estómago se encogió, cosa que por fortuna no sucedió muy a menudo, pudiendo mantenerse firme en su terreno hasta que él se fue al barracón.

Luego se encerró en su dormitorio y se puso a leer todos los libros que tenía sobre carreras de barriles y a repasar la información que había conseguido sobre Jedadiah Davis. Había muy poco escrito sobre sus primeros años. Ganó dos veces el campeonato nacional con el lazo. En otras tres ocasiones quedó entre los cinco primeros. Luego se hirió en un brazo en un accidente de coche y se dedicó al adiestramiento.

Y nunca miró atrás.

Durante los cuatro años anteriores sus servicios habían sido solicitados de manera constante. Todos los informes decían que era muy estricto y exigente, pero que obtenía resultados.

Si creía en su alumno.

A ratos, Beth anhelaba que creyera en ella, pero había otros en los que rogaba para que se fuera.

Aquel hombre la ponía nerviosa.

Cuando llegó la hora del desayuno Abby le ofreció la mañana libre para que tuviera tiempo de sobra para su entrenamiento. Pero Beth no podía ser tan egoísta, pues sabía cuánto hacía falta su ayuda.

—Aún no he establecido un horario específico con Jed. He pensado en dedicar tres o cuatro horas al entrenamiento y luego volver a casa. Después de comer puedo volver a salir contigo a caballo.

—Pero así no vas a tener tiempo suficiente —protestó Abby.

—Pienso ayudar hasta que encuentres otro trabajador.

Abby suspiró.

—Admito que eso facilitaría las cosas. Aunque hemos terminado la ronda, hemos tenido que descuidar la cerca, hay que empaquetar el heno y querría trasladar el rebaño más grande al pasto sur.

—¿Todo en un día? —bromeó Melissa.

—Si es posible —asintió Abby con una sonrisa.

—Si hace falta, yo también puedo ir —ofreció Melissa.

Abby y Beth intercambiaron una sonrisa. Ellas dos siempre habían sido aficionadas a montar, pero Melissa había optado por la cocina.

—No vamos a pedirte que hagas ese sacrificio —aseguró Abby a su hermana—. Cualquiera día de estos aparecerá alguien en busca de un trabajo. Tú sigue alimentándonos.

—Sí, la cena de anoche estaba buenísima —añadió Beth.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Melissa—. Apenas probaste bocado —antes de que Beth pudiera inventar alguna excusa, añadió—: Ve a dar el aviso para la comida.

Beth salió al porche trasero e hizo sonar el triángulo que colgaba de una de las vigas. Aún no había terminado cuando tres hombres salieron del barracón.

No tuvo ninguna dificultad para distinguir a Jed Davis entre ellos. Su figura de anchos hombros y estrechas caderas sobresalía al menos diez centímetros respecto a las de los otros hombres. Respiró profundamente y esperó a que llegaran.

Como esperaba, Jed dejó que los otros dos hombres pasaran primero. Cuando fue a pasar junto a ella, apoyó una mano en su brazo. Él se detuvo en seco y le miró la mano.

Beth la retiró de inmediato.

—¿Sí? —preguntó él con cautela.

—¿Le parece bien que empecemos las clases a las diez?

—¿A las diez? ¿Eso le parece temprano?

El tono despectivo de Jed irritó a Beth. Imitando el tono que había oído a otras mujeres, replicó:

—Sí, cariño. Tengo que hacerme las uñas antes de subirme al caballo.

A continuación entró en la casa dándose aires.

Supuso que Jed se iría antes del mediodía. Al no oír pasos a sus espaldas se preguntó si llegaría a entrar para desayunar.

—¿Dónde está...? —empezó Abby, pero al oír que la puerta volvía a abrirse se interrumpió—. Ahí está Jed. Pensaba que tal vez se había perdido.

—No, señorita.

Melissa dejó una fuente con huevos revueltos en la mesa, donde ya había otra con salchichas y beicon. Luego sacó dos bandejas de galletas del horno.

Beth empezó a servir café en las tazas mientras Abby servía el zumo. Cuando entregó el suyo a Jed, dijo:

—Estoy segura de que Beth le habrá explicado por qué se han retrasado las cosas esta mañana. Espero encontrar pronto otros trabajadores para el rancho, pero Beth quiere echar una mano antes de empezar a entrenarse.

—¿Echar una mano en qué? —preguntó Jed, ignorando el plato de huevos revueltos que le estaba ofreciendo Barney.

Todo el mundo pareció sorprendido por su pregunta, excepto Beth. Tras lanzar una mirada a esta, Abby dijo:

—En lo que haga falta. Trabajamos con Dirk y Barney como cualquier otro vaquero.

—¿Las tres?

Melissa se ruborizó.

—Yo no. Solía ayudar de vez en cuando, pero prefiero ocuparme de cocinar y de la casa.

—Siempre hemos pensado que el intercambio merece la pena —añadió Beth, y los otros dos hombres asintieron enfáticamente.

—Comprendo por qué. Cocina de maravilla, señorita Melissa —Jed dedicó a esta una sonrisa que despertó de inmediato los celos de Beth. Luego se volvió hacia Abby—. Al parecer tienen más trabajo del que pueden abarcar. ¿Cómo puedo ayudar?

—¡Oh, no! —protestó Abby—. Su tiempo es demasiado valioso para... quiero decir que Beth no lo ha contratado para trabajar en el rancho. Ya nos las arreglaremos.

—Ayudaré —dijo Jed con firmeza, como si la decisión dependiera de él—. Y puede que después añada una hora de prácticas con mi alumna, si es que puede con ella.

Beth captó cierto sarcasmo en su tono. Pensó que tal vez se lo merecía por la respuesta que le había dado un rato antes, pero había conseguido sacarla de sus casillas.

La mirada azul de Jed se detuvo en su rostro, como si esperara algún comentario.

Beth tomó un bocado de su plato y masticó como si su vida dependiera de ello.

Tras mirar de nuevo a su hermana, Abby dijo:

—Estoy segura de que podremos arreglarlo.

De acuerdo, había sacado conclusiones precipitadas. Pero eso no

significaba que la señorita tuviera que reírse de él con su respuesta sobre la manicura. Jed observó con disimulo las manos de Beth mientras comía el magnífico desayuno preparado por la señorita Melissa Kennedy.

Llevaba las uñas cortas, limpias y sin pintar. Manos de trabajadora, como ya había notado antes. Y más sexys que las zarpas rojas que había visto en otras mujeres que se consideraban muy atractivas. Pero su lengua iba a causar problemas.

Cuando se levantó de la mesa llevó su plato y su taza al fregadero. Los otros dos hombres se quedaron mirándolo y a continuación hicieron lo mismo. Melissa los recompensó con una sonrisa de agradecimiento.

—¿Dónde quiere que vaya, señorita Abby? —preguntó, a la espera de recibir instrucciones de la jefa.

—¿Se le da bien reparar vallas?

Jed sonrió.

—He reparado más vallas de las que puede imaginar.

—Estupendo. En ese caso, ¿por qué no va con Beth a...?

—¡No! —gritó Beth de inmediato.

—¡No! —dijo Jed al unísono, en voz más baja pero con la misma decisión. Cuando Abby lo miró, añadió—: No necesito ayuda.

—Todo irá más rápido si vais juntos, y así tendréis oportunidad de conocerlos. Tenéis que terminar de reparar la valla del pasto sur al mediodía, antes de que Barney y Dirk lleven el ganado.

—No puedes ponerte a embalar el heno por tu cuenta —protestó Beth—. ¿Y si sucede algo?

—Llevaré el móvil por si acaso. Pero ya he hecho ese trabajo muchas veces. Es aburrido pero seguro —Abby se levantó y recorrió con la mirada a todo el grupo.

—Ya sabe cada uno lo que tiene que hacer. Nos vemos a la hora del almuerzo —dijo, y a continuación salió de la cocina.

Barney y Dirk se fueron un minuto después. Jed miró a Beth. Al ver que no parecía tener intenciones de moverse, dijo: —¿Está esperando para hacerse la manicura, o piensa ponerse en marcha hacia el pasto sur?

—¿La manicura? —preguntó Melissa, sorprendida.

—Se está burlando de mí, Missy. No te preocupes —Beth se levantó y miró a Jed con gesto desafiante—. ¿Tiene guantes?

—Sí. Están en el barracón.

—Vaya a buscarlos. Nos reuniremos en el establo.

Beth suspiró aliviada cuando Jed salió.

—¿Estás segura de que vais a llevaros bien? —preguntó Melissa.

—No —Beth trató de sonreír—. Parece que no puedo evitar meterme con él, Missy. No es mi intención, pero me ha puesto tan furiosa...

—¿Cuándo?

Beth contó a su hermana lo sucedido antes del desayuno y su respuesta sobre la manicura. Melissa rio.

—Pero si no te has hecho la manicura en la vida. Una vez traté de pintarte las uñas y gritaste como si te estuviera torturando.

—Me acuerdo perfectamente —Beth suspiró—. Reconozco que ha sido una respuesta tonta, pero no se me ha ocurrido nada más decadente.

Melissa pasó un brazo por los hombros de su hermana.

—Además de la cerca del rancho, creo que vas a tener que reparar alguna otra en tu interior mientras andas con él por ahí esta mañana.

—Sí —asintió Beth, desanimada, y fue a recoger su sombrero y sus guantes.

Fuera del establo seleccionó dos caballos, uno de ellos un robusto ruano que llevaría sin dificultad el corpachón de Jed. Para sí misma eligió una yegua llamada Snowdrop. Tras ponerles las bridas los ató a la valla del corral y fue al establo a buscar el resto del equipo.

Al entrar estuvo a punto de darse de bruces con Jed, que estaba ensillando uno de sus caballos.

—No hace falta que utilice los suyos. Tengo uno fuera en el corral para usted.

—Siempre monto mis propios caballos —replicó Jed.

Beth volvió a irritarse. Respiró hondo.

—Como quiera —dijo—. Pero yo no haría trabajar a mi caballo después de viajar con él a menos que fuera necesario.

Sin esperar una respuesta, fue al cuarto de los aperos. Tomó su silla y su manta y al volverse vio que Jed estaba en la puerta.

—Tiene razón —dijo, reacio—. ¿Le parece bien que utilice mi propio equipo?

—Por supuesto —Beth no quiso dejarle ver cuánto había disfrutado con su capitulación. Una vez fuera, señaló el caballo ruano—. Ese es Buster. No es un caballo de carreras, pero mantiene un paso firme y es muy seguro.

—Gracias.

Tras poner la manta sobre Snowdrop, colocó la silla y empezó a sujetarla con las cinchas.

—Parece que lleva años haciendo eso —dijo Jed tras observarla.

—Tenía nueve años cuando vine a vivir aquí. Tía Beulah no se andaba con miramientos y tuvimos que espabilarnos deprisa. No aguantaba a los inútiles.

—Me alegra oír eso —dijo Jed mientras ensillaba a Buster.

Beth estuvo a punto de romper a reír. Ni queriendo se habría acercado tanto Jed a las irónicas respuestas que solían puntuar los largos silencios de Beulah.

Sus hermanas y ella habían necesitado varios años para darse cuenta de lo suave que era Beulah tras su severo exterior. Pero no era una mujer a la que le gustara mostrar sus sentimientos así como así. Y no creía en mimar a los niños. Recibían regalos prácticos en sus cumpleaños. Y cálidos abrazos.

El mismo comportamiento se repetía en Navidad.

Aunque no fue especialmente efusiva, Beulah las hizo sentirse bienvenidas. Las alimentó, las vistió y se aseguró de que asistieran a la escuela. Y, lo más importante de todo, hizo que fuera posible que permanecieran juntas.

De manera que, aparte de dedicar una radiante sonrisa a Jed, no hizo ningún comentario. La sorprendida expresión de Jed fue suficiente para mantenerla animada un rato.

Llevaban una hora cabalgando y, aunque apenas hablaban, tampoco habían vuelto a discutir. Por fin, Jed decidió aprovechar el tiempo.

—Dime por qué quieres participar en las carreras de barriles.

Beth pareció sorprendida, tanto por la pregunta como por el hecho de que Jed la hubiera tuteado.

—Es la única especialidad en la que pueden participar las mujeres.

—Ya empiezan a poder participar en otras. Hay un pequeño circuito para mujeres en Texas.

Beth asintió.

—Al principio me planteé participar por el dinero. Nunca parecíamos tener bastante. Melissa soñaba con un lavavajillas. Abby quería mejorar el sistema de riego. Tía Beulah no se permitía el más mínimo capricho. Quería... quería muchas cosas —suspiró y sonrió de nuevo—. Me veía en el papel de salvadora triunfal de la familia.

—¿Y ahora?

—Ahora, tía Beulah está muerta y, para nuestra sorpresa, nos ha dejado un

montón de dinero en herencia. Al parecer, tenía dinero ahorrado de una antigua explotación petrolífera sobre la que no sabíamos nada. Pero quiero probarme, quiero ser la mejor en algo. Melissa cocina de maravilla y su instinto maternal la impulsa a cuidar de todos. Abby es una experta en todo lo relacionado con el rancho. Después de trabajar todo el día es capaz de pasar el resto del tiempo leyendo revistas y libros sobre ranchos y cría de ganado.

Jed no quería oír aquello. Habría preferido seguir creyendo que Beth era una joven débil, perezosa, egoísta y presumida. Todas las cosas que había asumido antes de conocerla.

Pero ella le estaba demostrando a cada minuto que la realidad era muy distinta. Era preciosa, pero no parecía consciente de ello. Trabajaba duro, pero eso era algo que daba por sentado. Se preocupaba por sus hermanas, pero no parecía preocuparse mucho por sí misma.

—De manera que decidiste elegir las carreras de barriles.

Beth le dedicó una sonrisa traviesa que hizo que su corazón latiera más deprisa. ¿Acaso no era consciente de cuánto lo afectaban sus labios, o su terso cuerpo moviéndose al ritmo del caballo?

—Bueno, resulta que me gusta cabalgar rápido.

—¿Y ganar?

—Eso también —contestó Beth, y su sonrisa se ensanchó.

—¿Y las camisas de seda?

—Si reconozco que me gustan, ¿me condenarás por ello? —preguntó Beth con cautela.

Él apartó la mirada a la vez que negaba con la cabeza.

—Tía Beulah pensaba que la ropa no tenía ninguna importancia. Además yo era la más pequeña, así que nunca tenía nada nuevo. Abby y Melissa lo usaban primero. Nunca olvidaré una ocasión en que me compraron unos vaqueros nuevos —dijo, y miró a Jed con expresión radiante.

Él gruñó para sí. Si no dejaba de escuchar todas aquellas confidencias iba a tomarla en brazos y a prometerle todo lo que su corazón deseara.

Beth lo sorprendió con una cristalina risa.

—Estaba tan orgullosa de mis vaqueros que insistí en llevarlos mientras arreglábamos la valla. Por supuesto, me enganché en la alambrada y se me desgarró una de las piernas del pantalón.

—¿Y eso qué tiene de gracioso?

Beth volvió a reír.

—Oh, es difícil de explicar. Me daba miedo enfrentarme a tía Beulah, pero

ella se limitó a decir que me los quitara y se pasó la tarde cosiéndolos.

—Parece que era una buena mujer —dijo Jed, que aún no comprendía a qué venían las risas.

—A veces, tú me recuerdas a ella.

Las palabras de Beth sobresaltaron a Jed más que sus risas.

—¿Qué quieres decir? Yo soy incapaz de coser un botón.

Beth volvió a reír.

—Lo suponía.

Jed frunció el ceño, su única defensa, y espoleó a Buster para que acelerara el paso. De momento solo había encontrado una abertura en la valla. No tenía sentido perder el tiempo hablando.

Terminaron el vallado sur en tres horas. Jed era muy eficiente. Al principio trató de impedir que Beth lo ayudara.

Ella ignoró sus tácticas y arrimó el hombro de todos modos.

Para cuando iban por la tercera rotura Jed seguía ladrando órdenes, pero ya la incluía en el trabajo. Cuando Beth le había dicho que le recordaba a su tía Beulah se había referido a su actitud gruñona, pero ya empezaba a sospechar que debajo había un hombre con un corazón de oro.

Cuando llegaron al corral, cada uno se ocupó de su caballo.

—¿Qué caballo piensas adiestrar? —preguntó Jed, de espaldas a ella.

—No lo sé.

Él se volvió con el ceño fruncido.

—¿No lo sabes?

—Pensé que sería mejor esperar a encontrar antes un preparador y pedirle su opinión sobre el caballo más adecuado. Me encanta Snowdrop, pero no tiene la velocidad que necesitaré.

Jed se limitó a seguir mirándola.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Beth—. ¿Conoces algún buen caballo? El dinero no es problema.

—Me estás dando carta blanca para desplumarte —Jed volvió a darle la espalda—. No debes hacer eso.

Beth sonrió. ¿Acaso pensaba que no sabía juzgar a los hombres? Era posible que no supiera manejarlos en el aspecto romántico, pero había aprendido de tía Beulah a juzgar el carácter de un hombre. Y Jed Davis era un hombre en el que se podía confiar.

—De manera que quieres que elija yo el caballo, ¿no?

Jed acababa de alzar las manos para levantar la silla. En lugar de hacerlo, apoyó las manos en esta e inclinó la cabeza a la vez que daba un profundo suspiro.

—En el rancho vecino tienen una yegua alazana pequeña, pero no creo que tenga la habilidad requerida. Bill Garland también ha puesto a la venta varios caballos —continuó Beth, preguntándose cuánto tiempo pensaría quedarse callado Jed—. Por supuesto, tía Beulah jamás le habría comprado un caballo. Decía que era un sinvergüenza...

—Sé de un caballo —las tensas palabras de Jed la interrumpieron.

—¿En serio?

—Está más o menos a una hora de aquí, cerca de Oklahoma. Es bastante caro.

—De acuerdo.

Jed desensilló a Buster y fue al cuarto de los aperos. Beth lo siguió con su silla.

—¿Cuándo puedo verlo?

—Yo iré por él. Conseguiré un precio mejor si no me acompañas.

—No.

—Sí.

—No. No aceptaré comprarlo sin ver antes al animal.

—En cuanto Joe sepa que el caballo es para ti doblará el precio. Debes fiarte de mí en esto. Iré solo.

—No.

Jed dejó la silla en su sitio con un golpe seco y se volvió hacia ella en jarras.

—Cuando entreno a alguien, soy yo quien manda y quien toma las decisiones.

—Cuando compro un caballo, quiero verlo antes de sacar el dinero —replicó Beth en tono beligerante.

—Sabía que esto no iba a funcionar —murmuró él—. Recojo mis cosas y me marcho de aquí en una hora.

Volvió a dar la espalda a Beth mientras esta sentía que su corazón latía más deprisa. No quería que se fuera. Porque estaba segura de que era un buen profesor... se dijo. Ese era el motivo.

—Vaya, veo que te echas atrás con mucha facilidad. Me sorprende que tuvieras tanto éxito en el circuito de rodeos.

Cuando Jed giró y avanzó hacia ella, Beth no dudó en batirse en retirada. Hasta que su espalda chocó contra la puerta del establo y no tuvo adónde ir.

Capítulo 3

JED no podía creerlo. Aquella mujer lo estaba volviendo loco con sus ojos, sus dulces labios y su atrevida boca. Pero desde aquel mismo momento iba a dejarle claro quién era el jefe. No pensaba llevarla a Oklahoma.

Apoyó ambas manos a sus lados, contra la puerta y dijo con firmeza:

—No se te ocurra volver a llamarme rajado.

—Supongo que no tendré que volver a hacerlo si no te rajas ahora.

Beth sonó segura de sí misma, pero Jed sabía que la estaba poniendo nerviosa, porque vio que metía sus temblorosos dedos en los bolsillos del pantalón.

—Debería marcharme —murmuró él, sin apartar la mirada de los ojos de Beth mientras luchaba contra el casi incontenible impulso de besarla hasta someterla.

—¿Pero no vas a hacerlo?

La mirada llena de esperanza de Beth hizo recordar a Jed a un cachorrillo que lo siguió a casa en cierta ocasión.

—Supongo que no. Pero voy a comprar ese caballo sin ti —al menos podía mantenerse firme en aquello.

—Eso no es justo, Jed. Si voy a trabajar con el caballo, antes tengo que verlo. Podríamos no congeniar.

—No elegiría un caballo con el que no pudieras trabajar —era posible que no entendiera de muchas cosas, pero sí de caballos.

—No entiendo por qué no puedo ir —insistió Beth.

—Ya te lo he dicho. Joe subirá el precio en cuanto sepa quién quiere el caballo.

—¿Y cómo lo sabrá?

Jed frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso vas a presentarme como Beth Kennedy, mujer adinerada dispuesta a desprenderse de sus dólares? —preguntó con una sonrisa encantadora, como si hubiera hecho una broma.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Entonces, ¿cómo va a saber quién soy?

De pronto, Jed se preguntó qué hacía tan cerca de Beth, aspirando su aroma, deseando tocarla. Debía de haber perdido la cabeza. Se apartó de ella y la liberó de su improvisada cárcel.

—Sabrá que voy a comprar el caballo para ti.

—¿Y? No voy por ahí luciendo joyas y una diadema.

—Lo sabrá cuando vea tu cheque.

—Puedes darle uno tuyo y yo te lo devuelvo luego. Podríamos hacer eso, ¿no? ¡Oh! —el rostro de Beth relució y Jed contuvo el aliento—. ¡Ya sé! ¡Le diremos que soy tu novia!

Jed pensó que iba a atragantarse. Tosió varias veces para recuperar el aliento y Beth le palmeó la espalda.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué sucede? —preguntó, preocupada.

—¡Maldita mujer! Esa es la idea más absurda que he oído en mi vida —Jed dio unos pasos atrás.

En aquella ocasión fue ella quien lo siguió.

—¿Por qué?

—Joe nunca lo creería.

—¿Piensas que no soy lo suficientemente bonita?

La espalda de Jed topó contra la puerta opuesta. Estaba derrotado. No podía mentirle.

—Eres demasiado bonita. Joe nunca creería que alguien como tú pudiera estar interesado en alguien como yo.

Las pestañas de Beth descendieron a la vez que alzaba una mano hacia el pecho de Jed.

—Claro que lo creerá, cariño. Soy una buena actriz —estaba utilizando el mismo acento que aquella mañana con lo de la manicura.

Jed supo que debía hacer algo de inmediato para alejarla de su lado antes de que se le fueran las manos.

—De acuerdo, puedes venir. Pregunta a la señorita Abby si nos necesita después de comer.

Una gran excitación se apoderó de Beth. Pero antes de salir corriendo hacia la casa para hacer lo que le había dicho Jed, se irguió un poco y lo besó en la mejilla.

—Gracias —dijo, y se fue.

—Apiádate de mí, señor —murmuró Jed. Luego miró a los caballos y preguntó—: ¿En qué lío me he metido?

Ninguno de ellos contestó.

Consciente de que Jed prefería el silencio a la conversación, Beth trató de contenerse en el camino a Oklahoma y no hacer preguntas. Su resolución duró casi media hora.

—¿Cómo te enteraste de que vendía el caballo que vamos a ver?

—Yo lo entrené.

—¿Para las carreras de barriles?

—No, como caballo de recorte.

—¿Y cómo sabes que servirá para correr?

—Es rápido.

—¿Le...?

—¿Alguna vez dejas de hacer preguntas? —preguntó Jed, irritado.

Ella sonrió, decidida a no mostrarse ofendida.

—No.

—Tiene una grupa fuerte, es bajo pero de zancada larga, y es muy inteligente.

—¿Por qué no lo has comprado tú? Parece perfecto. ¿Era demasiado caro?

—No. Es demasiado pequeño para un hombre de mi tamaño. Joe también es un tipo grande.

Beth deslizó la mirada desde el sombrero de Jed hasta sus polvorientas botas. Respiró hondo. No sabía cuánta más testosterona iba a poder aguantar.

—¿No tiene una esposa que lo pueda montar?

—No. Es viudo y no tiene hijos. Cría caballos de tiro. Shorty no encaja en el molde, de manera que Joe no lo quiere para criar. Es un caballo castrado.

—En ese caso, supongo que lo conseguiremos barato.

—Procede de una buena línea de sangre.

—Pero...

—Pagaremos un buen precio, pero será justo. Pero intenta que no se note que tú eres la verdadera compradora.

La áspera orden de Jed no fue nada nuevo para Beth, pero hizo que deseara que él probara un poco de su propia medicina.

—En ese caso, será mejor que practique ser tu novia —dijo mientras soltaba su cinturón de seguridad. Luego se deslizó en el asiento hasta que su cuerpo quedó presionado contra el costado derecho de Jed.

—¿Qué diablos haces? —preguntó él, sorprendido—. ¡Vuelve a tu lado!

—No estás siendo muy amistoso, Jed —se burló ella, contenta tras haber comprobado que era capaz de hacerle perder el control—. No podré convencer a Joe a menos que esté acostumbrada a tocarte —alzó una mano y la apoyó sobre el tenso hombro de Jed.

Al parecer, había ido demasiado lejos. Jed detuvo la camioneta en seco a un lado de la carretera. Luego, sin previa advertencia, rodeó a Beth con sus brazos. Sus labios descendieron sobre los de ella, duros, exigentes.

Aprisionada contra su pecho, Beth sintió su intento de dominarla. Sabía que eso era todo lo que pretendía. No iba a hacerle daño. Solo quería dominarla.

Pero ella estaba hecha de una materia más dura de la que imaginaba Jed Davis. De manera que deslizó las manos hasta entrelazar los dedos en su enortijado pelo negro y le devolvió el beso.

De pronto, ambos estaban igualmente implicados en las caricias, en los besos... tanto que Beth temió desmayarse. Pero pensaba disfrutar de cada instante hasta aquel momento. No había duda de que Jed Davis sabía besar.

Casi la arrojó de su lado unos segundos después y la miró como si fuera una serpiente cascabel que se hubiera colado en su cama.

—¡Estás loca! —espetó, pero ella notó su agitada respiración.

—¿Yo? No soy yo la que ha empezado esto.

—No deberías haberte soltado el cinturón. ¡Póntelo! —ordenó Jed mientras volvía a poner en marcha la camioneta.

En aquella ocasión, Beth aceptó la orden. Se puso el cinturón y miró al frente. Si miraba a Jed, temía rogarle que le diera otro beso.

Jed suspiró aliviado cuando llegaron al rancho de Joseph Lander. Había cometido un grave error dejando que Beth lo acompañara. De hecho, había cometido un error al aceptarla como alumna.

Él no mezclaba los negocios con el placer. De hecho, no indulgía en muchos placeres. Sus metas eran demasiado importantes. Y nunca se quedaba demasiado tiempo en un mismo sitio. Siendo joven había aprendido que si uno se quedaba mucho tiempo en un sitio llegaba a encariñarse. Y entonces era mucho más fácil sufrir cuando uno se veía obligado a cambiar de familia adoptiva.

No iba a quedarse mucho tiempo en el Circle K, desde luego. La señorita que estaba a su lado ya le había dado suficiente placer como para asustarlo.

Sin molestarse en decirle que se quedara en la camioneta, porque sabía que

sería inútil, salió y se encaminó a los establos. Supuso que Joe no estaría en casa a media tarde.

Antes de llegar a la entrada, el hombre que buscaba salió a recibirlo.

—¡Jed Davis! Cuánto me alegro de verte, muchacho. ¿Cómo te va?

Jed estrechó su mano y le devolvió el saludo. Antes de que hubiera terminado Joe ya estaba mirando por encima de su hombro.

—Hola, señorita —saludó—. ¿Está con este pillo? —preguntó con una sonrisa.

Beth se colocó junto a Jed y enlazó su brazo con el de él.

—Sí —dijo, y una sonrisa radiante distendió su boca.

Joe asintió.

—Veo que estás pisando fuerte, muchacho. Me alegro por ti.

—Gracias —Jed pasó unos minutos más charlando de asuntos superficiales con el ranchero. Había que seguir ciertos protocolos antes de entrar en materia. Finalmente dijo—: Me preguntaba si aún tendrías a Shorty.

—¿Shorty? Sí, aún está aquí —Joe miró a Jed con expresión pensativa—. ¿Estás interesado en él?

Jed se encogió de hombros, como si no estuviera seguro.

—Tal vez.

—¿Para qué? No es lo suficientemente grande como para llevarte.

—Estoy pensando en un jinete más pequeño. Creo que podría servir.

—Te lo enseñaré, pero no estoy seguro de querer desprenderme de él —Joe se volvió hacia el establo y enseguida se detuvo—. Por aquí hay mucho polvo, señorita. ¿Prefiere esperar en la casa? Mi asistente puede ofrecerle algo de beber.

Jed temió que Beth soltara algún comentario irónico.

—Se lo agradezco mucho, pero no me gusta perder de vista a Jed. Además, hoy me he vestido de vaquero, así que encajo en el paisaje —dijo ella a la vez que parpadeaba para redondear el efecto de sus palabras.

—Nunca había visto un vaquero tan guapo como usted, desde luego, pero si quiere puede acompañarnos —dijo Joe antes de volverse de nuevo hacia el establo.

Jed miró a Beth y ella se atrevió a lanzarle un guiño acompañado de una sonrisa. Él movió la cabeza y siguió a Joe. Beth vestía unos vaqueros y una blusa rosada, y después de comer se había puesto también unos aros de plata en las orejas. Joe tenía razón respecto a lo guapa que estaba.

Y lo bien que sabía.

No, se dijo Jed con firmeza. No iba a pensar en lo sucedido en la camioneta. Si lo hacía, se volvería loco.

Joe llamó a un vaquero que trabajaba en un corral cercano.

—Larry, ve al pasto y trae a Shorty.

Jed se apoyó contra la valla y miró a su alrededor. De pronto vio a alguien a quien conocía.

—¿Floyd? ¿Eres tú?

Un vaquero mayor que estaba amontonando heno se irguió y parpadeó.

—¿Jed? —arrojó al suelo la horquilla que estaba usando y salió del corral para abrazar a Jed. Habían trabajado juntos cuando Jed empezaba. Floyd le había enseñado muchas cosas.

—¿Cómo te va, muchacho? —preguntó.

—Bien. ¿Y a ti?

Floyd miró a su jefe y luego a Jed.

—Más o menos.

—Vuelve al trabajo, Floyd —dijo Joe en tono cortante.

—Sí, señor —murmuró Floyd, y se alejó.

—¿No estás contento con él? —preguntó Jed.

Joe se encogió de hombros.

—No es un trabajador duro.

Beth se acercó a Jed y volvió a enlazar un brazo con el suyo.

—Parece un hombre agradable —dijo, sonriente.

La expresión de Joe se tensó.

—Pues no va a quedarse aquí mucho tiempo. Lo echaré en cuanto tenga una excusa.

Jed frunció el ceño. No sabía qué había pasado entre Joe y Floyd, pero sabía muy bien en quién confiaría primero. Y no era en Joe. Le habría gustado tener un rato para hablar con su viejo amigo a solas.

Como si hubiera leído su mente, Beth se acercó a Joe y comenzó a hacerle preguntas sobre dos caballos que había en un corral separado. Joe la tomó galantemente del brazo y la llevó hasta el corral.

Jed volvió con disimulo hacia la puerta del establo y, sin apartar la mirada de Joe, llamó con suavidad a su amigo.

—¿Floyd?

—¿Sí, muchacho? —respondió Floyd en el mismo tono.

—¿Qué sucede?

—¿Te refieres al viejo ricachón?

—Sí.

—Lo pillé maltratando a un caballo. Él dice que solo quiero ponerlo en evidencia. Solo llevo aquí un mes y no puedo permitirme perder el trabajo. Pero sospecho que esa decisión la van a tomar por mí muy pronto. Algunos de los otros vaqueros han oído rumores.

Jed había oído rumores sobre Joe, pero nunca había tenido pruebas. Su mandíbula se endureció. Sabía que Floyd tendría problemas con un hombre que maltratara a sus animales. Él también los tendría.

—¿Quieres otro trabajo?

—Sí. ¿Sabes de alguno?

—Sí. ¿Tienes mucho equipaje?

—No. Ya me conoces. Viajo ligero.

—En cuanto terminemos aquí, ve a recoger tus cosas.

Jed no quería que Floyd enfadara a Joe antes de terminar su negocio.

El vaquero al que Joe había encargado que fuera a buscar a Shorty se acercaba con este. Jed fue a abrir la puerta del corral para que pasara. Luego la cerró y observó al vaquero mientras retiraba el lazo del cuello del caballo. Miró a Shorty para ver si estaba bien. Parecía que sí. Bajo, fuerte, veloz y con gran habilidad de recorte. Pero no le gustaba estar encerrado.

Joe se acercó al corral con Beth.

—Está un poco retozón porque apenas lo montamos. Tenía un vaquero bajito que solía utilizarlo, pero se ha ido.

Jed se encogió de hombros sin apartar la mirada del caballo.

—Parece muy dulce —dijo Beth, en un tono que sonó como si no supiera nada de caballos—. ¿Me morderá? —preguntó mientras introducía una mano con cautela entre dos troncos de la cerca—. Es posible, querida. Más vale que no lo acaricies como si fuera una mascota.

Jed no miró a Beth. Ya había comprobado que podía cuidar de sí misma. En lugar de ello se concentró en el caballo.

—Me interesa, Joe.

¿Cuánto pides por él?

Joe empezó con el rollo típico, asegurándole que en realidad no quería venderlo. Cuando por fin dijo una suma, era demasiado alta. Fueron negociando el precio a la baja y, cuando Jed estaba a punto de aceptar, Beth tiró de su brazo.

—Creo que no deberías pagar tanto por él, cariño. El otro caballo que hemos visto parece más amistoso y no cuesta tanto.

—¿Qué otro caballo? —preguntó Joe de inmediato.

Jed miró a Beth de reojo. Estaba demostrando ser toda una actriz.

—Bueno, creo que no debería...

Joe estaba tan ansioso que no pudo esperar a que Jed terminara.

—A fin de cuentas eres un amigo, Jed. Supongo que puedo venderte a Shorty por un poco menos. Además, tú lo entrenaste —a continuación rebajó el precio doscientos dólares.

Jed no quería dejar mal a Beth, de manera que se mostró reacio. Al final lo compró por cuatrocientos menos de lo que pensaba pagar.

Sacó su talonario, extendió un cheque y se lo entregó a Joe.

—Gracias, Joe. Es un placer hacer negocios contigo.

—Cuando quieras, Jed, cuando quieras. ¿Necesitas ayuda para subirlo al remolque?

Jed sonrió.

—No creo. Beth me echará una mano, ¿verdad, querida?

Ella sonrió.

—Desde luego. ¿Dónde está esa brida que hemos traído?

Jed la había colgado en el corral. Fue por ella y se la entregó a Beth.

—Ve con cuidado. Está asustado.

—No irás a dejarla entrar ahí, ¿no, Jed? No sabe nada de caballos —advirtió Joe.

Pero, después de haber cabalgado con ella toda la mañana, Jed ya estaba al tanto de que Beth sabía mucho de caballos. Y quería ver cómo se llevaba con Shorty. Si era necesario, saltaría al corral de inmediato.

Beth avanzó despacio hacia el caballo, con la brida oculta a la espalda a la vez que murmuraba palabras tranquilizadoras.

—Hola, caballo bonito. ¿Cómo estás? Me alegro de conocerte. Ven conmigo. Vamos a llevarte a casa con nosotros. Te gustará, verás. Todo lo que tienes que hacer es...

Jed pensó que, con aquel tono sedoso, Beth podría convencer a cualquiera de que la acompañara. Incluso Joe parecía hipnotizado por su voz.

Shorty no se acercó a ella, pero tampoco se alejó. Cuando Beth lo alcanzó, le acarició la nariz y el cuello antes de pasarle la brida por la cabeza con gran delicadeza.

—¡Vaya! Creía que era una novata —protestó Joe.

—Tengo otra sorpresa para ti —dijo Jed con calma mientras Beth sacaba a Shorty del corral.

Joe lo miró con gesto suspicaz.

—¿Qué sorpresa?

—Voy a llevarme a ese vaquero que no te gusta. Floyd se viene conmigo.

—¡No puedes hacer eso! Aún no han pasado los tres meses por los que le he pagado. No puede irse todavía.

—Vamos, Joe. Creo que será mejor que lo dejes ir. Ni tú ni él estáis contentos. No hay motivo para prolongar esta situación.

Joe pareció leer algo en la mirada de Joe que le hizo apartar la vista.

—De acuerdo —dijo, reacio—. Llévate. No lo quiero aquí.

Jed asintió y se acercó a Beth. Tomó la brida de sus manos y le dio la llave del remolque.

—Ve a abrirlo, cariñito, ¿de acuerdo?

Beth abrió los ojos de par en par al oír la expresión de cariño, pero supuso que Jed se estaba vengando de ella.

Estaban metiendo el caballo en el corral cuando Floyd llegó corriendo con una bolsa en la mano.

—¿Sigue la oferta de trabajo en pie? —preguntó, sin aliento.

Beth se volvió a mirar a Jed.

—Por supuesto. Joe dice que puedes irte. Al parecer, le debes parte del dinero que te pagó adelantado por tres meses de trabajo.

Floyd gruñó.

—No me ha pagado ni un dólar. Me dijo que cobraría a los tres meses si estaba conforme con mi trabajo.

—¿Quieres ir a pedirle un mes de sueldo? —preguntó Jed.

—No. Si estás seguro de que hay un trabajo esperándome, no quiero el dinero de ese hombre.

—¿Beth? La señorita Abby ha dicho que necesitaba vaqueros. Yo puedo recomendar a Floyd. Es un buen trabajador —miró a Beth a los ojos con la esperanza de que lo apoyara.

Tras un largo momento, ella se volvió hacia Floyd con la mano extendida.

—Al Circle K le vendrá bien un vaquero con esa recomendación... mientras no tenga problemas en trabajar para una mujer.

—No, señora. No los tengo. Lo que tampoco tengo es caballo.

—¿Y equipo de montar?

—Está en el establo. Estaré listo en cuanto lo recoja.

Mientras Floyd corría al establo, Jed sujetó a Shorty y salió del remolque.

—Gracias, Beth. Agradezco que hayas aceptado emplear a Floyd.

—Abby estará muy agradecida. Yo lo estoy. Shorty parece un buen caballo.
Sí, todo había salido bien. Jed suspiró, dispuesto a ponerse en marcha antes de que algo se estropeará.

Pero se dio cuenta de que había bajado la guardia demasiado pronto cuando, debido a la presencia de Floyd en la cabina de la camioneta, se encontró presionado contra el costado de Beth durante todo el trayecto de regreso al rancho.

Capítulo 4

PARA cuando llegaron al rancho, Jed sentía el cuerpo tan tenso que temió no poder caminar erguido. La forma del cuerpo de Beth había quedado grabada en su costado. Cuando ella salió de la camioneta se sintió como si le hubieran amputado una parte del cuerpo.

—¿Quieres que saque a Shorty del remolque? —preguntó Floyd.

Aún sentado tras el volante, Jed frunció el ceño.

—No. Quiero que lo haga Beth.

—Pero es solo una niña —protestó Floyd.

Jed no pudo reprimir una sonrisa al ver el rostro de Beth por encima del hombro de su amigo.

—¿Tiene razón, Beth?

—No. Gracias, Floyd, pero voy a ser yo la que monte a Shorty. Tiene que ir acostumbrándose a mí —dijo y a continuación entró en el remolque para sacar al caballo.

—¿Ella va a montar a Shorty?

—Sí. Es una de las famosas hermanas Kennedy y ha decidido entrenarse para participar en los rodeos en la sección de carreras de barriles —las noticias sobre la herencia de las tres hermanas había corrido como un reguero de pólvora entre la comunidad ranchera.

—¿Y has comprado a Shorty por una bicoca? —una amplia sonrisa distendió el rostro del vaquero—. Le está bien empleado a Joe. Voy a estar riéndome durante meses.

Jed también sonrió.

—Vas a tener más motivos para sonreír. Espera a probar la comida de la señorita Melissa. Y trabajar para la señorita Abby será un placer después de estar con Joe.

Tras comprobar que Beth sacaba al caballo sin problemas y se encaminaba con él al corral, Jed fue con Floyd hasta la puerta trasera y llamó. Melissa los hizo pasar.

—¿Sigue fuera la señorita Abby?

—Sí. ¿Habéis comprado el caballo?

¿Por qué no lo afectaba la preciosa sonrisa de Melissa como la de Beth?, se preguntó Jed, preocupado por su susceptibilidad respecto a la más joven de las Kennedy.

—¿Era demasiado caro? —preguntó Melissa.

—¿Eh? Oh, no, lo hemos comprado. Beth está metiéndolo en el corral. Enseguida vendrá. Quería presentarle a Floyd Jenkins, un viejo amigo.

—Bienvenido al rancho, señor Jenkins —dijo Melissa.

Floyd asintió, sonrió y volvió a mirar a Jed.

Sintiéndose extrañamente inseguro de sí mismo, Jed se frotó la parte trasera del cuello.

—El hecho es que he ofrecido a Floyd un trabajo aquí.

Aunque Melissa no ocultó su sorpresa, dijo:

—Estoy segura de que Abby se alegrará, Jed.

Antes de que este pudiera responder, Beth entró en la cocina.

—¿Te ha hablado Jed de Shorty? —preguntó de inmediato.

—¿Shorty? No, ha dicho que se llama Floyd —replicó Melissa, confundida.

—Shorty es mi nuevo caballo —dijo Beth, riendo.

—Oh... lo siento, Floyd, quiero decir, señor Jenkins.

—Floyd está bien, señorita.

—¿Dónde podemos encontrar a Abby? —preguntó Jed. No podía estar mucho más tiempo cerca de Beth. No si quería mantener la cordura.

—Está ayudando a trasladar el ganado al pasto oeste —dijo Melissa.

—Bien. Iremos a hablar con ella sobre Floyd —Jed giró sobre sus talones, ansioso por salir.

—Ensillaré a Shorty y me voy con vosotros.

—¡No! Deberías esperar...

—Así tendré oportunidad de conocerlo.

Aquella mujer no paraba. Jed empezaba a darse cuenta de que siempre iba a toda velocidad. Finalmente, se encogió de hombros. Al menos no tendría que llevarla todo el trayecto presionada contra el costado.

—De acuerdo. ¿Tienes un caballo para Floyd?

—¿Vas a montar uno de tus caballos? Porque si es así, él puede montar a Buster.

—Me parece bien.

Beth pasó el tiempo vigilando al caballo que montaba y al hombre al que

seguía. Shorty parecía perfecto para ella. Caminaba con suavidad y tenía reflejos rápidos. Aunque un poco temeroso al principio, se había relajado con facilidad. Y el hombre que lo había elegido parecía tan perfectamente adaptado al trabajo como el caballo. Había algo relajante en él... excepto cuando trataba con ella. Con sus hermanas se mostraba tranquilo, bien educado y sonriente.

Pero en cuanto la miraba a ella la tensión crecía. Beth sonrió y admitió para sí que a ella le sucedía lo mismo. Sobre todo después de aquel explosivo beso en la camioneta.

—¿Quieres estirarte un poco? —preguntó Jed por encima del hombro. Sin esperar respuesta, clavó los talones en los costados del caballo y se inclinó hacia delante en la silla.

Ella rio encantada cuando Shorty respondió al instante a su orden para que arrancara a galopar. Jed tenía razón. El caballo era rápido. Por primera vez desde que Jed Davis había entrado en su mundo, dejó a un lado sus preocupaciones y permitió que el viento se llevara sus problemas.

Cuando Jed decidió poner fin a su improvisada carrera, Beth detuvo su montura junto a él y le dedicó una sonrisa radiante. Los ojos de Jed brillaron un instante, pero enseguida apartó la mirada.

—Shorty es maravilloso, Jed. ¡Gracias!

—Eres tú la que lo ha pagado, así que debes agradeceréte a ti misma.

Floyd los alcanzó unos segundos después.

—Vaya. Eso es lo que yo llamo ir volando.

A pesar de lo irritada que estaba con el atractivo vaquero que se hallaba a su lado, Beth no iba a ser grosera con Floyd.

—Shorty es magnífico, ¿verdad? —dijo, sonriente—. Siento que Buster no sea tan rápido.

—No hay problema. Es un caballo muy agradable de montar.

—Abby y el ganado deben estar al otro lado de la siguiente colina —dijo Beth sin apartar la mirada de Floyd. Luego, sin esperar a Jed, hizo avanzar a Shorty a un paso más relajado.

Jed la siguió sin protestar. Después de todo, en aquellos momentos no estaban entrenando, y el rancho era suyo y de sus hermanas.

Además, estaba enfadada con él. No era de extrañar, porque él también estaba enfadado consigo mismo. ¿Qué le sucedía? Cada vez que miraba a

aquella mujer su deseo crecía. Cualquiera diría que era un adolescente con las hormonas alteradas.

Deslizó la mirada hasta sus caderas... y la apartó de inmediato al ver que Floyd lo observaba con una sonrisa en los labios. ¡Diablos! Si su amigo descubría lo que estaba pasando por su cabeza, iba a lamentar haberlo llevado allí.

Al llegar a lo alto de la colina divisaron al ganado en el pequeño valle que se extendía ante ellos.

—Abby va cabalgando tras el rebaño —dijo Beth a la vez que señalaba.

—Mucho trabajo para una sola persona —murmuró Floyd.

—Sí —asintió Jed. Había notado que las hermanas Kennedy hacían lo que había que hacer. No se echaban atrás ante un reto—. Vamos a hacer las presentaciones y ver si podemos echar una mano.

Abby los vio llegar y se detuvo, aunque no dejó de mirar al ganado.

—Señorita Abby —dijo Jed mientras detenía su montura junto a la de ella —, he traído a un amigo al que le vendría bien un trabajo. Se llama Floyd Jenkins. He pensado que podría serle útil.

—Gracias Jed. ¿Me lo recomiendas?

Jed asintió.

—¿Por qué no charla con él mientras yo me ocupo del ganado?

—Tengo una idea mejor. Floyd y yo nos ocuparemos de empujar al ganado mientras tú y Beth os colocáis a los lados. Eso ayudará más a Barney y a Dirk.

Jed asintió y luego miró a Beth.

—¿Izquierda o derecha?

—Izquierda —contestó ella.

—Recuerda que Shorty es un caballo de corte —advirtió Jed.

Beth no ocultó su exasperación antes de alejarse.

A Jed le habría gustado zarandearla. Un jinete no advertido se llevaría una desagradable sorpresa cuando una vaca dejara el rebaño. Shorty no esperaría a ser invitado para salir por ella.

De manera que, además de vigilar su lado, Jed tuvo que vigilar a Beth y su nuevo caballo. Por supuesto, no le había hecho falta mucho tiempo para darse cuenta de que podía manejar a Shorty sin problemas.

Pero siguió mirándola de todos modos.

Barney, que cabalgaba en el mismo lado que Beth, se adelantó para abrir la verja del pasto sur. Algunos animales aprovecharon la oportunidad para tratar de alejarse. Beth avanzó para desanimarlos y Jed vio que Abby dejaba la parte

trasera del ganado para cubrir su puesto.

Floyd lo saludó de lejos y Jed supuso que era para hacerle saber que la entrevista había sido un éxito.

Cuando todas las cabezas de ganado estuvieron dentro del pasto, Barney cerró la valla.

—Es agradable contar con ayuda. Gracias.

Abby presentó a Floyd a los demás y dijo que trabajaría en el Circle K a partir de aquel mismo día.

—Creo que podemos dar por finalizado el día —concluyó—. Para cuando hayamos dejado a los caballos en sus casillas ya será la hora de cenar.

Durante el trayecto de vuelta, Barney acompañó a Floyd y fue haciéndole preguntas sobre los lugares en los que había trabajado. Dirk cabalgó solo. Abby se reunió con Beth y Jed supuso que estaban hablando de Shorty. Al menos había acertado en aquello.

Pero no sabía si había hecho bien aceptando ser el preparador de Beth.

El problema era que no se le ocurría ningún motivo para no hacerlo. El salario era magnífico, ella era una jinete excelente y la relación que había establecido con Shorty parecía buena.

Además, ya sabía con certeza que las mujeres Kennedy eran unas trabajadoras incansables.

De manera que, ¿por qué no dejaba de pensar en huir?

Porque estaba asustado.

Lo asustaba sufrir. Cosa que lo hacía parecer un cobarde. Pero nadie lo había llamado nunca débil. Había tenido que arreglárselas solo desde muy pequeño; huérfano de madre a los siete, y ya abandonado por su padre antes de nacer, Jed había pasado por la sucesión de hogares adoptivos a los que lo envió la seguridad social.

Nadie se preocupó por él.

No fueron malos con él, ni le pegaron, al menos, casi nunca, pero en realidad nadie lo quiso ni se preocupó por él. Nadie le ofreció nunca un hogar. Solo un lugar en el que quedarse.

Pero no por mucho tiempo.

Y así era como vivía su vida en la actualidad. Pero las cosas no iban a seguir así en el futuro. Estaba ahorrando cada centavo que podía. Porque iba a comprar una casa. Un lugar del que nunca tendría que irse.

Sabía de caballos. Y de ganado. Conocía a los hombres. También había estado con algunas mujeres. Lo que no entendía, y probablemente no llegaría a

entender nunca, eran las familias. Había aceptado el hecho de que pasaría por la vida solo.

Lo que significaba que la atracción que sentía por Beth Kennedy era solo eso. Atracción. Nada más. No había un futuro con una casa rodeada de flores ni cunas llenas de bebés. Deseo, sí. Pero Beth Kennedy no entendería las reglas de una aventura de una noche.

Y él no podía descuidar su reputación.

De manera que la convertiría en la mejor corredora de barriles que existía y luego se iría. Solo. En busca de un lugar que convertir en su hogar.

Por eso no podía huir. Lo que ganara con aquel trabajo haría posible que pudiera empezar a buscar ese lugar. Un pequeño rancho en el que adiestrar animales. Jinetes también, si acudían a él.

Simplemente tendría que endurecer su corazón... no su corazón, su cuerpo. Rio. Volvía a equivocarse. Su cuerpo ya estaba duro. Tendría que tener la mente centrada en el trabajo. Eso era lo que tendría que hacer.

Negocios. Pensaría en la señorita Beth Kennedy como en el fajo de billetes que le iba a permitir comprar sus sueños. Cuando la mirara vería el signo del dólar, no a una mujer suave y curvilínea con ojos brillantes y una sonrisa demoledora.

Sí, claro.

Cuando Jed entró en la cocina aquella tarde, Melissa le entregó un montón de mensajes.

—No hay duda de que estás muy solicitado —dijo con una sonrisa.

—Lo siento. Espero que las llamadas no te hayan llevado demasiado tiempo —contestó él con el ceño fruncido.

—No, claro que no. Pero ha corrido el rumor de que estás por aquí y a muchos vecinos les gustaría aprovecharse de ello.

Jed asintió, incómodo. Por un lado le agradaba saber que su reputación crecía. Por otro, no quería aprovecharse de las Kennedy. Eran muy amables con él.

—¿Hay un mensaje de los Stalling? —preguntó Beth con suspicacia.

Jed alzó una ceja.

—No conozco a ningún Stalling —dijo, y se puso a revisar los mensajes.

—Sabes que lo hay —replicó Melissa a su hermana—. Ya saben que has contratado a Jed. Sissy va a echar chispas. Pero ha sido su padre el que ha

llamado, no ella.

Jed vio que Beth fruncía el ceño.

—¿Por qué te molesta eso?

Beth bajó la mirada y contempló su plato. Abby respondió por ella.

—Beth y Sissy llevan compitiendo por todo desde que vinimos a vivir aquí.

Jed no creía que la tal Sissy tuviera nada que hacer contra Beth, pero no dijo nada.

—No se te ocurrirá entrenarla a ella también, ¿no? —preguntó Beth.

Jed simuló meditar su respuesta mientras disfrutaba de la creciente ansiedad que reflejaba su mirada.

—No estaría bien entrenar a un competidor. Además, lo más probable es que no tenga tiempo para hacerlo.

—Bien —tras la lacónica respuesta de Jed, Beth volvió a concentrarse en su comida.

Después de comer, Abby ofreció a Jed la posibilidad de utilizar el teléfono de la casa para devolver las llamadas.

—Gracias, pero tengo mi móvil. Le daré el número a todo el mundo para que no vuelvan a molestar a Melissa —a continuación, y con un asentimiento de cabeza, salió de la cocina con Floyd.

—Tenías razón —dijo este mientras bajaban las escaleras del porche.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a la comida de la señorita Melissa. Y respecto a trabajar para la señorita Abby. Es una mujer muy lista.

—Sí.

—Y tampoco he cambiado de opinión respecto a la señorita Beth.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy bonita.

Jed sintió un arrebató de celos.

—Mantente alejado de ella.

Floyd pareció sorprendido.

—No pretendía sugerir nada. Además, tengo suficientes años como para ser su padre.

Jed asintió.

—Pero tú no —añadió Floyd.

Jed estuvo a punto de atragantarse.

—No dejes que se te dispare la imaginación, Floyd. Estoy aquí para hacer un trabajo. Es un asunto de negocios, nada más.

—Ya —murmuró Floyd a la vez que abría la puerta del barracón.

Tras terminar de recoger la cocina, Beth tomó un par de zanahorias y fue al corral a ver a Shorty. Necesitaba familiarizarse con él.

Además, estaba demasiado inquieta como para quedarse en casa.

Tras acariciar a Shorty y darle las zanahorias, le habló para que fuera familiarizándose con su voz. Pero cuando hizo la primera pausa oyó otra voz.

Una voz grave.

No vio a nadie, pero supuso que el sonido provenía del establo. ¿Qué estaría haciendo Jed en el establo a aquella hora de la noche?

Se acercó a la puerta y se asomó con cautela al interior, como si estuviera espionando a alguien.

Ridículo, se dijo. Ella nunca espionaría a nadie. Por supuesto que no. No la habían educado para eso. De todos modos, se detuvo junto a la puerta.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Jed.

Al mirar más atentamente, Beth vio que estaba hablando por su móvil. ¿Por qué habría ido al establo a hacer sus llamadas?

—Sí, puedo hacerme cargo de él. Me llevará unas seis semanas.

¿Seis semanas? ¿Tan poco tiempo iba a necesitar para prepararla? Esperaba que más.

—El precio incluirá el forraje. He llegado a un acuerdo con las Kennedy. Sí, tráelo mañana —Jed desconectó el móvil, se lo cambió de mano y anotó algo en un cuaderno que tenía en el regazo.

—¿Por qué estás llamando desde aquí? —preguntó Beth a la vez que entraba en el establo.

Jed se volvió, sorprendido.

—No sabías que estabas ahí.

—Yo tampoco sabía que estabas aquí hasta que he oído tu voz. ¿No funciona tu móvil en los barracones?

Jed guardó el teléfono en el bolsillo de su camisa y se puso en pie.

—Sí, pero Barney ha venido a visitar a Floyd al dormitorio y no quería molestarlos.

—¿Estás compartiendo la habitación con Floyd? Hay sitio de sobra. Cada uno puede tener su propio dormitorio.

Beth vio con sorpresa que Jed se ruborizaba y apartaba la mirada.

—Es mejor así.

—¿Por qué?

Jed frunció el ceño.

—Porque quiero compartirla, ¿de acuerdo?

Beth alzó las manos en señal de rendición.

—No hay problema.

Se produjo un incómodo silencio hasta que Jed preguntó:

—¿Qué haces aquí a esta hora de la noche?

Que lo hubiera contratado para que la adiestrara no le daba derecho a tratarla como si fuera su jefe, pensó Beth.

—No creo que eso sea asunto tuyo, a menos que mi adiestramiento incluya un toque de queda —replicó en tono irónico.

Jed alzó una ceja.

—Aún no hemos hablado de horarios. ¿Sería demasiado pronto empezar a las siete?

Algo en su mirada hizo comprender a Beth que estaba recordando su encuentro de aquella mañana.

—Creo que podré arreglarlo. ¿Cuánto tiempo durará la sesión?

Jed estaba a punto de contestar cuando sonó su teléfono.

Con un gruñido, lo sacó y contestó.

Beth podría haberse retirado para concederle un poco de intimidad, pero supuso que la llamada sería por algún asunto de trabajo, no por algo personal.

—Sí, señor Stallings, me han dado el recado.

Beth se tensó al oír aquello.

—Agradezco su oferta —continuó Jed—, pero estoy preparando a Beth Kennedy para las carreras de barriles y no estaría bien que adiestrara a la vez a una de sus competidoras —tras una pausa, añadió—: Supongo que eso sí podría hacerlo.

Beth alzó la cabeza y lo miró atentamente. ¿Estaría ablandándose? Si era así, y con lo que le estaba pagando, iban a tener unas palabritas —Puedo pasarme mañana a verlo —siguió Jed—. No merece la pena traerlo antes de que decida si se puede hacer algo con él.

En cuanto colgó, Beth preguntó:

—¿Qué le estás ofreciendo al señor Stalling?

Jed observó su ceño fruncido.

—No creo que eso sea asunto tuyo, a menos que fuera a afectar a tu adiestramiento —su comentario sonó parecido al que le había hecho ella hacía unos momentos.

Pero Beth no le iba a dejar librarse así como así.

—Pues yo creo que sí es asunto mío, porque Sissy Stallings va a ser mi mayor competidora.

—¿Lo hace bien?

—Sí. De manera que sí es asunto mío.

—No, no lo es. Su padre quiere que eche un vistazo a un caballo que quiere entrenar para recorte.

—Oh —Beth no podía decir nada al respecto—. ¿Es ese el motivo por el que ha llamado?

—No. Como sospechabas, quería que adiestrara a su hija.

Un destello burlón en la mirada de Jed y una semi sonrisa en sus labios llamó la atención de Beth.

—Gracias —murmuró.

—Es una norma que sigo siempre. No tiene nada que ver contigo.

¿Qué pretendía?, se preguntó Beth. ¿Hacerle ver que solo estaba interesada en ella por su trabajo? ¿Como si eso le importara!

—Ya lo suponía —replicó, y entonces recordó la pregunta que le había hecho hacía un momento—. ¿Cuánto tiempo durarán las clases? Necesito saberlo para poder decirle a Abby si podré trabajar mañana.

—Mañana por la mañana me gustaría trabajar contigo un par de horas, y otro par antes de la cena. No quiero que practiques entre medias durante unos días, hasta que Shorty se haga a la rutina. Y no quiero que lo utilices para trabajar en el rancho.

A Beth no le gustó su actitud autoritaria, pero la toleró. De momento.

—De acuerdo.

—Trabajaremos seis días a la semana. El domingo tendrás vacaciones. ¿Alguna pregunta?

—¿Trabajaremos el sábado por la tarde?

—Sí. ¿Interferirá eso mucho en tu vida social?

El tono de Jed fue parecido al que había utilizado aquella mañana antes de desayunar, el que había impulsado a Beth a hacer su comentario sobre la manicura.

Sin poder contenerse, y en tono acaramelado, dijo:

—No hay problema. A mis «amigos» no suele importarles que la cita sea tarde.

A continuación, giró sobre sus talones y salió del establo.

Capítulo 5

LAS palabras de Beth inquietaron a Jed.

Por mucho que trató de hacer caso omiso de su respuesta, lo inquietó. Se dijo que lo más probable era que Beth no tuviera citas a altas horas de la noche, lo mismo que no se hacía la manicura.

Pero no podía mentirse a sí mismo.

Los vaqueros de aquella zona de Texas debían estar ciegos para no ir a cortejarla. La belleza e independencia de Beth debería bastar para atraerlos, y si a eso se añadía su dinero...

Dio una vuelta en la cama y, mientras escuchaba los ronquidos de Floyd, tuvo que recordarse por qué lo había invitado a compartir su dormitorio.

En realidad había sido una idea bastante tonta. Pero su forma de reaccionar con Beth lo había impulsado a tomar algunas medidas de seguridad. No quería tener un lugar disponible en el que quedarse a solas con ella.

—Sí —murmuró con una cínica sonrisa. Como que la rica y bella señorita Kennedy iba a condescender en ir a visitarlo en el barracón...

De inmediato pasó por su mente la imagen de Beth inclinada mientras le hacía la cama. Desde luego, debía conceder el beneficio de la duda a aquellas tres damas. No parecía que el dinero se les hubiera subido a la cabeza.

Las tres eran amistosas. Las tres eran guapas. Las tres tenían dinero.

Y las tres estaban fuera de su alcance. No le importaba por Melissa y por Abby. Pero Beth lo estaba volviendo loco. Esa misma tarde se había encontrado mirando un montón de heno e imaginando que le hacía el amor sobre él. Por eso necesitaba que Floyd compartiera la habitación con él.

Porque aquella mujer lo volvía loco.

Volvió a dar la vuelta en la cama con la esperanza de que el sueño se adueñara pronto de él. Faltaba poco para el amanecer y necesitaba estar relajado para poder acercarse a su nueva alumna.

A la mañana siguiente, Beth observó el rostro de Jed mientras desayunaban. Parecía un poco cansado. Alzó levemente la barbilla. Él mismo se había

buscado con su actitud la respuesta que le dio. Por supuesto, lo más probable era que no le importara en lo más mínimo lo que hiciera con su tiempo libre, pero podía dejarle creer que lo ocupaba saliendo con «amigos».

Eso era lo que debía hacer. Tía Beulah no las había animado a salir demasiado. Solía decir que los hombres no eran de fiar. Y la única experiencia de Beth en aquel terreno le había demostrado que su tía tenía razón. No entendía a los hombres ni su actitud con las mujeres, y no estaba dispuesta a volver a sufrir el dolor que podría causarle demostrar una vez más su falta de experiencia.

Tía Beulah solía decir que aprender la lección la primera vez ahorrraba muchos sufrimientos.

Además, con lo que habían tenido que trabajar en el rancho, apenas les había quedado tiempo para acudir al baile local de vez en cuando. Ahora que no necesitaban trabajar tanto, tal vez se convertirían en tres auténticos pájaros nocturnos. Sonrió al pensar aquello; conociendo a sus hermanas, dudaba mucho que fuera a darse aquella transformación en ellas.

En aquel momento, su mirada se cruzó con la de Jed.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó él.

—Nada. Solo estoy contenta —contestó Beth, y volvió a centrar su atención en su desayuno.

Jed se volvió hacia Abby.

—Hoy van a traerme cuatro caballos. Tenemos que pensar en una cantidad adecuada para su mantenimiento. Y, si no hay problema, quiero trabajar con Beth dos horas por la mañana y dos por la mañana.

—De acuerdo —asintió Abby—. Ya pensaré en una cantidad adecuada —se volvió hacia Beth—. ¿Puedes ir a echar un vistazo al ganado que movimos ayer después de tu clase con Jed?

—Por supuesto. ¿Hace falta que lleve unos bloques de sal?

—Sí. Creo que bastará con cuatro.

Jed frunció el ceño.

—Yo puedo ir con ella. Esos bloques son pesados.

Beth vio su ofrecimiento como una crítica hacia ella, pero Abby rio.

—Tú tendrás que ocuparte de tus caballos. Pero no te preocupes. No es la primera vez que Beth se ocupa de los bloques de sal —a continuación, Abby asignó las tareas del día a los otros tres vaqueros.

Todo el mundo acabó de desayunar a las seis y media. Ya que faltaba media hora para su clase, Beth se puso a vaciar el lavavajillas.

—Yo puedo hacer eso —protestó Melissa.

—Tengo un poco de tiempo libre.

Jed, que fue el último en salir de la cocina, llevó su taza al fregadero.

—Nos vemos en el establo —dijo, con sequedad.

—A las siete en punto —replicó Beth en el mismo tono.

—Si necesitas más tiempo para ayudar a Melissa, tómatelo. Tengo cosas de sobra por hacer mientras te espero.

Fue Melissa la que contestó. Beth estaba demasiado conmocionada.

—Eres muy amable, Jed, pero podré arreglármelas.

Jed asintió, se llevó una mano al ala de sombrero a modo de despedida y salió de la cocina.

—¿No te parece una persona encantadora? —preguntó Melissa, sonriente.

Beth miró a su hermana.

—Te... ¿te gusta?

—Claro que me gusta. ¿A ti no?

—No... quiero decir que, tanto como gustarme...

Melissa rio.

—¿Te refieres a si me atraen sus pantalones ceñidos y su atractivo rostro?

Beth asintió y contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta de su hermana.

—Supongo que podría atraerme en ese aspecto si me empeñara en ello. No hay duda de que es un hombre atractivo, pero no me interesa en ese aspecto.

¿Y a ti?

Beth bajó la mirada y mintió a su hermana por primera vez en años.

—No, claro que no.

Jed fue a preparar el establo para los caballos que esperaba. Luego fue a buscar a Shorty y, tras ensillarlo, lo dejó en el corral. Estaba colocando los barriles en el pasto más cercano cuando vio que Beth se acercaba a su caballo.

Miró automáticamente el reloj y no lo sorprendió comprobar que eran las siete en punto. Al menos era puntual. Se encaminó al corral.

—He colocado ahí los barriles. ¿Por qué no acercas a Shorty?

—De acuerdo.

Beth tomó al caballo por las riendas, le acarició el cuello y lo condujo hasta el pasto.

—Hazlo caminar por la pista —ordenó Jed. Se suponía que debía observar

al caballo, pero enseguida descubrió que no podía mantener la vista apartada de Beth. No había conocido a ninguna mujer a la que le sentaran mejor los vaqueros—. No corras. Límitate a hacerlo girar en torno a los barriles con calma.

Beth acababa de empezar cuando Jed oyó que se acercaba un camión. Reacio, apartó la mirada de la deliciosa figura de Beth y vio que se trataba del remolque con los caballos que esperaba.

—Tengo un cliente. Enseguida vuelvo. Sigue haciendo el recorrido.

Beth hizo lo que Jed le había ordenado. Tras repetir el aburrido ejercicio durante una hora decidió que se había ganado un rato de diversión.

Acababa de inclinarse en la silla con intención de poner a Shorty en marcha cuando vio que Jed salía del establo. Retuvo de inmediato al caballo.

—¿Qué haces?

—Tratar de no morir de aburrimiento.

—Debes tomártelo con calma.

—Me lo he tomado con calma durante una hora —Beth miró a Jed sin ocultar su enfado. Dada la cantidad que le pagaba, esperaba recibir un poco más de atención.

—¿Tanto tiempo ha pasado? —Jed miró su reloj—. Lo siento, no me había dado cuenta. De acuerdo, puedes hacer el recorrido más rápido, pero no lo presiones.

Beth asintió e hizo avanzar a Shorty a paso más ligero. Tras realizar el recorrido volvió a donde estaba Jed.

—¿Mejor así? —preguntó él.

—Sí —replicó ella con brusquedad. Aún no lo había perdonado por haberla tenido abandonada durante una hora entera.

—¿Quieres volver a intentarlo un poco más rápido?

Con un asentimiento, Beth volvió a empezar.

Cuando transcurrió la segunda hora, Jed le hizo una seña para que desmontara.

—¿Eso es todo?

—Sí. No conviene excederse. ¿Vas a llevar ahora esos bloques de sal?

Beth asintió mientras conducía a Shorty al corral.

—Yo cargaré los bloques en el camión.

Beth se detuvo en seco.

—No necesito ayuda.

Jed alzó una ceja.

—Son pesados.

—No es mi primera experiencia con los bloques de sal —Beth sujetó las riendas de Shorty en la valla y se puso a desensillarlos.

—Solo trataba de ser útil.

Beth lo sabía, y sabía que debería apreciar su ofrecimiento, pero este llevaba implícito una crítica a su habilidad para hacer el trabajo. Y eso no estaba dispuesta a aguantárselo.

—Supongo que si me ofreciera a cepillar a Shorty también me estaría excediendo, ¿no?

Beth giró sobre sí misma y estuvo a punto de darse de bruces con Jed.

—Soy capaz de hacer mi trabajo, Jed.

—Eso ya lo sé, pero no hay motivo para que los hagas todos —Jed sonrió—. Nunca he visto unas mujeres que trabajen tanto como tú y tus hermanas. Pero eso no significa que «debáis» trabajar duro. Vais a envejecer antes de tiempo.

—¿Estás sugiriendo que tengo mal aspecto?

Jed suspiró y luego tomó la barbilla de Beth entre su pulgar y su índice.

—¿Qué problema tiene hoy, señorita? Estoy seguro de que te han dicho muchas veces que eres una mujer preciosa, de manera que esa pregunta es ridícula. Deja que yo me ocupe de Shorty y ve a cargar esos bloques de sal. Tengo cosas mejores que hacer que discutir contigo —a continuación tomó las riendas de Shorty y lo condujo al corral.

Beth respiró profundamente. Aquel hombre la volvía loca. Sabía que estaba siendo difícil con él... pero no sabía por qué.

Con un suspiro, sacó del bolsillo las llaves de una de las camionetas. Los bloques de sal aguardaban.

Jed ya había recibido los cuatro caballos que tenía intención de adiestrar. Esperaba otros posibles clientes al día siguiente y aún tenía que visitar el rancho de los Stalling para ir a ver al caballo.

Stalling había admitido que el caballo había sido maltratado por el dueño anterior y que no iba a ser una tarea fácil reeducarlo. Jed esperaba poder aceptar el caballo. Odiaba tener que decidir que un animal carecía de esperanza.

Estaba pensando en aquello cuando lo sorprendió la llegada de Beth. Frunció el ceño. Conducía la camioneta a demasiada velocidad por el irregular terreno. Se acercó a ella cuando se detuvo.

—Hola —saludó Beth mientras bajaba la ventanilla.

—¿Sucede algo?

Ella pareció sorprendida por la pregunta de Jed.

—No. ¿Va todo bien por aquí?

—Que yo sepa, sí, pero como he visto que conducías tan rápido he pensado que a lo mejor había un fuego en algún sitio —Jed sostuvo la mirada de Beth, decidido a advertirle sobre su comportamiento.

Ella rompió a reír, sorprendiéndolo.

—¿Me estás diciendo que iba demasiado deprisa?

—Sí. Podrías haberte hecho daño.

Beth apagó el motor y salió de la camioneta.

—Llevo conduciendo esta camioneta por estas colinas desde que tenía doce años, y nunca he tenido un problema —sin esperar a que Jed contestara, se encaminó hacia la casa. A medio camino se detuvo y se volvió a mirarlo—. ¿No vienes a almorzar?

—Sí —contestó Jed, y se aclaró la garganta. El balanceo de Beth mientras caminaba podía desconcertar a cualquiera.

Almuerzo. Más le valía concentrarse en la comida. O en los caballos. O en el tiempo. En cualquier cosa menos en ella.

Beth, Melissa y él almorzaron en la casa. Los demás se habían llevado la comida que les había preparado Melissa porque estaban trabajando en zonas muy alejadas del rancho.

Tras almorzar volvió al establo a recoger su agenda. Estaba pensando que iba a tener que volver a la casa a preguntar cómo se llegaba al rancho de los Stalling cuando vio que se acercaba una camioneta con un remolque.

Frunció el ceño, pues los caballos de los que había aceptado ocuparse ya estaban en sus casillas. Supuso que quienquiera que fuese había acudido al rancho en busca de las Kennedy. Esperó a que la camioneta se detuviera con intención de llevar a la casa algún mensaje a la vez que iba a preguntar la dirección que necesitaba.

Pero la repentina aparición de Beth en el porche trasero hizo que aquello fuera innecesario. Bajó las escaleras del porche y se acercó a él.

—Creía que no habías aceptado ocuparte de su caballo.

—¿El caballo de quién?

—De los Stalling. Esa es su camioneta. La conduce Sissy.

—Yo no he aceptado ocuparme de su caballo —dijo Jed mientras una rubia alta con pantalones ceñidos bajaba de la camioneta.

Avanzó hacia ellos e ignoró por completo a Beth cuando se detuvo ante Jed.

—Usted debe de ser Jed Davis —dijo, y su boca se curvó en una sensual sonrisa.

—Sí —contestó él, y entrecerró los ojos. Era posible que Beth lo excitara, pero no era una provocadora. Su inocencia era parte de su encanto. Sin embargo, la recién llegada nunca podría ser acusada de inocente.

La rubia alargó una mano hacia él. Jed se fijó en sus uñas pintadas de rojo.

—Soy Sissy Stalling.

—Señorita Stalling. ¿Conoce a la señorita Kennedy? —Jed ya conocía la respuesta a aquella pregunta, pero no estaba dispuesto a aceptar que aquella mujer ignorara a Beth como si fuera invisible.

—Por supuesto. Somos viejas... amigas.

Jed asintió y se volvió hacia Beth.

—Si me necesitas, estaré en el establo.

Ya se había alejado unos pasos cuando Sissy reaccionó.

—¡Espere! He venido a verlo a usted, Jed.

Jed se volvió.

—¿A mí?

—Por supuesto. Papá me dijo que habían hablado por teléfono.

—Su padre me habló de un caballo al que quiere que adiestre y yo acepté ir a verlo.

—Sabiendo lo ocupado que está, papá y yo hemos pensado que le vendría bien que le trajéramos a Mugsy —dijo Sissy, sonriente. Era obvio que esperaba la aprobación de Jed.

Él frunció el ceño.

—No. Habría sido más fácil evaluar al caballo en su sitio. Si es como su padre me lo describió, el viaje lo habrá alterado bastante.

Sissy apoyó las manos en las caderas y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Quiere que lo lleve de vuelta a casa? Solo pretendía hacerle un favor.

Jed lo dudaba. En lugar de contestar se volvió hacia Beth.

—¿Le importará a la señorita Abby que meta al caballo en el corral trasero? Necesitaré un par de días para evaluarlo.

—Estoy segura de que no habrá problema —contestó Beth.

Él sonrió ante su generosidad. Era obvio que no le gustaba la rubia, pero no

por ello pretendía perjudicarla.

—Gracias.

Sissy dio un paso hacia ellos.

—Entonces, ¿va a ver al caballo o no?

—Sí, le echaré un vistazo. Sáquelo.

Sissy lo miró, sorprendida.

—Yo no puedo sacarlo —protestó—. Es demasiado peligroso.

Jed la miró un momento antes de hablar.

—¿Ha traído el caballo usted sola sin estar en condiciones de manejarlo?

—Por supuesto. Yo monto, pero no me ocupo de los caballos. Papá tiene suficientes empleados para ocuparse de eso.

—Pero los empleados de su padre no están aquí —dijo Jed.

Beth rio. Cuando Jed y Sissy se volvieron a mirarla, simuló un ataque de tos.

Jed frunció el ceño, pero Sissy volvió a llamar su atención.

—Usted puede sacarlo.

—Gracias por la oportunidad —dijo Jed en tono irónico.

Sissy se encogió de hombros.

—Si no quiere molestarse, se supone que debo llevarlo directamente a la fábrica de pegamento.

—Yo puedo hacerlo —ofreció Beth de inmediato.

Jed la sujetó por el brazo.

—Ni hablar —miró a Sissy—. Vaya a abrir la puerta del corral.

Sissy pareció ofendida por su orden, pero Jed le sostuvo la mirada. Cuando por fin se fue, soltó a Beth.

—Mantente alejada del remolque. Esto no va a ser fácil. No quiero que resultes herida.

—Me dejaste bajar a Shorty —le recordó ella, dolida.

—Shorty no da problemas. Este caballo sí. Yo puedo sacarlo del remolque, pero no si tengo que preocuparme por ti a la vez. Mantente alejada.

Jed se tomó el tiempo necesario para tranquilizar un poco al caballo. A pesar de todo, necesitó emplear toda su fuerza para controlarlo. En cuanto lo tuvo fuera se encaminó con él hacia el corral trasero.

Beth lo acompañó.

—Es un animal muy bonito.

—Tiene ojos de loco.

—¿Podrás adiestrarlo?

—¿Quieres que lo haga? —preguntó Jed en voz baja para que no lo oyera

Sissy, que esperaba impaciente junto a la entrada del corral.

—No para ella. Pero el caballo no tiene la culpa de nada —Beth volvió sus fascinantes ojos color avellana hacia Jed y él leyó el anhelo que había en ellos.

Sissy Stalling utilizaba a los caballos. Beth Kennedy los amaba. Jed sabía muy bien qué mujer le importaba más.

—Veremos lo que podemos hacer —le aseguró con una sonrisa.

Tras soltar al caballo y acercarlo al abrevadero, se volvió hacia Sissy.

—Dígale a su padre que lo llamaré en un par de días para decirle si puedo hacer algo por Mugsy.

Sissy se acercó a él y simuló frotar algo de su hombro, pero Jed sospechó que estaba simulando. Quiso apartarse pero, como sucedía con los animales peligrosos, sabía que una retirada supondría un indicio de debilidad.

—Se lo diré. Y pasaré a diario para ver cómo progresa —dijo Sissy, sonriente.

—Preferiría que no lo hiciera. No me gusta que me observen mientras trabajo.

—En ese caso, cuando venga podría dejar de trabajar para estar conmigo un rato.

—Estoy muy ocupado.

—Pero...

—Yo avisaré a su padre —Jed rodeó a Sissy y se encaminó hacia el establo. Pero no llegó muy lejos. Unas garras rojas lo sujetaron por el brazo.

—¡Espere! Quería invitarlo al baile.

Jed captó un destello en la expresión de Beth por encima del hombro de Sissy. Aquellas palabras no la habían hecho feliz.

—¿Qué baile?

—El que se celebra en Tumbleweed el viernes. Podemos ir juntos para que conozca a los vecinos.

—Eso me parece buena idea —dijo Jed despacio, sin apartar la mirada de Beth—, pero no puedo aceptar su invitación.

La expresión de Sissy dejó claro que no estaba acostumbrada a ser rechazada. Golpeó un pie contra el suelo.

—¿Por qué no?

—Porque ya tengo una cita para ese baile.

Capítulo 6

BETH trató de ocultar el placer que le produjo la respuesta de Jed, sobre todo cuando Sissy se volvió a mirarla.

—Debería haber supuesto que pondrías tus garras sobre él en cuanto pudieras —espetó.

Beth sonrió y se encogió de hombros. Sabía que Jed no se había referido a ella, pero no pensaba informar a Sissy de aquel detalle.

Sissy se volvió hacia Jed.

—Cuando se canse de la señorita campesina, avíseme. Le enseñaré cómo sabe entretener a un hombre una mujer de verdad —a continuación volvió a su camioneta.

Ni Beth ni Jed se movieron hasta que vieron cómo se perdía en una nube de polvo. Luego, como liberados de un embrujo, se miraron.

Beth dejó escapar una risita.

—Le has dado toda una lección.

—¿Qué lección?

—No te has dejado camelar por su... por su... —Beth se interrumpió, sin saber cómo calificar el coqueteo de Sissy.

—Oh, oh. Me temo que tenemos un problema —dijo Jed.

—¿Qué problema?

—Ahora piensa que voy a llevarte al baile.

La diversión de Beth se esfumó al instante. No había pensado en lo que diría Sissy cuando Jed llegara al baile con otra persona.

—¿A quién vas a llevar? —preguntó finalmente.

—Había pensado en Floyd. Si quiere venir —Jed apoyó las manos en las caderas y miró a Beth—. Supongo que esa mujer va a portarse de forma desagradable en cualquier caso, pero no me gustaría que se pusiera a hablar mal de ti a tus vecinos.

La respiración de Beth se agitó mientras miraba a Jed. No había duda de que era un hombre muy sexy.

—Podrías ser un caballero y... salvarme.

Jed entrecerró los ojos.

—¿Y cómo podría hacerlo?

Beth dio un paso hacia él.

—Llevándome a mí.

Jed frunció el ceño con fiereza, como si la sugerencia de Beth lo hubiera sorprendido.

—No me gusta mezclar los negocios con el placer.

Beth quiso preguntarle en qué categoría encajaba ella, pero no lo hizo. Estaba segura de que la respuesta no le habría gustado.

—Ya que ambos sabemos que solo estabas tratando de protegerme, no veo por qué no.

Jed se frotó la parte trasera del cuello, pensativo.

—Supongo que podría hacerlo, mientras tengas bien claro que no es nada personal. Y será mejor que así se lo expliques a tus hermanas. No quiero que saquen conclusiones erróneas.

Beth miró a lo alto, exasperada.

—Podrías limitarte a llevar una ristra de ajos en torno al cuello. Creo que eso haría comprender a todo el mundo lo que piensas de mí.

Jed sonrió.

—Podría... pero ninguna otra dama querría bailar conmigo.

Beth le habría arrancado el cuello encantada. En lugar de ello, se arrimó más a él.

—Si no bailas mejor de lo que flirteas, lo más probable es que no bailes en toda la noche —a continuación lo rodeó y se encaminó hacia la casa.

Era tan satisfactorio tener la última palabra...

Jed trabajó duro toda la tarde. Primero fue a hablar con Abby para pedirle seis terneros jóvenes del ganado para llevarlos a uno de los corrales. Tenía que adiestrar a los cuatro animales que le habían llevado esa mañana como caballos de recorte, y no podía hacerlo sin contar con un pequeño rebaño.

Para cuando los condujo de nuevo al establo ya había llegado la hora de la siguiente clase con Beth. No es que estuviera ansioso por verla. Claro que no. Solo había mirado la hora para asegurarse de que no llegaba tarde.

El suspiro de alivio, o tal vez de anticipación, que dejó escapar cuando la vio salir al porche fue solo un indicio del interés que sentía por su trabajo. Al ver que se acercaba con una sonrisa radiante en el rostro, pensó que había hecho bien antes dejándole decir la última palabra.

Pasaron las dos horas de la clase sin discutir ni una sola vez. Apenas hablaron, por supuesto. Beth repitió el recorrido en torno a los barriles una y otra vez. Jed vio cómo iba creciendo su frustración, pero sabía que solo se obtenían resultados con disciplina.

—De acuerdo, este es el último recorrido de prueba —dijo a la vez que sacaba un cronómetro de su bolsillo—. Ahora vas a hacer uno de verdad.

—¿En serio? —preguntó Beth con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, pero ten cuidado.

Apenas había acabado de hablar Jed cuando Beth puso a Shorty al galope.

Él la observó con el corazón en la garganta. Si tenía la oportunidad, aquella dama no hacía nada a medias. Esperaba no haberle dado alas demasiado pronto. Cuando cruzó la línea de meta paró el cronómetro.

Su tiempo ya era mejor que el de la mayoría de los jinetes. Pero se había fijado en varios detalles que había que corregir. Sí, Beth Kennedy era una ganadora. Iba a hacer que se sintiera orgulloso de haberle enseñado.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó ella, ansiosa.

—No ha estado mal. Habrá que trabajar determinados aspectos, pero no ha estado mal.

La sonrisa de Beth se esfumó.

—No hace falta que seas tan espléndido con tus cumplidos.

—Podría serlo... si montaras tan bien como flirteas —dijo Jed con una sonrisa, y a continuación se alejó.

Era su turno de tener la última palabra.

Dos noches después, la casa Kennedy parecía tan ajetreada como una colmena mientras las tres hermanas se preparaban para el baile.

—¿Va a pasar a recogerte Jed? —preguntó Abby desde el baño, donde se estaba rizando el pelo.

—Dijo que vendría hacia las siete —contestó Beth, que había explicado a sus hermanas lo sucedido con Sissy y la caballerosa oferta de Jed.

—¿Crees que es prudente? —le había preguntado Abby—. Después de todo es tu instructor.

—Probablemente no, pero no pienso malgastar una oportunidad de fastidiar a Sissy.

Melissa sonrió.

—Sí, aunque tengas que pasar por el mal trago de bailar con el feo de Jed.

Beth se ruborizó.

—No voy a tener más remedio que sacrificarme —dijo, y todas rieron.

Beth también había sacrificado la tarde anterior para ir a unos grandes almacenes de Wichita Falls a comprar ropa. Incluso había ido a cortarse el pelo y se había hecho la manicura. Sus uñas no eran largas, como las de Sissy, y no eligió el rojo. Pero tenían buen aspecto de rosa.

Además compró una blusa también rosa, un cinturón plateado y una falda vaquera. Solían decirle que tenía las piernas bonitas y quería tener su mejor aspecto para que Jed Davis supiera lo que se estaba perdiendo.

Al salir del dormitorio se detuvo ante sus hermanas.

—¿Y bien?

—¿No te parece que esa falda es un poco corta? —preguntó Abby.

—Solo queda cinco centímetros por encima de mis rodillas —protestó Beth.

—Parece corta porque todas somos altas —dijo Melissa—. Pero tienes muy buen aspecto. Esos vaqueros van a estar siguiéndote toda la noche.

Abby suspiró.

—Me siento como una vieja gallina dejando salir por primera vez a su polluelo.

Beth rio.

—Pues no pareces nada vieja, y que tu falda sea más corta que la mía no quiere decir que no estés sexy. Las dos vais a atraer mucha atención.

Una llamada a la puerta atrajo su atención e hizo que dejara de sonreír.

—Supongo... que es Jed.

Sus hermanas asintieron y se apartaron a un lado para que bajara las escaleras por delante de ellas.

Beth fue rápidamente hasta la puerta trasera y la abrió. Jed vestía unos vaqueros recién planchados, una camisa azul que realzaba el tono de sus ojos y un sombrero Stetson casi nuevo.

Estaba demasiado atractivo.

Beth contuvo el aliento cuando Jed abrió la puerta del barracón habilitado para el baile. Había llegado el momento de presentarse ante sus vecinos... y ante Sissy Stalling.

Cuando Jed le pasó un brazo por la cintura, soltó el aliento y lo miró.

—¿Qué haces?

—Escoltarte al interior del salón de baile, querida —aseguró él con una

desenfadada sonrisa de vaquero. Beth había visto aquella sonrisa antes, pero nunca en el rostro de Jed Davis.

Era una sonrisa de alto voltaje y le hizo desear acurrucarse contra su cuerpo. En privado.

Los saludos no dejaron de sucederse mientras avanzaban. Algunos vecinos se acercaron a ellos para ser presentados a Jed. Era evidente que todos sabían quién era. Su reputación lo precedía. Por supuesto, aquello no explicaba por qué todas las mujeres de menos de treinta años se las arreglaron para ir a saludar a Beth y esperar a que esta hiciera las presentaciones.

El baile ya había empezado antes de que la multitud se dispersara. De hecho, una decidida joven pidió a Jed que bailara con ella.

Beth no podía creer que Susie McCaskin tuviera tanta cara.

Pero tenía diecisiete años y se creía la mujer más ardiente del condado. Y lo era... al menos en su colegio. Beth contuvo el aliento en espera de la respuesta de Jed.

—Aprecio tu ofrecimiento, Susie, pero creo que sería descortés no conceder el primer baile a mi cita —Jed aún tenía el brazo en torno a la cintura de Beth y la estrechó con suavidad.

Ella no estaba segura de lo que trataba de comunicarle, pero supuso que quería apoyo.

—La verdad es que no me haría mucha gracia, Susie. Tal vez luego...

—Supongo que la tarjeta de baile de la señorita Sussie ya estará llena para entonces —dijo Jed, y dedicó una sonrisa a la jovencita.

Ruborizada, Susie se volvió y empezó a flirtear con el vaquero más cercano.

—Creo que has herido sus sentimientos —susurró Beth.

—Eso está bien. Necesita madurar un poco antes de empezar a jugar con chicos grandes —dijo Jed.

A continuación condujo a Beth hasta la pista y se pusieron a bailar un típico ritmo texano.

Ella no ocultó su sorpresa al ver lo bien que lo hacía Jed.

—¡Eres un magnífico bailarín! —dijo—. Había supuesto que casi nunca bailabas.

—Gracias —replicó Jed, que ya había oído aquel cumplido en numerosas ocasiones—. A la mujer de una de las casas de acogida en que crecí le gustaba bailar.

Beth estuvo a punto de tropezarse. En ningún momento se le había ocurrido pensar que pudieran tener algo en común.

—¿Eres huérfano?

Jed alzó las cejas, como cuestionando por qué había dejado de seguirle los pasos.

—Sí. ¿Estás bien?

—Yo... no sabía... que también eras huérfano.

Jed rio con cinismo.

—Sí. Es duro ser huérfano cuando no se tiene nada. Pero tú eres millonaria, así que no esperes demasiada compasión.

La fascinación y la creciente atracción que Beth estaba experimentando por él se esfumaron al instante y dieron paso a la sensación de confusión y tristeza de una niña de nueve años cuando el mundo feliz en que vivía desapareció de repente.

Se apartó de Jed y avanzó por la pista en busca de sus hermanas.

—¿Te encuentras bien, querida?

Beth se detuvo ante la señora Wisner, una de sus vecinas. Ella y su marido vivían en una pequeña granja cercana a su rancho. El señor Wisner había muerto hacía un año.

—Hola, señora Wisner. Estoy bien, gracias. Solo estaba buscando a Melissa y a Abby —dijo, y trató de sonreír.

La mujer sonrió compasivamente.

—Estaban bailando, como tú hace un momento.

Jed se acercó a ellas y pasó de nuevo un brazo por la cintura de Beth, que se estremeció.

—Hola, soy Jed Davis —dijo a la vez que ofrecía su mano a la señora Wisner.

—Yo soy Ellen Wisner, una vecina. Bienvenido a nuestra pequeña comunidad.

—Gracias. Beth, ¿quieres algo de beber?

Beth se limitó a negar con la cabeza sin mirarlo.

Jed no había pretendido herir sus sentimientos, pero estaba seguro de que su orfandad había sido muy diferente a la de las hermanas Kennedy.

—Vamos, Beth, no...

Ellen interrumpió las impacientes palabras de Jed.

—¿Por qué no nos trae un vaso de ponche a cada una, señor Davis? Se lo agradecería mucho.

Su amable sonrisa hizo imposible una negativa por parte de Jed, que asintió y se acercó a una gran mesa instalada en uno de los extremos del barracón.

Varias damas, considerablemente mayores que Ellen Wisner, aguardaban para atenderlo.

—Tres vasos de ponche, por favor. ¿Hay que pagar algo?

Una de las damas rio.

—Oh, no, querido. Todo está incluido en el precio de la entrada.

Cuando fue a tomar los vasos, Jed comprendió que no iba a poder llevarse los tres. Miró a su alrededor y vio a unos metros a Floyd con Barnie. Le hizo una seña para que se acercara.

—Póngame otro vaso, por favor —pidió a la mujer que le había servido.

—¿Cómo van las cosas, muchacho? —preguntó Floyd.

En lugar de contestar, Jed le entregó dos vasos de ponche.

—Sígueme.

Cuando volvieron encontraron a Beth y a la señora Wisner sentadas en un banco contra la pared, charlando tranquilamente. Jed entregó una taza a cada una y luego se volvió hacia Floyd para tomar una de las que llevaba él.

—Gracias, Floyd. Te presento a la señora Ellen Wisner. Floyd Jenkins.

Floyd estrechó la mano de la mujer y luego se sentó junto a ella.

—Espero que no le importe que me siente aquí.

—Si a Beth no le importa, a mí tampoco.

Jed se sentó junto a Beth pero esta siguió mirando de frente, sin reconocer su presencia.

—Beth —susurró él a la vez que se inclinaba hacia ella.

La canción que estaba sonando terminó en aquel momento y Beth se puso en pie.

—Tengo que buscar a mis hermanas —dijo, y se fue a toda prisa.

—Maldita sea —murmuró Jed.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Floyd.

—Ha herido sus sentimientos —replicó Ellen con suavidad al ver que Jed no respondía. Al ver que este la miraba con cara de pocos amigos, añadió—: Los hombres pueden ser tan insensibles —y sonrió.

Floyd rio.

—Eso es porque no logramos entender a las mujeres, cielo.

—¡Oh! —exclamó Ellen—. Así solía llamarme mi marido —sus ojos se llenaron de lágrimas, se puso en pie y siguió los pasos de Beth.

—Somos realmente geniales, amigo —dijo Floyd, disgustado—. Estamos con las dos mujeres más guapas del baile y conseguimos que salgan corriendo.

Jed se limitó a asentir. Las cosas se estaban estropeando rápidamente.

Abby y Melissa rodearon a Beth, ansiosas por asegurarse de que estaba bien. Sus compañeros se ofrecieron a zurrar a Jed si era necesario, aunque no sabían qué sucedía.

Beth negó de inmediato con la cabeza.

—Oh, no. Solo estoy un poco tonta. No ha... —su mirada se detuvo en Ellen, que en aquellos momentos se alejaba de Jed y de Floyd con expresión compungida. Frunció el ceño. Jed podía herir sus sentimientos. Ella se recuperaría. Pero no estaba dispuesta a permitir que hiriera los sentimientos de la dulce señora Wisner.

—Disculpadme —murmuró, y fue tras Ellen.

—¿Señora Wisner? —dijo a la vez que la tomaba del brazo—. ¿Se encuentra bien? ¿Le ha dicho Jed algo desagradable?

Ellen parpadeó con rapidez.

—Oh, no. Pero el señor Jenkins me ha llamado «cielo».

Beth no supo qué decir, de manera que tomó la mano de Ellen y esperó.

—Mi marido... solía llamarme eso. He estado tan sola... —movió la cabeza y apartó la mirada—. Soy una vieja estúpida.

—No eres vieja ni estúpida —dijo Beth con sinceridad. A fin de cuentas, su tía Beulah solía cuidar de Ellen Wisner cuando era pequeña—. ¿Por qué no lo invitas a bailar?

Sin esperar a que Ellen respondiera, se encaminó con ella hacia donde aún se encontraban Jed y Floyd. Ambos tenían las cabezas agachadas y no vieron cómo se acercaban.

—¿Te importaría hacerme un favor, Floyd? —preguntó Beth.

Ambos hombres alzaron la cabeza a la vez, sorprendidos. Luego se pusieron en pie.

—Por supuesto —dijo Floyd.

—Beth, no pretendía... —empezó Jed, pero Beth lo acalló con una severa mirada. Luego se volvió de nuevo hacia Floyd.

—¿Te importaría pedirle a la señora Ellen que baile contigo?

—No, Beth, no deberías... —protestó Ellen.

—Señora, me encantaría bailar con usted si promete no quejarse por mi estilo. No soy ningún Fred Astaire —dijo Floyd, y sonrió.

Ni siquiera Ellen pudo pensar que no quería bailar con ella. Beth los miró con expresión radiante mientras avanzaban hacia la pista de baile... dejándola

a solas con Jed.

Capítulo 7

ENTONCES, ¿vas a perdonarme?

Jed no se dio cuenta de cuánto le importaba la respuesta de Beth hasta que esta se encogió de hombros y dijo:

—No hay nada que perdonar.

Pero al ver que no lo miraba, Jed no la creyó. Estaba a punto de insistir cuando un vaquero se detuvo ante ellos.

—Hola, Beth. ¿Bailamos?

Jed quiso protestar, pero se contuvo. Beth tenía derecho a bailar con quien quisiera... y aceptó la invitación con una sonrisa.

Jed se sentó con la mirada fija en sus largas piernas desnudas, en su pequeña cintura, realizada por el cinturón plateado, en su oscura melena, en sus uñas rosas...

¿Sus uñas rosas? ¡Había ido a la manicura!

—¿Arrepentido de tu elección? —preguntó Sissy Stalling a la vez que ocupaba una silla junto a él.

Jed no la había visto llegar y había olvidado el supuesto motivo por el que había llevado a Beth al baile.

—No.

—¿Y por qué no está bailando contigo Beth?

—Porque ese tipo le ha pedido que bailara con él. ¿Por qué no estás bailando tú? —Jed calculaba que había al menos el doble de hombres que mujeres en el baile y, aunque Sissy fuera una bruja, también era una belleza.

—Estaba buscándote. Vamos a bailar —Sissy se levantó y alargó una mano hacia él.

Jed no quería aceptar. Sabía que no debía hacerlo. Pero Beth no había dudado en irse a bailar con otro vaquero. Se levantó y condujo a Sissy hasta la pista de baile.

El ritmo rápido de la música hizo que le resultara fácil acercarla hasta donde Beth bailaba con su compañero. Mantuvo la mirada fija en ella y supo el momento en que los vio. Se puso rígida, alzó levemente la barbilla y lo miró.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Sissy, y se volvió—. Oh, hola, Beth; hola, Billy.

A aquellas alturas, Jed no iba a echarse atrás. Soltó a Sissy y palmeó el hombro de Billy.

—Cambio de parejas —dijo, y apartó a Beth de los brazos del otro vaquero para tomarla entre los suyos. No se volvió para ver si Billy tomaba a Sissy como pareja. Esta ya era mayorcita y podía cuidar de sí misma.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Jed sonrió ante la rígida expresión de Beth.

—Estoy bailando con mi pareja, corazón. Fuiste tú la que sugirió que viniéramos juntos. Lo menos que puedes hacer es bailar conmigo.

—Si solo bailo contigo, estaremos comprometidos antes de que acabe la noche —espetó ella.

—Bueno, no querría llegar tan lejos, pero no nos haría daño mostrarnos un poco amistosos —Jed no creía que su pecado fuera tan grave como para que Beth tuviera que evitarlo. Además, era muy agradable tenerla entre sus brazos.

La atrajo hacia sí y apoyó la mejilla contra un costado de su cabeza.

—Jed...

—¿Mmm?

—Estamos demasiado juntos —protestó Beth, pero, más que irritada, su voz sonó sin aliento.

—Así lo requiere esta clase de baile —o tal vez lo requería su corazón, pensó Jed. No. No su corazón. Su cuerpo. Cómo la deseaba...

De pronto, se apartó de ella, la tomó de la mano y salieron de la pista de baile. Necesitaba un poco de aire. Desafortunadamente, debía mantener su cuerpo alejado del de Beth si no quería ponerse en una posición embarazosa.

—Debemos estar destinados a no terminar ningún baile —dijo Beth.

—Lo siento —murmuró Jed—. Me he acalorado.

Ella alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Me refiero a que hace calor aquí dentro. Necesito un poco de aire.

Con una risita, Beth se relajó por primera vez desde que habían llegado.

—De acuerdo. Vamos a tomar un poco el aire.

Jed la siguió hasta la puerta delantera, preguntándose si alguna vez llegaría a entender a aquella mujer. La había disgustado que menospreciara su angustia, algo que lamentaba haber hecho, pero la había divertido excitarlo.

Afortunadamente, el exterior del barracón estaba perfectamente iluminado y había varios hombres charlando animadamente en diversos corros.

—Señor Dawkins, le presento a Jed Davis —dijo Beth a un vecino.

Pocos segundos después varios hombres rodeaban a Jed para hacerle preguntas sobre su carrera en los rodeos y sobre técnicas de adiestramiento.

Él pasó un brazo en torno a la cintura de Beth para impedir que se fuera y respondió a sus preguntas. Habría preferido poder abrazarla, pero hablar con aquellos hombres era mucho más seguro.

Beth no podía creer cómo se estaba desarrollando la tarde. Apenas había bailado nada y estaba fuera, con los hombres mayores, hablando de las rotaciones en las cosechas, de caballos y del tiempo.

Y eso después de haberse tomado tantas molestias por su aspecto.

Pero lo que estaba claro era que había excitado a Jed Davis.

Eso podría haber supuesto un triunfo personal... de no ser porque ella también se había excitado. Aquel hombre era letal para el control de una mujer.

Y aún tenía que volver a casa con él.

Justo cuando había decidido escabullirse y volver a casa con sus hermanas, Jed la tomó de la mano.

—Señores, he disfrutado hablando con ustedes, pero creo que le debo un baile a Beth, así que, si nos excusan... —con asentimientos de aprobación por parte de su audiencia, Jed condujo de vuelta a Beth hasta la entrada.

—Lo siento si te has aburrido —susurró.

Pero Beth no se había aburrido. De hecho, había sido interesante ver el respeto con que los hombres habían escuchado los comentarios de Jed. No había duda de que se había ganado su respeto.

—No, estoy bien. De hecho, puedo volver a casa con mis hermanas, si quieres.

—¿Ya quieres irte a casa? Al menos podíamos terminar un baile antes.

—Por supuesto. Solo pensaba que tal vez querías... Puede que alguno de esos hombres tenga caballos para entrenar.

—Ya tengo seis, además de Mugsy. Es suficiente.

—¿Qué vas a hacer con Mugsy?

Jed suspiró. Habían alcanzado la pista de baile y tomó a Beth entre sus brazos. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—No sé qué hacer. Ese caballo va a ser un proyecto a largo plazo, y dudo que Stalling esté dispuesto a pagar mucho.

Beth alzó la cabeza.

—¿Quieres decir que el caballo será destruido? —preguntó sin poder ocultar su angustia.

—No lo sé, cariño.

Terminaron el baile perdidos en su pequeño mundo. Al menos Beth. No quería dejar los brazos de Jed. Cuando este la sacó de la pista de baile la decepcionó comprobar que los músicos se iban a tomar un descanso.

—Hola, Jed Davis. Soy Dave Stalling —dijo un hombre grande que se acercaba a ellos con la mano extendida. Beth lo conocía, por supuesto, pero apenas lo había tratado.

—Señor Stalling.

—¿Qué tiene que decirme de Mugsy? Fue buena idea que Sissy se lo llevara, ¿verdad? —el hombre miró a Jed con expresión radiante y Beth suspiró. Al parecer, aquella noche no iba a poder librarse de los Stalling.

—¿Qué le parece si lo llamo mañana para hablar del caballo, señor Stalling? —dijo Jed. Su voz sonó calmada, pero Beth notó que estaba tenso.

—Podemos hablar aquí. Supongo que ya ha tenido suficiente tiempo para decidir. ¿Puede hacer algo con el caballo?

Jed murmuró una disculpa a Beth y se volvió de nuevo hacia Stalling.

—Puedo, pero me llevará al menos seis u ocho meses. Incluso aunque esté aquí todo ese tiempo, no creo que usted quiera pagar tanto.

—Desde luego que no. Ese caballo no vale más de doscientos o trescientos dólares —espetó Stalling.

—Ni siquiera eso si no puede ser montado.

—De acuerdo. Lo convertiré en pegamento.

Beth alargó una mano hacia su vecino.

—No, por favor, señor Stalling. No haga eso.

—Nada de blandenguerías, jovencita. No dejes que mi Sissy se ponga sentimental con los animales, y no voy a dejar que otra chica interfiera en mis asuntos.

—Se lo compro —dijo Beth de repente.

Stalling se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—No podría desprenderme de un caballo como ese por menos de ochocientos dólares.

Beth ya estaba asintiendo cuando Jed intervino.

—Acaba de decir que el caballo no valía más de doscientos o trescientos dólares.

—El precio acaba de subir.

—No, no ha subido. Le darán cincuenta dólares por él en la fábrica de pegamento. Pase a recogerlo mañana.

—¡Jed! —protestó Beth.

Jed la sorprendió dándole un abrazo antes de mirar de nuevo al otro hombre.

—Si quiere vender el caballo a Beth, ella le pagará doscientos dólares, que es más de lo que vale el caballo. De lo contrario no hay trato. Por cierto, necesitará al menos dos hombres para cargarlo en el remolque.

A continuación hizo girar a Beth como si ella no tuviera voluntad propia y se alejó con ella a su lado.

—¡Espere! —llamó Stalling.

Beth estaba a punto de dar un codazo a Jed y murmurar frenéticas protestas junto a su oído, pero decidió esperar a comprobar lo que tenía que decir el padre de Sissy.

—De acuerdo, se lo vendo. Pero quiero mi dinero mañana.

Beth no podía creer lo que estaba oyendo. Habría abrazado a Jed si este no la hubiera estado reteniendo contra su costado con tal fuerza que apenas la dejaba moverse. Pero podía hablar.

—Tendrá su cheque mañana.

Jed la soltó y sacó un talonario del bolsillo trasero de su pantalón.

—Tendrá su cheque ahora mismo.

—Jed, yo puedo...

—Ya arreglaremos las cosas luego —interrumpió él.

Stalling frunció el ceño con suspicacia.

—Un momento. ¿Quién está comprando el caballo? No estarán tratando de engañarme, ¿no? ¿Me ha mentado respecto a su estado?

Jed se puso rígido.

—Nadie cuestiona mi integridad, Stalling. Haga lo que quiera con su caballo.

—De acuerdo, de acuerdo. Deme el cheque —se había formado un pequeño grupo a su alrededor, y era evidente que Stalling no quería ninguna reacción por parte de sus vecinos.

Jed pidió un bolígrafo a un hombre que tenía cerca, extendió el cheque y se lo alcanzó a Stalling.

—Espero que nos mande un recibo.

—Por supuesto, por supuesto. Se lo enviaré —Stalling lanzó una mirada desafiante a Beth—. Acaba de malgastar su dinero, señorita —dijo, y se

marchó.

Beth se sintió como si acabara de atropellarla un camión, pero poco a poco se dio cuenta de que acababa de comprarse un caballo. Se volvió hacia Jed, radiante.

Pero antes de que pudiera darle las gracias, él la miró sin ocultar su enfado.

—Veo que estás empeñada en tirar tu dinero.

Todos los buenos sentimientos que Beth tenía hacia él se esfumaron.

—¿Por qué estás tan enfadado?

—Ya te hablé de no dejar que la gente suba el precio de las cosas que quiere venderte. ¿Acaso no escuchaste cuando te lo dije?

Floyd, que sostenía una mano de Ellen en la suya, apoyó una mano en el hombro de Jed.

—No seas tan duro con la señorita, amigo.

Ellen alargó una mano y tocó el brazo de Beth.

—¿Te encuentras bien?

Beth se encontraba bien, pero no se sentía precisamente feliz. Sonrió a Ellen y dejó de hacerlo cuando miró a Jed.

—Si lo que te preocupa es que no te pague, te extenderé un cheque en cuanto lleguemos a casa. También te pagaré un mes de adiestramiento por adelantado.

—¿Acaso crees que solo voy tras el dinero, como Stalling? —preguntó Jed, irritado.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadado?

—¡Porque no tienes sentido común!

—Ah, ¿no? ¡Pues tú no eres nada...!

—Beth —dijo Abby, interrumpiendo la réplica de su hermana—, ¿qué sucede?

—¡Nada! Acabo de comprar un caballo.

Abby miró a su hermana con expresión desconcertada y Beth no pudo culparla por ello. Sus emociones habían sido un torbellino desde que Jed había aceptado llevarla al baile.

—Estoy lista para ir a casa —al ver que Jed daba un paso hacia ella, añadió rápidamente—: Contigo, Abby. ¿Estáis listas Melissa y tú?

Abby miró a Jed, que estaba mirando a Melissa, y luego a su hermana.

—Si eso es lo que quieres, por supuesto, Beth. Ahí viene Melissa. ¿Estás lista para ir a casa, Melissa? A Beth le gustaría... irse.

Melissa y Abby intercambiaron una mirada y ambas asintieron. Antes de que Beth supiera lo que estaba pasando, las tres se encontraban en la camioneta

camino al rancho.

Jed ignoró las miradas comprensivas de los que lo rodeaban. Él tenía razón y Beth no.

Stalling habría subido el precio hasta los mil dólares si él no hubiera intervenido, y existía la posibilidad de que el caballo nunca pudiera llegar a ser montado.

—¿Estás bien, Jed? —preguntó Floyd.

Jed frunció el ceño.

—Por supuesto que estoy bien. Solo trataba de prevenir a Beth. Tiene un corazón demasiado blando. Debe endurecerse.

—Pero eso es lo que la hace tan especial —dijo Ellen con suavidad—. Beth se preocupa por las personas que la rodean.

—Pues si no empieza a preocuparse menos acabará quedándose sin dinero —gruñó Jed.

—El dinero no significa demasiado para Beth —replicó Ellen, retándolo con la mirada.

—Es fácil decir eso cuando se tiene mucho.

—Déjalo ya, Jed —protestó Floyd a la vez que pasaba un brazo por los hombros de Ellen.

—Lo siento, señora Wisner, pero Beth necesita aprender...

—Puede que ella no sea la única que necesita aprender algo —dijo Ellen antes de volverse y encaminarse hacia el otro extremo de la pista de baile.

—¿Quieres que te lleve a casa, Floyd? —dijo Jed, sin apartar la mirada de la mujer mientras se preguntaba qué habría querido decir.

—No, gracias. Ellen se ha ofrecido a llevarme y es mucho más dulce que tú.

«Estupendo», pensó Jed. Incluso su único amigo lo abandonaba, y lo único que había hecho él había sido tratar de enseñar a Beth a... ¿a qué? ¿A defenderse por sí misma? Eso ya sabía hacerlo. ¿A no dejarse avasallar por un sinvergüenza? Tal vez era eso.

Se volvió y salió del barracón sin apenas responder al coro de adioses que lo siguió.

Lo había preocupado el viaje de vuelta a casa con Beth, la posible despedida en el porche trasero... el posible beso.

Pero ya no tenía que preocuparse por todo aquello. No señor. Se había ocupado de todos aquellos problemas y los había resuelto.

Ya solo le quedaba por resolver cómo iba a lograr dormirse antes del amanecer cuando su cuerpo anhelaba tocar el de Beth y sus oídos anhelaban escuchar su voz.

Aunque al día siguiente era sábado, la vida transcurrió en el rancho como cualquier otro día de la semana. Jed se planteó la posibilidad de no acudir a desayunar, pero no quería llamarse a sí mismo cobarde, de manera que siguió a los demás a la cocina.

Todos se sorprendieron al ver a Abby y a Beth ocupándose del desayuno.

—¿Dónde está Melissa? —preguntó Jed.

—No se sentía bien esta mañana —contestó Abby—. Le hemos dicho que se quedara en la cama, así que el desayuno no será tan bueno como de costumbre.

Beth no se molestó en mirarlo y siguió ocupándose de revolver los huevos.

Después de comer los hombres fueron a ocuparse de sus tareas. Sin mirar a Jed, Beth dijo que esa mañana no podría entrenar porque debía ocuparse de Melissa.

—No hay problema. ¿Puedo echar una mano?

Aquella pregunta hizo que Beth mirara a Jed, pero enseguida apartó la vista.

—No, gracias. Puedo arreglármelas sola.

Jed dudó, pero al ver que seguía ignorándolo, se encaminó a los establos. No había duda de que Beth era una mujer muy testaruda. Tal vez prefería trabajar en la casa a competir en el rodeo.

Pero él sabía que no era así. Había visto el entusiasmo en su rostro cuando le había permitido hacer el circuito con Shorty a toda velocidad. Sin embargo, aquella mañana no parecía demasiado entusiasmada preparando el desayuno. Pero hacía lo que había que hacer.

Aquella era una cualidad que podía admirar. Entre otras cosas. Un inmediato destello del aspecto que tenía Beth la noche anterior pasó por su mente, pero lo alejó de inmediato. Beth siempre estaba guapa. La noche anterior solo había sido un extra.

Suspiró y empezó a limpiar las casillas y a alimentar a sus caballos. Aquel trabajo estaba resultando mucho más complicado que otros. Y todo a causa de Beth Kennedy.

Pasó la mañana trabajando con los animales, pero no logró apartar a Beth de su mente.

Quería convencerse de que la noche anterior se había irritado con motivo,

pero no lo logró. Normalmente podía controlar su genio. Adiestrar caballos le había enseñado lo perjudicial que podía resultar perderlo.

La noche pasada, cuando había visto que Beth se lanzaba a ciegas para salvar a Mugsy, se había excedido en su reacción. Solo pretendía protegerla, pero Beth ya era una mujer adulta.

Tras trabajar un rato con uno de los caballos se acercó a ver a Mugsy. Sacó varias zanahorias de su bolsillo trasero. El caballo había aceptado una el día anterior tras media hora de intentarlo, y eso le había dado ciertas esperanzas.

En aquella ocasión obtuvo la atención del caballo de inmediato. Tras acercarse y alejarse varias veces, el animal acabó por atreverse a tomar la zanahoria que le ofrecía Jed.

En cuanto lo hizo se alejó y masticó la zanahoria sin apartar la mirada de él.

Jed no dejó de susurrarle palabras de ánimo para que se acostumbrara a su voz. Tras unos minutos volvió a ocuparse de los demás caballos.

Y a pensar en Beth.

Poco antes de la hora del almuerzo captó de reojo el movimiento de una sombra. Acercó rápidamente su montura al extremo del corral para asegurarse de que había visto algo.

Beth en vaqueros. Le encantaba en vaqueros. Estaba a punto de saludarla cuando notó en su actitud cierto secretismo, de manera que la siguió con sigilo. Contuvo el aliento al ver que Beth se detenía ante el corral de Mugsy y alzaba una mano para abrir la valla.

—Ni se te ocurra abrirla —dijo, tenso.

Capítulo 8

BETH se volvió, sobresaltada.

—¡Oh! Me has asustado.

—Eso pretendía. ¿Planeabas entrar en el corral?

Beth reconoció para sí que parte de su afán por ver a Mugsy era su deseo de comprobar que no había cometido un error ofreciéndose a comprar el caballo, que el enfado de Jed no estaba justificado. Alzó la barbilla y asintió.

—Maldita sea, Beth. Sabes que es peligroso. Ese caballo es impredecible. Podrías resultar herida.

Ella no se dejó intimidar.

—Solo quería echarle un vistazo.

—Míralo todo lo que quieras... desde este lado de la valla.

Beth se volvió y miró al caballo, que se hallaba en el otro extremo del corral.

—Tú trabajas para mí, no al revés.

Por el sonido del cuero, Beth dedujo que Jed estaba desmontando. Se mantuvo de espaldas a él.

Un momento después Jed apoyaba sus musculosos brazos sobre la valla, junto a ella.

—Eso tiene remedio —dijo con suavidad.

Beth volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Quieres dejar el trabajo?

—No. Pero si voy a trabajar con ese caballo vas a tener que seguir mis reglas.

Beth estuvo a punto de decirle lo que podía hacer con sus reglas, pero se contuvo. A fin de cuentas, Jed tenía clientes haciendo cola. A él le daría lo mismo irse, pero ella se quedaría con un caballo que no podía ser montado.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo, qué?

—Seguiré tus reglas. ¿Te satisface eso?

Jed miró un momento a Beth antes de contestar.

—Será mejor que no hablemos de lo que me satisface o me deja de

satisfacer... pero acepto los términos.

Beth no pudo evitar ruborizarse a la vez que daba un paso atrás.

—Te daré un talón después del almuerzo.

—Puedes darme los doscientos dólares que pagué ayer por el caballo, pero no empezaré a cobrarte por adiestrarlo hasta que pueda entrar en el corral con él. Tú te ocuparás de su alimentación.

—Bien —dijo Beth, y dio otro paso atrás. Aquel hombre era más peligroso que el caballo del corral. Cada vez que se acercaba a él solo podía pensar en estar entre sus brazos—. Tengo que ir a servir el almuerzo.

—Iré a echar una mano en cuanto haya desensillado al caballo —dijo Jed, sorprendiéndola.

—No es necesario que te molestes.

—No es molestia. No tardo —sin esperar a que Beth respondiera, Jed tomó las riendas del caballo que estaba adiestrando y lo condujo al establo.

—Bien —murmuró ella—. Ya veremos si eres tan útil poniendo la mesa como entrenando caballos.

Por supuesto, Jed no oyó aquello, pero Beth se sintió mejor tras decirlo.

Cuando todos estuvieron reunidos en la cocina comieron en silencio, como solían hacer. Las mujeres y los hombres hambrientos no solían molestarse hablando demasiado. Sin embargo, cuando terminaron la lasaña que Beth había calentado, Floyd preguntó: —¿Cómo está Melissa?

—El médico ha venido esta mañana y le ha sacado sangre para analizarla —Beth miró Abby. Esperaba hablar con ella después de comer, en privado—. Piensa que podría tratarse de un caso de... mononucleosis.

—¿La enfermedad que se transmite por los besos? —preguntó Barney, sorprendido.

Jed se aclaró la garganta.

—Hay otras formas de...

—Sí —interrumpió Abby con rapidez, aunque esforzándose por contener una sonrisa. Hasta que pensó en lo que acababa de decir Beth. Se volvió hacia su hermana con expresión asustada—. ¿Mono?

—Sí —dijo Beth, desanimada.

Jed se inclinó hacia ella.

—No te preocupes. Le darán alguna medicina y se pondrá bien.

Beth y Abby intercambiaron miradas. Finalmente, Beth explicó:

—Sabemos que Melissa se pondrá bien. Eso no nos preocupa. Lo malo es que no sabemos cómo nos las vamos a arreglar sin ella para ocuparnos de la

casa y de la comida.

—Pero con Floyd aquí para echar una mano podéis pasar más tiempo en la casa.

Todos rieron, excepto Floyd y Jed.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Floyd.

—Yo —dijo Beth—. El único motivo por el que habéis disfrutado de una comida decente es porque Melissa preparó una lasaña y la congeló. Incluso yo puedo descongelar algo con ayuda del microondas. Pero ya apenas queda nada en el congelador.

—¿No sabes cocinar? —preguntó Jed.

Beth sintió que volvía a ruborizarse. Iba a tener que dejar de hacerlo delante de Jed. Pero odiaba admitir aquella debilidad. Negó con la cabeza.

Jed frunció el ceño pero no dijo nada. Todo el mundo en la mesa parecía apesadumbrado. Uno de los beneficios extras del trabajo era la cocina de Melissa.

—Tengo una solución —dijo Floyd, y todos se volvieron a mirarlo, sorprendidos.

Abby sonrió.

—No me digas que cocinas, Floyd.

—No, señora. Si tuviera que hacerlo no me moriría de hambre, pero no creo que le gustara probar mis platos.

—Entonces, ¿cuál es esa solución? —preguntó Beth.

—Estoy seguro de que Ellen Wisner es una buena cocinera.

Abby parpadeó, sorprendida.

—Lo es, ¿pero qué tiene que ver eso con esto?

—Creo que ha pasado una época dura desde que murió su marido. Probablemente apreciaría un trabajo.

Beth y Abby intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Nunca pensé que pudiera necesitar... ¿estás seguro de eso, Floyd?

—No, pero creo que esa es la situación.

Abby se levantó de la mesa.

—Voy a averiguarlo —dijo, y se encaminó hacia el despacho.

A pesar de que ya habían terminado de comer, nadie abandonó la mesa.

—¿Ha comido ya Melissa? —preguntó Jed.

Ya que la fuente de la lasaña estaba vacía, Beth supuso que estaba preocupado por haberse servido dos veces.

—Eso espero. Le he calentado una lata de sopa porque no quería comer

nada pesado —frunció el ceño al recordar lo débil que le había parecido su hermana. Se había puesto enferma tan de repente... La noche anterior parecía encontrarse en perfecto estado.

—Se pondrá bien —aseguró Jed a la vez que le palmeaba la mano.

Los ojos de Beth se llenaron de lágrimas.

—Gracias —susurró, avergonzada.

—Ya que todos estamos esperando a averiguar qué pasa con la llamada de Abby, ¿qué os parece si ayudamos a Beth a recoger? —dijo Jed a la vez que se ponía en pie.

Antes de que Beth pudiera protestar, todos los hombres estaban ocupados. Jed fue al fregadero a aclarar los platos y Barney fue metiéndolos en el lavavajillas. Dirk se ocupó de barrer y Floyd recogió la mesa.

—Si podéis cocinar tan bien como recogéis la cocina, puede que no necesitemos a Ellen —dijo Abby desde la puerta. Todos se volvieron a mirarla, expectantes—. Pero, afortunadamente, Ellen ha aceptado venir a trabajar para nosotros. Estará aquí en una hora —miró a Beth—. Ella se ocupará de cuidar a Melissa y de preparar la cena, así que puedes tomar tu lección con Jed.

Todos vitorearon el acontecimiento y los hombres salieron de la casa dejando a sus espaldas una cocina immaculada.

Abby y Beth se miraron, asombradas.

—Ha sido idea de Jed —dijo Beth finalmente.

—Increíble. No esperaba que un vaquero supiera cómo llenar un lavavajillas.

Ambas rieron, pero enseguida se pusieron serias.

—Deberíamos haber pensado más en Ellen durante el año pasado.

—Sí —asintió Beth—. Vino aquí cuando tía Beulah se puso mala. Lamento no haber pensado que necesitaba ayuda.

—Ahora somos nosotras las que necesitamos ayuda y ella va a salvarnos —Abby hizo una pausa y luego añadió—: Voy a ver a Melissa. ¿Puedes quedarte hasta que llegue Ellen? He pensado que podemos alojarla en el cuarto del fondo.

—De acuerdo. Iré a poner sábanas limpias en la cama y a quitar el polvo.

—¿Necesitas ayuda?

—No, tú ve a ver a Melissa. Ya no tengo que ocuparme de la cocina, así que podré arreglármelas sola.

Beth no salió de la casa hasta las tres, la hora de tomar su clase. Había acompañado a Ellen a ver a Melissa, que se había relajado mucho al saber que iba a ocuparse de sus tareas.

—Estaba tan preocupada —dijo, débilmente—. Iba a dejar colgado a todo el mundo.

—Ahora ya no tienes de qué preocuparte —había asegurado Ellen—. Puede que no sea una gran cocinera, pero tampoco se me da mal. ¿Has comido ya?

—Sí.

—Solo ha tomado unos sorbos de sopa —aclaró Beth—. No he conseguido hacerle comer nada más.

Ellen chasqueó la lengua y Beth recordó de pronto que su madre solía hacer aquello.

—Eso no basta, niña. Voy a prepararte unos huevos revueltos y enseguida vuelvo para dártelos.

Melissa no se molestó en protestar.

—¿Podemos quedárnosla? —preguntó cuando Ellen se fue, como si fuera una niña pidiendo que le dejaran quedarse con una mascota.

Beth sonrió.

—Yo estoy a favor.

Salió de la casa sabiendo que su hermana quedaba en las mejores manos y que una buena comida la estaría aguardando en la cocina cuando volviera del trabajo.

Primero fue al corral trasero con varias zanahorias en las manos. Hizo lo que Jed le había dicho y esperó pacientemente a que el caballo se acercara a tomar una zanahoria.

—Eres un caballo muy cauto, Mugsy. Me pregunto quién te puso el nombre. Tal vez deberíamos cambiártelo por otro más romántico.

—¿Qué te parece Romeo? —sugirió una grave voz a sus espaldas.

Beth espantó al caballo al girar de pronto sobre sí misma.

—¡Deja de espiarme!

Jed alzó una ceja.

—¿Remordimientos de conciencia?

—¡No! Pero estaba concentrada.

—¿Vas a cambiarle de nombre?

—Sí. Y Romeo me parece un buen nombre.

Jed rio.

—Sería un poco cruel llamarlo Romeo. Después de todo, Mugsy es un caballo castrado. No podría participar en... ningún romance.

Beth alzó la barbilla y lo miró.

—A mí me parece un nombre adecuado. No creo que Romeo llegara a «participar» demasiado en ningún romance.

—En ese caso, que sea Romeo —Jed se apartó de la valla—. ¿Lista para ensillar a Shorty?

—Sí —replicó Beth en tono cortante. No estaba dispuesta a ser considerada una romántica ñoña.

—Bien —Jed hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Quiero disculparme por lo que te dije anoche. No estuvo bien que quitara importancia a lo que pudiste sufrir a causa de la pérdida de tus padres. Es solo que... mi experiencia fue muy diferente. Nunca permanecí en ningún lugar demasiado tiempo.

El corazón de Beth se encogió al percibir la soledad que reflejó el tono de Jed. Pero antes de que pudiera decir nada, él añadió: —Después del desastre de anoche, creo que lo mejor será ceñirnos a nuestra relación profesional.

—De acuerdo —asintió Beth con una sonrisa en los labios. Sin embargo, por dentro no sonreía. Ya no habría más bailes, ni más abrazos, ni más besos...

Jed caminó ante ella sin decir nada más. Beth suspiró y se dijo que eso era lo mejor. A fin de cuentas, Jed acabaría yéndose y ella no iba a ninguna parte.

—Te levantas en la silla demasiado pronto antes del giro —explicó Jed con el ceño fruncido. Habían hablado mucho sobre la forma de cabalgar para aquella clase de competición, pero Beth aún no lo había asimilado a su entera satisfacción—. Cuando lo haces, Shorty pierde la trayectoria.

—De acuerdo. Voy a intentarlo de nuevo.

Llevaban una semana practicando dos veces al día, desde que Ellen se había trasladado al rancho. También había pasado una semana desde que Jed había sugerido que se ceñieran a su relación profesional... y desde que Beth le había sonreído por última vez.

Apartó aquel pensamiento de su mente. Las sonrisas no importaban. Beth quería ser la mejor competidora de la modalidad de barriles del circuito. Eso era lo único que importaba.

Vio que Beth se encajaba bien el sombrero, se inclinaba sobre Shorty y

arrancaba. Superó todos los barriles sin problemas, pero golpeó el último con su rodilla y lo tiró. Llegó a la línea de meta a toda velocidad, pero claramente decepcionada.

—¿Te has hecho daño?

—¡Sí! No, no importa —al bajar del caballo Beth estuvo a punto de caerse. Jed la sujetó por la cintura y sintió sus curvas por primera vez desde el día del baile.

—Soo, tómatelo con calma.

—¡No soy una yegua!

—En ningún momento se me ha ocurrido pensar que fueras una yegua. Solo una mujer testaruda.

Beth giró entre sus brazos y lo apartó de un suave empujón.

—Tengo que caminar antes de que se enfríe el golpe.

Tras comprobar que podía caminar, Jed fue a levantar el barril.

Al volverse vio que Beth estaba subiendo de nuevo a su caballo, pero no con su estilo habitual.

—¡Espera!

Ella permaneció montada, sin mirarlo, con una expresión de testarudez que Jed ya sabía reconocer.

—Estoy un poco cansado —dijo mientras se acercaba—. ¿Por qué no lo dejamos ya?

Beth no picó el anzuelo.

—No, gracias. Tú vete si quieres. Yo voy a practicar un poco más.

—No seas cabezota, Beth. Te has hecho daño en un rodilla. No hay necesidad de forzar las cosas. Aún tenemos un par de semanas antes del rodeo en Ponca City.

La había inscrito a primeros de semana para que fuera su primera prueba.

—Si te vas a ir, dame el cronómetro.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —preguntó Jed.

Beth se limitó a mirarlo. A menos que la bajara del caballo a la fuerza y la llevara a rastras a la casa, Jed supuso que iba a hacer otro recorrido.

Suspiró.

—De acuerdo. Adelante —cronómetro en mano, Jed observó la salida de Beth.

Shorty y ella se movían como uno solo. Tomaron una curva tan ceñida en torno al primer barril que este estuvo a punto de caer, pero se mantuvo en pie. El giro en torno al segundo fue igualmente ceñido, y Jed comprendió que en

aquella ocasión iba a hacer un tiempo realmente bueno.

Cuando alcanzó el tercer barril notó que se había desincronizado un poco. Entonces, como a cámara lenta, vio que salía volando de la silla, caía al suelo y se quedaba totalmente quieta.

Jed corrió a toda prisa hacia ella, asustado.

—¡Beth! ¡Beth! ¿Estás bien?

Shorty se había detenido y miraba a su jinete caído con expresión desconcertada.

Beth seguía sin moverse.

Jed se arrodilló junto a ella y le buscó el pulso.

—¿Beth? ¿Puedes oírme, corazón? —al encontrarle el pulso suspiró de alivio, pero debía haberse quedado sin aliento al caer. Le echó la cabeza atrás y apoyó su boca sobre la de ella para insuflarle aire.

Cuando Beth lo rodeó con los brazos por el cuello y sus labios se movieron bajo los de él, supo que estaba despierta. Supo que estaba a salvo y que podía respirar por su cuenta.

Liberado de la tensión, la estrechó entre sus brazos y comenzó a besarla una y otra vez, como había soñado hacerlo cada noche desde que había llegado al rancho.

En lugar de tratar de apartarse, Beth alzó las manos y le acarició el pelo, el rostro...

Enseguida se encontraron directamente tumbados sobre el suelo, Jed encima de ella, besándola, acariciándola, desabrochándole la blusa...

La deseaba tanto que temía morir si no le hacía el amor allí mismo. Mantener las distancias con ella había supuesto una auténtica tortura durante aquella semana, y en aquellos momentos estaba dispuesto a tocar cada centímetro cuadrado de su cuerpo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, jadeante, y la besó sin darle tiempo a contestar.

La blusa entreabierta de Beth revelaba el comienzo de sus pechos, y Jed deslizó sus labios hacia allí como atraído por un imán.

—Aquí no —susurró ella—. Alguien podría vernos —al ver que trataba de cerrarse la blusa, Jed recuperó la cordura.

—No. Claro que aquí no —dijo, y se levantó a pesar de las protestas de su cuerpo—. Beth, yo... Vamos, deja que te ayude a levantarte.

—El establo. Podemos ir al establo —dijo ella con la respiración entrecortada.

En cuanto estuvo en pie volvió a besar a Jed, de manera que este no pudo decirle que había recuperado el sentido común. Tenía intención de decírselo. Enseguida. Pero antes tenía que besarla. Ella quería que lo hiciera.

Al darse cuenta de adónde podía llevarlo aquella línea de razonamiento, la apartó con firme delicadeza de su lado.

—¡Beth! No podemos... Vamos, cariño. Será mejor que vuelvas a casa.

—A casa no —murmuró ella, y volvió a besarlo a la vez que deslizaba las manos bajo su camisa para acariciarle el pecho.

A Jed le encantó sentir sus manos acariciándolo, sus labios sobre los de él...

¡Pero no podía hacer aquello!

—¡Beth! ¡Para! No podemos seguir adelante.

Cuando sus palabras penetraron la mente de Beth, esta se detuvo en seco.

—¿Qué? —preguntó, conmocionada.

—No puedo hacerte el amor, Beth. No estaría bien. Eres mi alumna. Solo voy a pasar aquí una temporada. No estaría bien.

No estaría bien aprovecharse de una chica inocente como ella sin ofrecerle el futuro que se merecía. Una casa. Un marido. Dos cosas que él nunca podría darle.

Beth se apartó de él varios pasos, dolida.

—Lo siento, Beth. He temido que pudieras haberte hecho daño al caer y he perdido el control. Eres una mujer muy guapa y resulta muy difícil...

—¿Que has perdido el control? ¿Me has visto en el suelo y has decidido aprovechar la ocasión? —dijo ella, horrorizada.

—¡No! No ha sido así, Beth... —Jed dio un paso hacia ella con intención de reconfortarla.

Beth alzó una mano para que no se acercara.

—Mantente alejado de mí. No se te ocurra volver a tocarme —dijo, y a continuación giró sobre sí misma y corrió hacia la casa.

Jed pensó en salir corriendo tras ella, pero se contuvo. Beth tenía razón. No podía volver a tocarla. Había conseguido contenerse una vez, pero no podía fiarse de sí mismo si surgía una segunda oportunidad.

Beth era demasiado tentadora.

Shorty se acercó y lo empujó con suavidad por la espalda.

Jed supuso que iba a tener que ocuparse de desensillararlo y cepillararlo esa noche. Era un precio muy bajo a pagar a cambio del gran error que acababa de cometer.

Capítulo 9

PARA cuando Beth se hallaba a medio camino de la casa habían sucedido dos cosas: la rodilla le dolía de verdad y el enfado había hecho que sus lágrimas se secaran.

Se había ofrecido a Jed como regalo y este la había rechazado. ¡No la quería! Su enfado se intensificó a la vez que su estómago se encogía.

Había pasado la semana tratando de concentrarse en su entrenamiento, en sus tareas en el rancho, en cualquier cosa excepto en Jed Davis.

Porque él tenía razón en una cosa. No había futuro para ellos. Él se iría de allí cuando terminara su trabajo. Pero lo cierto era que cada vez que se acercaba a él su cuerpo anhelaba que la tocara.

Y lo peor era que su corazón también quería estar cerca de él, viendo la delicadeza con que trataba a los caballos, su paciencia, los ánimos que les daba. Sería un padre estupendo. Podía imaginarlo con un niño, enseñándole sus maneras de bebé.

El hecho de que el niño de su imaginación fuera siempre el hijo que habrían tenido entre los dos le hizo comprender que se estaba excediendo.

Pero Jed no había querido hacerle el amor. Ella era su alumna. ¡Tal vez debería llamar a Sissy Stalling cuando tuviera una urgencia! Aquel pensamiento casi hizo que se atravesara el labio inferior con los dientes. ¡Si sucediera algo así los mataría!

Ellen debió verla llegar porque salió al porche a recibirla.

—¿Te encuentras bien, querida?

—Me he hecho daño en una rodilla —replicó Beth, que no tenía ninguna gana de hablar sobre lo que de verdad la preocupaba.

—¿Está hinchada?

—Creo que sí. Voy a tomar un baño. Espero que no te importe que me salte la cena de esta noche.

—No seas tonta, niña. Después del baño, métete en la cama y yo te subiré la comida en una bandeja —Ellen sonrió como si el comportamiento de Beth fuera totalmente normal.

Con una sonrisa de agradecimiento, Beth entró en la casa. Al menos esa

noche no tendría que ver a Jed. Ya se preocuparía por su entrenamiento por la mañana.

Ellen observó a Beth mientras se alejaba. Había estado llorando. Aún se notaba el rastro de las lágrimas en su rostro, ligeramente cubierto de polvo después de montar.

Se volvió a mirar el corral en que Beth y Jed Davis habían estado practicando. No creía que el golpe en la rodilla fuera la causa de las lágrimas. Beth Kennedy no era ninguna quejica.

No, lo único que podía hacer llorar así a una mujer era un hombre.

Cuando Abby entró en la casa unos minutos antes de la hora de cenar, Ellen la llamó.

—Beth se ha golpeado en la rodilla durante su clase de esta tarde. No va a bajar a cenar.

Fue la última frase la que llamó la atención de Abby, que se detuvo en seco.

—¿No va a bajar a cenar? ¿Tanto le ha dolido el golpe?

Ellen se volvió lentamente.

—No quiero entrometerme.

Abby la miró un momento y luego asintió.

—Entrométete. Ya formas parte de la familia.

—Creo que Beth y el señor Davis han tenido alguna clase de... desacuerdo.

Abby volvió a asentir y palmeó el hombro de Ellen.

—Gracias. Iré a hablar con ella.

Cuando Ellen hizo sonar la campana para la cena, Abby volvió a la cocina.

—Tienes razón, pero no quiere hablar.

Ellen no se sorprendió.

—Veamos si el señor Davis viene a cenar.

Jed acudió a cenar, pero fue el último en entrar en la cocina e hizo un inventario visual inmediato de sus ocupantes.

Abby y Ellen intercambiaron una mirada, pero ninguna dijo nada.

Ellen había estado ocupada toda la tarde y sirvió su estofado especial con vegetales al vapor. Los murmullos de apreciación de los hombres, especialmente de Floyd, la hicieron sentirse maravillosamente. Le encantaba volver a formar parte de una familia.

Se preguntó cuánto tiempo aguantaría Jed sin hacer la pregunta que lo estaba volviendo loco. Aguantó unos tres minutos, aunque sin probar bocado.

—¿Dónde está Beth?

Ellen pasó el pan a Barney y evitó mirar a Jed.

Abby estaba a punto de probar un trozo de estofado pero detuvo el tenedor a medio camino de su boca.

—Aún le dolía la rodilla y ha decidido ponerla a remojo.

—¿Se ha herido? —preguntó Barney, preocupado.

Abby explicó lo que le había sucedido a Beth con el barril. Aún no había terminado cuando Jed se puso en pie.

—Tal vez debería ir a ver cómo está.

Abby rio.

—No creo que esté adecuadamente vestida para recibir visitas, vaquero. Está en la bañera.

Todo el mundo rio excepto Jed, cuyas mejillas ardieron.

—Tal vez cuando salga del baño. He tenido mucha experiencia... —para fascinación de Ellen, se puso aún más colorado—... con ese tipo de golpes.

Ellen no pudo controlar por más tiempo su instinto maternal.

—Siéntate y come, Jed. Has tenido un largo día de trabajo. Nosotras nos ocuparemos de Beth.

Jed parecía tan perdido que Ellen habría pasado un brazo por sus hombros para reconfortarlo, pero se contuvo.

Dirk, el menos charlatán de los vaqueros, debió sentir algo, porque él inició la conversación.

—Parece que el caballo de Stalling se está tranquilizando.

Jed frunció el ceño.

—Sí, un poco.

—¿Cómo se llama? —insistió Dirk.

—Se llamaba Mugsy, pero Beth ha decidido cambiarle el nombre. Va a llamarlo Romeo.

Floyd se echó atrás en su asiento.

—¿Quiere llamar Romeo a un caballo castrado?

Jed se encogió de hombros.

—Es su caballo.

Ellen miró a Abby mientras el silencio volvía a instalarse en la mesa y los hombres seguían comiendo. Abby también estaba comiendo, pero no por ello dejaba de observar a Jed.

Si los demás hombres no le hubieran dicho que su estofado estaba muy bueno, Ellen podría haberse acomplexado. Jed no hacía más que mover la

comida en el plato, pero apenas estaba probando bocado.

—¿No tienes hambre, amigo? —preguntó Floyd.

Jed se sobresaltó y miro a su alrededor. Hincó su tenedor en un buen trozo de carne y dijo:

—Claro que tengo hambre, pero no quiero comer mi plato como si fuera un lobo hambriento, como vosotros. ¿Qué va a pensar Ellen?

Incluso logró sonreír, pero no engañó a Ellen. Esta le devolvió la sonrisa y agradeció que un vaquero perdidamente enamorado fuera incapaz de leer la mente de nadie.

Tras comer todo lo que su encogido estómago le permitió, Jed llevó su plato al fregadero antes de que nadie pudiera ver lo poco que había comido.

—Estaba muy bueno, Ellen. Eres una gran cocinera —dijo, y a continuación se volvió hacia Abby—. Yo ayudaré a Ellen a recoger. Si quieres ir a ver cómo está Beth y crees necesario que yo vaya a comprobar cómo está su rodilla...

Abby sonrió.

—Tienes razón. Será mejor que vaya a ver cómo está Beth, y también Melissa, pero estoy segura de que se encuentra bien. Yo ayudaré luego a Ellen a recoger.

—Agradezco todas vuestras ofertas de ayuda, pero recoger es parte de mi trabajo. Me las arreglaré —Ellen se levantó y empezó a recoger la mesa.

Floyd se puso en pie de inmediato para ayudar. Barney y Dirk lo siguieron.

—Un momento, un momento —protestó Ellen—. He pasado media tarde preparando un pastel de manzana. Espero que todo el mundo coma al menos un trozo, así que... ¡a la mesa todos!

Floyd, Barney y Dirk sonrieron de oreja a oreja y volvieron de inmediato a la mesa. Al parecer, Jed no había oído a Ellen, porque permaneció donde estaba.

Abby sonrió a Ellen.

—Voy a ver cómo están Melissa y Beth y enseguida vuelvo por mi ración de tarta.

Jed soltó el aliento que estaba conteniendo y dio un paso hacia la puerta por la que acababa de salir Abby.

Ellen lo sujetó por un brazo.

—A la mesa, vaquero. Voy a servir la tarta.

Jed frunció el ceño.

—Yo no... no tengo hambre.

—Así tendrás algo que hacer hasta que vuelva Abby —susurró Ellen.

Jed se volvió a mirarla. ¿Le habría dicho algo Beth? No, no era posible. De lo contrario, ni Abby ni Beth le habrían sonreído.

Asintió con brusquedad y volvió a sentarse.

Después de permanecer un rato en la bañera, Beth se puso el pijama y la bata y fue al dormitorio de Melissa.

—¿Cómo estás, hermanita?

—Por lo que he oído, mejor que tú.

La voz de Melissa aún sonaba débil, y Beth no pudo evitar preocuparse por ella. La salud de Melissa era mucho más importante que su vida amorosa.

¡Ja! ¿Qué vida amorosa?

Acercó una silla a la cama y se sentó en ella.

—¿Te ha contado Abby lo que ha pasado?

—Sí. ¿Qué tal está tu rodilla?

Beth quitó importancia a su golpe y pasó la siguiente media hora tratando de pensar en cosas divertidas para animar a su hermana. Pero no le resultó fácil, porque su mente no dejaba de volver a lo que había sucedido en el corral.

Estaba en medio de una historia bastante insulsa cuando Abby entró en la habitación.

—¿Ya habéis acabado de cenar? —preguntó Beth, que en realidad quería saber si Jed se había presentado en la cocina.

—Aún me queda la tarta de manzana —contestó Abby. Luego se dirigió a Melissa—. Todos están deseando que te pongas bien, pero ahora que Ellen está en la cocina no parecen demasiado asustados. Espero que eso no hiera tus sentimientos.

Melissa sonrió.

—No. Estoy pensando que es posible que no queramos que se vaya nunca.

Abby y Melissa rieron y Beth trató de unirse a ellas, pero estaba demasiado ocupada pensando cómo preguntar por Jed sin llamar la atención.

Abby le ahorró la molestia.

—Jed quiere saber cómo está tu rodilla —Beth miró a su hermana de inmediato—. Se ha ofrecido a echarle un vistazo. Dice que puede saber si conviene que te vea un doctor.

La idea de Jed Davis tocándola, aunque solo fuera con una finalidad médica, fue suficiente para enloquecer a Beth. Ella quería que le hiciera el amor, no jugar a médicos.

Trató de reír despreocupadamente.

—Ya me conoces, Abby. Si hubiera sido un golpe serio ya te lo habría dicho. Mañana por la mañana ya estaré en forma.

—Pero te has perdido la cena, y eso no es nada típico en ti.

—Ellen ha dicho que nos subiría algo cuando acabarais. Espero que no os lo hayáis comido todo.

—Ha guardado algo para ti y para Melissa para asegurarse —Abby se acercó a la ventana que daba a los establos—. ¿Ha pasado algo malo hoy?

—Eso ya me lo has preguntado —le recordó Beth.

Abby se volvió a mirarla.

—Oh, sí. Y tú me has dicho que te has dado un golpe en la rodilla. ¿Algo más?

Con sus dos hermanas mirándola, Beth no podía decir una mentira completa. Se humedeció los labios mientras pensaba en la respuesta.

—Jed se ha puesto mandón y nos hemos enfadado.

Abby sonrió.

—No puedo decir que me sorprenda. Tengo la sensación de que hay algo entre vosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beth de inmediato.

Abby se encogió de hombros.

—No estoy segura. Pero cada vez que bailasteis juntos el pasado viernes por la noche temía que fuera a incendiarse el barracón.

—¡Abby! —protestó Beth.

—¡Beth! —replicó Abby, sonriente.

Beth se volvió para ocultar sus ganas de llorar.

Tras un momento, su hermana dijo:

—Entonces, ¿quieres que venga a verte la rodilla o no?

—¡No!

—¿Quieres que le diga alguna otra cosa?

A Beth le habría encantado poder mandarlo al diablo en persona. ¡Como si el problema fuera su rodilla!

—No.

—¿Le debes una disculpa? ¿O él a ti? —el tono de Abby se volvió repentinamente serio.

Beth se esforzó por contener las lágrimas.

—No —murmuró—. No. Solo ha sido una diferencia de opinión.

Ella deseaba a Jed y Jed no la deseaba a ella.

Mantuvo la mirada baja mientras esperaba la respuesta de Abby. Quería a sus hermanas. Siempre les había contado todo. Tal vez, el hecho de que no quisiera hablar era un indicio de que estaba madurando.

O tal vez era porque la había fastidiado.

Jed se puso en pie en cuanto Abby volvió a la cocina.

—¿Beth? —preguntó, con la mirada fija en el rostro de Abby.

—Está bien —contestó ella con una sonrisa—. No creo que vaya a necesitar un médico.

—Tal vez debería echarle un vistazo de todos modos.

—Beth nos avisaría si lo considerara necesario —Abby se sentó a la mesa—. ¿Ha quedado algo de tarta de manzana, Ellen?

Jed trató de pensar en otra forma de ver a Beth. Tenía que verla para asegurarse de... ¿de qué? ¿De si lo había perdonado? ¿De si volvería a hablarle? ¿De si pensaba despedirlo?

—Siéntate, Jed —ordenó Abby con suavidad.

Jed ocupó su silla y enlazó las manos sobre la mesa.

—Deja de preocuparte. Beth me ha contado lo que ha pasado.

Jed pensó que iba a sufrir un infarto. Miró a Abby, boquiabierto.

—¿Te lo ha contado?

Abby rio y él la miró como si se hubiera vuelto loca.

—No es la primera vez que Beth saca a relucir su mal genio, de manera que creo que puedo perdonarte por haber hecho lo mismo con el tuyo. He sufrido personalmente las consecuencias del de Beth y sé que se te puede meter bajo la piel, ¿verdad?

Jed no podía hablar, de manera que se limitó a asentir. Desde luego que Beth se había metido bajo su piel. De hecho, ya no estaba seguro de poder sobrevivir sin ella.

Floyd era el único vaquero aparte de Jed que quedaba en la cocina. Tras ayudar a Ellen a recoger los platos se acercó a la mesa.

—Puedo asegurarle que Jed es un buen hombre, señorita Abby.

—Lo sé, Floyd.

Ellen colocó ante Abby un plato con un trozo de tarta de manzana.

—Voy a subir la comida a las chicas.

Jed se puso en pie de inmediato.

—Yo llevaré la bandeja. Seguro que es bastante pesada.

Abby miró un momento a Ellen y, para alivio de Jed, asintió.

—Es todo un detalle por tu parte, Jed. Las dos están en la habitación de Melissa, Ellen.

—Yo también puedo ayudar —se ofreció Floyd.

—¡No! —exclamó Jed, y bajó de inmediato la mirada. No tenía intención de sonar tan desesperado.

Abby miró a Floyd, sonriente.

—¿Por qué no terminas tu café y me haces compañía mientras tomo mi ración de tarta?

—Si quieres, puedo ofrecerte otra ración, Floyd —ofreció Ellen.

Jed miró a la mujer y luego a Floyd, sorprendido ante la calidez de la mirada que se habían dirigido. ¿Qué diablos se traía Floyd entre manos?

—Eso me encantaría —dijo el vaquero, y se sentó de inmediato.

Jed permaneció en pie mientras Ellen cortaba otro trozo de tarta para Floyd. Luego añadió un par de cosas más a la bandeja.

—Ya está lista, Jed. Te enseñaré el camino.

Jed tomó la bandeja y siguió a Ellen. Cada paso que daba lo acercaba más a Beth.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Melissa con suavidad.

Beth asintió.

—Sí, pero quiero darte la lata. Me voy a mi cuarto.

—¿Y la cena?

Beth pensó que no debería haber ido a molestar a su hermana. Le acarició la mano y bajó su pierna dolida de la cama.

—No tengo hambre. Cómete lo mío y luego descansa un poco. Mañana por la mañana vendré a ver cómo estás.

Salió al pasillo y se encaminó hacia su habitación, que se encontraba frente a la de Ellen. Estaba entrando cuando oyó pisadas en la escalera. Bien. A Melissa le sentaría bien un poco de compañía, y Ellen y Abby serían mejores acompañantes que ella en aquellos momentos.

Además, tenía mucho que pensar.

Por ejemplo, en lo que iba a hacer al día siguiente.

Su enfado se había esfumado, y todo lo que sentía en aquellos momentos era vergüenza. Se había arrojado en brazos de Jed. Él estaba tratando de ayudarla con el boca a boca y ella se había aferrado a él y no había querido soltarlo.

Luego, cuando Jed había manifestado su desinterés, se había comportado como si hubiera sido él quien la había incitado.

Jed le había pedido que mantuvieran su relación en un terreno meramente profesional. Probablemente estaría haciendo su equipaje en aquellos momentos. Cargaría sus caballos y se habría ido antes del amanecer.

Desaparecería de su vida para siempre.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Jed permaneció con la bandeja tras Ellen mientras esta llamaba a la puerta. Cuando oyó que una voz decía con suavidad que pasaran su corazón comenzó a latir más deprisa.

Pero cuando entraron en la habitación vio que su única ocupante era Melissa.

—¿Dónde está Beth? —preguntó de inmediato.

Melissa pareció sorprendida por su brusquedad.

—Tranquilo, Jed —susurró Ellen.

—Lo siento. Estoy preocupado por... su rodilla —el asunto de la rodilla estaba alcanzando proporciones épicas.

—Aún la tiene entumecida.

—¿Se siente peor?

—No creo. Pero ha dicho que no tiene hambre. Lo siento, Ellen.

—No importa, Melissa. Lo que me preocupa es que no coma. Hoy ha trabajado duro todo el día.

—Tal vez debería ir a ver si ha cambiado de opinión —sugirió Jed, que se esforzó en parecer totalmente despreocupado.

—No creo que... —empezó Melissa.

—Beth debería comer algo —insistió Ellen—. Podrías limitarte a llamar a la puerta y preguntarle si tiene hambre —añadió, mirando a Jed.

—Creo que eso será lo mejor. ¿Cuál es su habitación?

—Beth no se siente muy bien, Jed —dijo Melissa con suavidad—. Puede que necesite un poco de tiempo para recuperarse.

—Prometo no presionarla —Jed trató de sonreír, pero no llegó a conseguirlo del todo—. Pero me preocupa que no esté cuidando de sí misma como es

debido.

—Adelante, Jed. Ve a preguntarle. Está en la última habitación a la izquierda
—Ellen empezó a dejar las cosas en la mesilla de noche de Melissa—. Dile que puedo llevarle comida si quiere.

—De acuerdo.

Jed salió del dormitorio y avanzó rápidamente por el pasillo. Cuando llegó a la última puerta de la izquierda llamó.

—¿Quién es?

—Soy Jed.

Capítulo 10

BETH estuvo a punto de caerse de la cama. Se levantó y dio un paso hacia la puerta.

¿Jed? ¿Jed estaba llamando a la puerta de su dormitorio? No se le ocurría nada que justificara su presencia.

—¿Beth? La cena está lista.

No lo había imaginado. Aquella era la voz de Jed. Se sentó en el borde de la cama y miró la puerta que la separaba del sexy y exasperante vaquero.

—No... no tengo hambre.

—Creo que deberías comer algo.

—No. Vete, Jed —ya estaba. Lo había hecho. Ahora Jed se iría.

—Estoy preocupado por ti, Beth.

¿Que estaba preocupado por ella? ¿Cómo se atrevía! ¡Todo había sido culpa suya! Pero la honradez obligó a Beth a admitir que había sido culpa de ella. Había sido ella la que había transformado el boca a boca de Jed en un beso. Un pequeño sollozo escapó de su garganta.

—¿Beth?

—Estoy bien. Vete.

—Beth, cariño, no puedo...

La expresión de ternura de Jed prendió de nuevo la mecha del enfado de Beth. Saltó de la cama, corrió a la puerta, la abrió y susurró enfáticamente: — ¡No me llames eso!

—¿Qué? ¿Qué te he...?

—¡Cariño! ¡Me has llamado «cariño»! ¡No vuelvas a hacerlo! —Beth comprendió que debía parecer completamente loca. Trató de cerrar la puerta, pero una bota vaquera se lo impidió.

—¡Vete! —repitió.

—¿Te encuentras bien? ¿Te duele la rodilla?

—Sí, me duele la rodilla —Beth le lanzó una mirada iracunda, incapaz de comprender por qué estaba teniendo que mantener aquella conversación.

—Lo siento —murmuró Jed.

Beth sabía que no se refería a su rodilla. Sus ojos azules parecían apagados,

llenos de pesar. De pronto, su enfado se esfumó y quiso llorar de nuevo.

Pero no delante de Jed Davis.

—No tiene importancia.

—¿Quieres que me vaya?

El corazón de Beth se encogió. ¿Quería que se fuera? Nunca. ¿Pero qué sería lo mejor? Miró a Jed y no fue capaz de pronunciar las palabras. Finalmente susurró: —No, a menos que tú quieras irte. Lo comprenderé si es así.

—Tenemos suficiente tiempo antes del rodeo de Ponca City. Creo que podemos mejorar si seguimos trabajando.

Beth reprimió un gemido de frustración. Ella estaba deseando lanzarse a los brazos de Jed y el solo pensaba en las carreras de barriles.

—Sí, bien. Pero es posible que mañana no pueda montar.

—Tómate el día libre. Volveremos a empezar pasado mañana. Voy a decirle a Ellen que te traiga la comida.

Cuando Jed retiró su bota, Beth cerró la puerta y volvió a la cama. Al pasar junto al espejo del armario casi se murió de vergüenza.

No era de extrañar que Jed no la deseara.

Llevaba un viejo pijama de franela, tenía el pelo totalmente revuelto y la nariz roja de llorar. Oh, sí. Ella sabía realmente cómo atraer a un hombre.

Se dejó caer boca abajo en la cama mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

Dos días después todo había vuelto a la normalidad.

A menos que se incluyera el hecho de que Jed apenas hablaba.

Y Beth nunca sonreía.

Y todo el mundo andaba de puntillas a su alrededor.

Pero volvieron a entrenar dos veces al día. Beth y Shorty hicieron el recorrido de la prueba una y otra vez, y su tiempo fue mejorando. Según Jed, podía optar a ganar.

Ese fue uno de los comentarios que hizo. El otro, «buen trabajo».

El resto del tiempo la observaba como un halcón, y mantenía las distancias con ella como si temiera que en cualquier momento fuera a saltar sobre él para besarla.

Beth suponía que debería estarle agradecida por no permitir que hiciera el ridículo. Porque aún anhelaba sus caricias, sus sonrisas, sus expresiones de cariño...

Pero Jed no le ofrecía ninguna de aquellas cosas. Trabajaba duro todo el día y a la hora de comer se sentaba en el lado opuesto de la mesa, pero apenas comía. De hecho, Ellen comentó que estaba perdiendo peso. Y era cierto. Beth sabía que las cosas no podrían seguir así mucho tiempo. Suponía que Jed se quedaría hasta la celebración del rodeo en el que estaba inscrita y luego se iría.

Cuando llegó el sábado por la noche, Beth ya había sufrido todo lo que podía sufrir. Se culpaba a sí misma por cómo habían ido las cosas. Apenas sabía nada sobre los hombres. Tía Beulah le había enseñado muchas cosas, pero no sobre aquel tema. Debía de haberlo hecho todo mal, pero saberlo no le servía de consuelo.

Decidió que lo primero que debía hacer era apartar a Jed de su mente. Y la única forma de hacerlo era encontrando otro hombre. Alguien que pudiera estar interesado en ella. Y para hacerlo tendría que salir del rancho.

Llamó a la puerta de Abby, que había entrado en su cuarto hacía un rato para prepararse para la cena.

—¿Sí?

Beth abrió la puerta.

—¿Quieres ir al pueblo esta noche?

Abby frunció el ceño.

—¿Al pueblo? ¿Te refieres a ir a Casey's? —Casey's era el bar local de Tumbleweed en el que se reunían la mayoría de los jóvenes de la zona los fines de semana.

—Sí. Me temo que sufro un ataque de claustrofobia.

—Seguro que a ti te viene muy bien salir, pero me temo que no voy a poder acompañarte. Llevo muy retrasada la contabilidad y tengo que dedicarme un par de días a ella. ¿Por qué no vamos entonces?

Beth apartó la mirada.

—No te preocupes. ¿Puedo echarte una mano?

—No, me temo que no.

—En ese caso, quedaré allí con algunos amigos. No me esperéis a cenar.

—No me gusta que vayas sola —protestó Abby.

Beth sonrió con ironía.

—Ya soy mayorcita, Abby. Tendré cuidado.

Abby cruzó la habitación y abrazó a su hermana, que estuvo a punto de ponerse a llorar.

—Cuídate, ¿oyes?

Beth besó a su hermana en la mejilla y salió antes de que Abby empezara a tratar de convencerla para que se quedara. No podía hacerlo. Tenía que apartar su mente de Jed Davis como fuera.

Bajó rápidamente las escaleras y salió de la casa. Subió a su camioneta y la puso en marcha. Estaba dando marcha atrás cuando Ellen salió al porche para hacer sonar la campana de la comida.

Jed fue el último en llegar a la cocina, y de inmediato buscó con la mirada a Beth. Aún no estaba allí.

—Pareces muy cansado, Jed —dijo Floyd, que estaba sentado frente a él y junto a Ellen.

—No he dormido bien esta noche.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Ellen, solícita.

Jed sonrió. Aunque no hubiera tenido hijos, aquella mujer era una auténtica madraza.

—Estoy bien —«mejor que bien», pensó al oír pisadas en la escalera. Miró hacia la puerta, esperando la entrada de Beth.

Era Abby.

Un extraño desasosiego se apoderó de él.

—¿Dónde está Beth?

—Ha salido —contestó Abby tras ocupar su lugar en la cabecera de la mesa—. Y Melissa aún no está en forma para bajar. Pero se está recuperando, ¿verdad, Ellen?

Ellen asintió.

A Jed no le importaba Melissa. Bueno, sí le importaba, por supuesto, pero no era Melissa la que lo estaba volviendo loco.

—¿Ha salido sola?

Todo el mundo volvió la mirada hacia Jed. Él sabía que no era asunto suyo, pero debía averiguar dónde estaba.

Abby alzó una ceja, pero contestó de todos modos.

—Ha dicho que iba a reunirse con unos amigos en Casey's, el local al que suele acudir la gente joven los fines de semana.

—¿No es peligroso que vaya sola? A veces, esos lugares son frecuentados por tipos peligrosos.

Abby sonrió.

—Beth ha prometido tener cuidado.

Jed sabía no podía hacer más preguntas. Ya se había excedido bastante. Se obligó a comer una cantidad razonable para no llamar la atención y así fue pasando la comida. Cuando terminó, miró a Floyd.

—¿Quieres venir al pueblo a dar una vuelta?

Floyd parecía un poco avergonzado.

—Voy a llevar a Ellen al pueblo. Ponen una película que queremos ver.

Ellen tosió. Floyd no parecía especialmente feliz.

—Si quieres... puedes venir con nosotros.

Jed comprendió al instante que su amigo prefería que no le estropeará la cita.

—Gracias, pero no soy aficionado al cine. Te veré más tarde —dijo, y a continuación salió de la cocina y se encaminó directamente a su camioneta.

No estaba interesado en las estrellas del cine. Su atención estaba centrada en Beth Kennedy, su sirena particular. Debía asegurarse de que se encontraba bien.

Unos minutos después detenía el coche en el abarrotado aparcamiento de Casey's. Los vaqueros se divertían con tanta energía como trabajaban, y el sábado por la noche era su noche.

Jed se sintió aliviado al ver la camioneta de Beth aparcada a poca distancia de la suya. Al menos la había encontrado. Pero ¿y si al entrar la encontraba en brazos de otro hombre?

Mientras se encaminaba hacia la entrada pensó que iba a ser una noche muy larga.

Beth miró su reloj. Solo llevaba allí una hora, pero a ella le parecía que habían pasado días.

Todo el mundo bebía y fumaba a su alrededor. Algunos bailaban, otros flirteaban, otros se besaban...

A ella le daba lo mismo. Había bailado, por supuesto. También había charlado un poco, y había bebido un refresco. La cerveza no era recomendable cuando tenía que conducir de vuelta a casa.

Y aún no había conseguido nada. Ningún hombre del local tenía los ojos tan azules, los hombros tan anchos, la sonrisa tan sexy de Jed... Pero no estaba allí para pensar en Jed Davis. Ni hablar.

—¿Quieres bailar?

Beth alzó la mirada y vio a un nuevo vaquero a su derecha. Parecía sobrio.

Se encogió de hombros y decidió probar una vez más. Luego volvería a casa.

—Por supuesto.

Se levantó y se encaminó hacia la pista seguida del vaquero.

De inmediato supo que había cometido un error. El hombre se pegó a ella como una lapa y bajó enseguida las manos hasta sus caderas. Ella se las subió a la cintura y apoyó las manos contra su pecho para apartarlo un poco.

—Me gusta respirar mientras bailo, vaquero —dijo con firmeza—. Y mantén tus manos por encima de la cintura.

—Sí, señorita —replicó el vaquero con una sonrisa, y subió las manos hacia los pechos de Beth.

—Si se te ocurre intentarlo te mando de un rodillazo a la frontera con Canadá.

—Solo quería animarte un poco, cariño.

La sonrisa ladeada del vaquero hizo pensar a Beth que tal vez se había equivocado respecto a su sobriedad.

—Tengo que irme —dijo con brusquedad, y se apartó de él. No pensaba dejarse manosear por un borracho.

—Eh, me portaré bien. Lo prometo. Solo termina este baile. De lo contrario, voy a quedar como un imbécil en medio de la pista.

El tono lastimero de su voz hizo que Beth se detuviera. Mientras se comportara, podía terminar aquel baile. Asintió, apoyó una mano en su hombro y tomó con la otra la de él.

—De acuerdo. Pero solo si te comportas como es debido.

—Lo prometo, señorita.

A pesar de todo, Beth no se relajó, cosa que estuvo bien, porque el vaquero fue arrimándose según transcurría la canción. Cuando su mano izquierda comenzó a deslizarse hacia abajo, Beth se detuvo en seco. La mano volvió de inmediato a su cintura.

—Eres una mujer muy testaruda —protestó el vaquero. Luego, como si lo considerara muy seductor, comenzó a canturrear desafinadamente.

Aquel baile no tenía nada que ver con sus bailes con Jed, pensó Beth. Cerró los ojos mientras recordaba aquellos momentos especiales en los que la fuerza de Jed la había protegido y su calidez la había seducido mientras se movían por la pista.

La música terminó, haciéndola salir de su ensimismamiento. Se apartó de su pareja.

—No te vayas —dijo el vaquero a la vez que alargaba una mano hacia ella

—. Van a tocar otra.

—Gracias, pero tengo que irme. Es tarde.

—Aún no son las nueve de la noche. Ni Cenicienta tenía que irse antes de las doce.

Beth se limitó a mirar al vaquero y a continuación lo rodeó y se encaminó hacia la salida. Se despidió con la mano sin pararse a saludar a un par de conocidos a los que vio pasar.

Ir allí no había sido buena idea. Como si otro hombre pudiera distraerla de lo que sentía por Jed Davis... Le llevaría más de una tarde sacárselo de la cabeza.

De hecho, era posible que no llegara a lograrlo nunca.

Jed había encontrado una mesa lo suficientemente apartada de la que ocupaba Beth. Estuvo sola unos minutos. Luego un vaquero se acercó y la sacó a la pista de baile.

Apretó los dientes al ver que el hombre se arrimaba demasiado a ella, pero enseguida vio cómo lo frenaba Beth. Sonrió. No había duda de que sabía cuidar de sí misma.

Pero no le gustaba nada verla con otro hombre. Con ningún otro hombre. Le había dado fuerte. Durante las pasadas noches no había dejado de pensar. Había supuesto que su fascinación por Beth Kennedy acabaría por desaparecer. Nunca había encontrado una mujer que le importara más que sus planes.

Hasta que la había encontrado a ella.

Estaba empezando a preguntarse si alguna vez lograría olvidarla, si sus sueños volverían a tener algún significado sin incluirla a ella, si sería capaz de irse...

Era demasiado mayor para ella, por supuesto. Había averiguado que Beth solo tenía veinticinco años. Él tenía treinta y dos, pero se sentía mayor.

Ella tenía más dinero que él, pero él no era pobre. Había ido ahorrando para comprar el rancho de sus sueños y su profesión le garantizaba unos ingresos considerables.

Entonces, ¿cuál era el problema? ¿Por qué no podía tener a Beth? Tal vez no era lo suficientemente bueno para ella. Tal vez nunca llegara a serlo.

Él no sabía nada de familias. Por eso había pensado siempre que lo mejor era estar solo. Pero ya no pensaba así. No creía que pudiera vivir sin Beth. Si

le explicara... pero no quería hacerlo. No le gustaba hablar de su infancia.

El viejo sentimiento de culpabilidad, de que no merecía ser querido, resurgió en él. ¿Lo rechazaría Beth cuando lo supiera? ¿Pensaría que no podía ser un buen marido porque no sabía nada de familias?

Golpeó la mesa con el puño, atrayendo la atención de los que lo rodeaban. Tenía que intentarlo. No podía quedarse parado mientras algún otro se llevaba la belleza de Beth, su dulzura, su belleza, su lealtad.

Era él quien debía hacerla feliz.

Cuando se levantó, dispuesto a ir a decírselo, vio que Beth había abandonado la pista de baile y se encaminaba hacia la salida. Dejó un par de dólares sobre la mesa para pagar el refresco que había pedido y se levantó.

Como sabía dónde había aparcado Beth su camioneta, cuando salió giró a la derecha. Aquel aparcamiento necesitaba mejor iluminación. Cuando había llegado aún no había anochecido del todo y no se había fijado en que la única luz era la que había encima de la entrada.

Al llegar a la camioneta de Beth vio que estaba vacía.

Frunció el ceño y miró a su alrededor, pero no la vio. Sabía con certeza que había salido. ¿Adónde habría ido?

Cuando oyó un grito, supo al instante que era Beth y corrió hacia el lugar de su procedencia.

Beth no se dio cuenta de que su compañero de baile la había seguido hasta que la tomó del brazo cuando salió del bar.

—Suéltame —ordenó con firmeza.

—Lo haré en cuanto me des un beso, nena.

Beth protestó, pero el vaquero tiró de ella de todos modos. Era un hombre grande y fuerte, de manera que no pudo hacer nada por evitarlo.

—¡Para! No quiero...

Él la atrajo hacia sí y cubrió la boca de Beth con la suya. Sabía a alcohol y a tabaco. Ella lo empujó con todas sus fuerzas para tratar de separarse. En cuanto liberó su boca gritó con todas sus fuerzas, aunque temió que nadie la oyera a causa de la música.

—¡Cállate!

Beth no estaba dispuesta a obedecer. Gritó de nuevo.

El vaquero alzó una mano para golpearla y ella trató de alzar la rodilla.

Entonces, de pronto, se vio libre. Una sombra había tomado al vaquero por

detrás y le había hecho darse la vuelta.

—Da las buenas noches, vaquero —ordenó una voz profunda, y Beth supo que su salvador era Jed Davis.

El puño de este golpeó secamente la barbilla del vaquero, que cayó al suelo como un fardo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jed a la vez que alargaba una mano hacia Beth.

Ella se arrojó entre sus brazos sin dudar.

—¡Jed! —exclamó, deseando que pudiera borrar el recuerdo del horroroso beso que acababa de recibir con uno suyo.

Pero ni siquiera en la conmoción del momento olvidó que Jed no la deseaba. De manera que lo abrazó y se retiró enseguida.

—Estoy bien.

—¿Te ha hecho daño?

—Me... ha agarrado, pero...

—¡Maldita sea! —Jed giró sobre sí mismo, se inclinó para aferrar al vaquero caído por el cuello de la camisa y lo hizo ponerse en pie—. No sé de dónde eres, pero no es así como se trata a las mujeres en Texas —explicó, y a continuación le propinó un puñetazo en el estómago seguido de otro en la barbilla.

El vaquero se tambaleó y volvió a caer.

Beth sujetó a Jed por el brazo.

—Vámonos, Jed, por favor. Quiero ir a casa.

—Sí, cariño. Yo te llevo.

—¿Y él?

Jed se volvió a mirar al hombre sentado sobre la grava del aparcamiento.

—¿Quieres denunciarlo?

—No. Pero supongo que debería hacerlo.

Jed volvió a tirar del hombre para que se pusiera en pie.

—Enséñame tu identificación.

—No pienso enseñarte nada —murmuró el vaquero a la vez que trataba de liberarse.

—Ve a decir al camarero que llame a la policía. Al menos así sabrán la clase de miserable que merodea por aquí.

Beth fue rápidamente al bar.

—Vamos, hombre, suéltame —suplicó el vaquero—. Ha sido ella la que se ha insinuado y me ha dejado creer que le gustaba. Lo único que he hecho yo ha

sido creérmelo. Eso no es ningún delito.

Jed no podía creer que aquel tipo fuera tan estúpido.

—Di una palabra más sobre la dama y vuelves al suelo. Os he visto en la pista de baile y sé con certeza que no se ha insinuado.

—Pues no debería tener un cuerpo tan bonito si no quiere que los hombres vayan tras ella. Podría...

Jed volvió a golpearlo.

Se lo había advertido.

Capítulo 11

BETH salió unos momentos después de Casey's.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Creo que ha tropezado —dijo Jed, y sonrió—. ¿Ha llamado el camarero a la policía?

—Sí. No quería hacerlo, pero lo he convencido.

La sonrisa de Jed se ensanchó.

—No voy a preguntarte cómo.

El vaquero trató de ponerse en pie, pero Jed se lo impidió con su bota.

—Quédate donde estás. Te ahorrarás unos moretones.

—Me voy, y no vas a detenerme —el vaquero se puso en pie tan lejos como pudo.

—Te he dicho que te estés quieto —Jed lo tomó con un puño por la camisa y lo lanzó de espaldas contra la camioneta más cercana. Un momento después oyó el sonido de las sirenas acercándose y se volvió hacia Beth—. Ve a donde está la luz para que puedan verte, cariño. Luego tráelos aquí.

En cuanto Beth se fue, el vaquero trató de golpear a Jed. Este lo esquivó y luego lo golpeó con el puño izquierdo en el estómago.

—No hay duda de que eres un tipo testarudo, pero lo único que vas a conseguir es hacerte daño.

El hombre permaneció doblado por la cintura hasta que el policía llegó hasta ellos guiado por Beth.

—¿Qué está pasando aquí?

Jed empujó al vaquero hacia el policía.

—Hablaremos en cuanto lo haya esposado. No deja de intentar escaparse.

El oficial frunció el ceño, pero esposó al hombre.

—De acuerdo. Ahora denme una explicación.

Jed miró a Beth, que no parecía muy contenta.

—¿No le has contado nada?

—Sí, pero el oficial dice que probablemente he flirteado demasiado —contestó ella en tono cortante.

—Al parecer no ha recibido su cursillo de sensibilidad, ¿no agente? —Jed

se acercó al policía—. El vaquero la ha sacado a bailar. Yo los estaba observando. Él no paraba de propasarse y ella de tratar de apartarlo. Finalmente se ha ido y él la ha seguido.

—¿Por qué la estaba observando usted?

—Porque la conozco y me he preocupado al ver cómo la estaba tratando este hombre. Cuando he visto que se iba, he pagado mi consumición y he salido para asegurarme de que se encontraba bien. Pero este miserable se me ha adelantado y la ha arrastrado a la oscuridad.

El oficial se volvió hacia Beth.

—¿Qué le ha hecho?

—Me... me ha besado. He tratado de quitármelo de encima, pero es demasiado grande. Cuando ha apartado su boca de mí he gritado. Me ha dicho que me callara y he vuelto a gritar. Estaba a punto de golpearme cuando ha llegado Jed.

—De acuerdo. Lo encerraremos por agresión.

—Eh —protestó el vaquero—. Él también me ha agredido. Enciérrelo también.

El oficial negó con la cabeza.

—Creo que en su caso estaba justificado. Deme su identificación.

Unos momentos después descubrieron por qué el vaquero se había negado a mostrar su identificación. Había dos órdenes de arresto contra él. Una por violación y otra por agresión.

Jed y Beth pudieron irse al cabo de unos minutos. Él la tomó por el brazo mientras iban hacia su camioneta.

—La mía está aparcada ahí —dijo Beth.

—Lo sé, pero volveremos a recogerla por la mañana —Jed quería tenerla cerca. Quería hablarle sobre la revelación que había tenido, decirle que tal vez estaban hechos el uno para el otro. Que se equivocó al negarse a hacerle el amor.

—No, iré en mi camioneta. Tú puedes seguirme... si es que piensas volver ya a casa.

—Por supuesto que pienso volver ya —Jed solo había ido al bar para asegurarse de que Beth se encontraba bien—. Escucha, cariño...

—Prometiste que no volverías a llamarme eso.

El tono enfadado de Beth, así como sus palabras, interrumpieron a Jed. ¿Acaso lo odiaba?

—No has puesto ninguna objeción a que te protegiera cuando ese gorila te

estaba zarandeando.

Beth bajó la mirada.

—Lo sé, y te agradezco tu ayuda. Pero eso no cambia nada.

Jed llegó de inmediato a la conclusión de que no sentía nada por él. Era posible que un día la hubiera excitado, pero no lo quería. No era cierto lo que había imaginado que sentía por él.

Sus rasgos se endurecieron cuando la miró.

—De acuerdo. Te seguiré a casa —miró a Beth, esperando su respuesta. Ella lo miró un momento y luego se volvió y se encaminó hacia su camioneta.

—¡Maldita sea! —murmuró Jed mientras entraba en la suya.

Beth no quería volver a hablar con Jed esa noche. Pero cuando bajó de su camioneta no le quedó más remedio que hacerlo. Se acercó a la de Jed y esperó a que este saliera y cerrara la puerta.

—¿Sí? —gruñó él.

Beth había conseguido lo que quería. Ya había dejado de llamarla «cariño».

—Necesito pedirte un favor.

—¿Qué favor?

—No le cuentes a Abby lo que ha pasado.

Beth contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta de Jed.

—¿Por qué?

—Porque solo serviría para que se preocupe. Además de que Melissa está enferma, ya tiene bastantes cosas de qué ocuparse. Te prometo que en el futuro tendré más cuidado.

Jed alzó una mano y ella contuvo el aliento, pensando que iba a tocarla. Pero enseguida la dejó caer y se volvió.

—De acuerdo —murmuró—. No diré nada.

—Gracias —contestó Beth, pero temió que su corazón fuera a desgarrarse. Jed debía de odiarla. Era posible que la hubiera llamado «cariño» en el calor del momento, pero el momento ya había pasado.

Pero ella estaba en deuda con él, porque no había duda de que estaba aprendiendo más sobre los hombres y el sexo durante aquellos días que en toda su vida. Estaba aprendiendo sobre el deseo, la necesidad, el dolor...

Se volvió y corrió hacia la seguridad de la casa.

Jed pasó casi toda la noche pensando en sus opciones. Estaba enamorado de Beth Kennedy. Por fin podía admitirlo. Pero ella no le correspondía.

De manera que podía quedarse allí sufriendo por no tenerla, o podía marcharse para seguir su camino.

El sueño de tener una casa, un hogar permanente, siempre le había dado fuerzas para seguir adelante. Pero aquel sueño había perdido su poder, porque había encontrado otro.

Quería a Beth.

Tal vez, si encontrara un rancho en la zona...

Aquella idea lo hizo erguirse repentinamente en la cama. Era una posibilidad real. La zona era muy céntrica y podía atraer a muchos clientes interesados en sus habilidades como adiestrador de caballos.

Y estaría lo suficientemente cerca para ver a Beth ocasionalmente. Tal vez así se acostumbraría a tenerlo cerca. Volvió a tumbarse mientras se imaginaba a sí mismo como dueño un rancho y como un vecino más de la comunidad.

Mantendría una relación amistosa con las hermanas Kennedy. Las vería en todos los acontecimientos locales y podría saludarlas y charlar con ellas como todos los demás hombres de la zona.

Volvió a sentarse.

No era aquello lo que quería.

Quería el derecho de tener a Beth entre sus brazos, de abrazarla cada noche, de ser el padre de sus hijos. Aquel pensamiento lo llevó a imaginar a Beth con un bebé en los brazos, radiante de alegría.

Se tumbó de nuevo y disfrutó de aquella imagen hasta que volvió a pensar en su problema. No quería ser su vecino. Quería ser su marido.

Se sentó de nuevo mientras se veía a sí mismo entrando en la iglesia con Beth del brazo.

—¿Pero qué te pasa, muchacho? ¿Te has convertido en un yo-yo, o algo parecido? —preguntó Floyd en la oscuridad.

Jed volvió a tumbarse.

—Lo siento, Floyd —murmuró. No se había dado cuenta de que sus movimientos habían despertado a su viejo amigo—. Cuando compre mi rancho, ¿vendrás a trabajar conmigo?

A Jed lo sorprendió el prolongado silencio que siguió a su pregunta. Finalmente, Floyd dijo:

—Lo siento, Jed, pero no podrá hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero quedarme aquí el tiempo suficiente para que Ellen me acepte.

—¿Quieres casarte con ella?

—Cuanto antes. Es la mujer más dulce que he conocido en mi vida.

La voz de Floyd sonó soñadora en la oscuridad, pero Jed podía comprender su emoción.

—En ese caso no te culpo. Buena suerte.

Jed giró en la cama y se quedó tumbado de costado. Ser vecino de las Kennedy no le bastaría, pero al menos sería un comienzo. Empezaría a buscar un lugar al día siguiente.

Solo faltaban cinco días para su primera competición.

Beth trató de encontrar en su interior la emoción que esperaba sentir. Hacía tiempo que planeaba aquello, pero en lugar de sentir excitación sentía temor.

Porque pensaba que Jed se iría en cuanto hubiera terminado la competición.

Durante los días pasados había tratado de que cambiaran las cosas, de que la viera como una mujer madura y asentada. Cada mañana se había maquillado un poco para tratar de realzar sus mejores rasgos.

Pero Jed no parecía haberse fijado.

Compró algunas blusas nuevas en tonos pastel. En una ocasión lo pilló mirándola, pero enseguida se alejó.

Y también se había ausentado del rancho varias veces durante la semana. Volvía a tiempo para su clase, por supuesto, pero nunca le comentaba dónde había estado.

El viernes, Beth fue a Tumbleweed después de comer para comprar la camisa de satén que utilizaban todos los participantes en la prueba de barriles. Se sintió tentada por una de color frambuesa, pero finalmente optó por una verde.

—Esa es la que mejor te queda —dijo la dueña de la tienda—. Hace que tus ojos parezcan enormes.

Al mirarse en el espejo, Beth no se imaginó a sí misma compitiendo, sino recibiendo una mirada de admiración de Jed.

—Bien. Me la quedo.

También compró un sombrero color crema, unos vaqueros a juego con este y unas botas

—Aunque no ganes el concurso, estoy segura de que vas a conquistar el

corazón de muchos vaqueros —aseguró la dueña.

—Gracias, señora Kessler.

Pero Beth no quería muchos corazones. Quería solo uno.

Volvió rápidamente al rancho, anhelando enseñar sus compras a Jed para ver si mostraba algún interés. Pero no estaba allí.

Cuando entró en la cocina, Ellen dijo:

—Jed ha telefoneado y ha dicho que empieces a trabajar por tu cuenta. Volverá en cuanto pueda.

El entusiasmo de Beth por sus compras se esfumó al instante.

—¿Ha dicho dónde estaba?

—No, querida, no lo ha dicho. ¿Qué hay en todos esos paquetes?

—Oh, nada importante —dijo Beth mientras salía de la cocina.

El rancho que había ido a ver Jed no le convenía.

—¿No hay alguno más cercano al Circle K? —preguntó al agente inmobiliario.

—Hay uno bastante cercano, pero en realidad se trata de una granja y es bastante pequeña. La señora Wisner llamó la semana pasada para ponerlo en venta. No he tenido oportunidad de verlo todavía, pero uno de mis colegas lo ha considerado suficientemente adecuado como para incluirlo en nuestra lista.

—¿La granja de Ellen? —dijo Jed, sorprendido—. ¿Qué tamaño tiene?

—Solo ciento cincuenta acres. Por eso no se lo había mencionado.

Jed buscaba un lugar un poco más grande, pero en realidad no necesitaba demasiado espacio para adiestrar a los caballos. Además, si gastaba menos dinero en comprar el rancho podría invertir lo demás en material de trabajo.

Y viviría prácticamente frente a Beth.

—Quiero verlo.

—Voy a llamar a la oficina para ver si podemos ir ahora mismo —ofreció el agente de inmediato.

—No. Hoy no tengo tiempo. Llamaré mañana.

Tenía que volver al rancho para dar su clase a Beth. Pero si compraba el lugar de Ellen, estaría permanentemente cerca de ella.

No tanto como querría, pero sí lo suficiente como para dar una oportunidad a sus sueños.

La sesión de entrenamiento fue bien aquella tarde. Jed llegó cuando Beth y Shorty llevaban ya un rato practicando, pero cuando sacó el cronómetro y le tomó el tiempo, la colmó de alabanzas por lo bien que lo estaba haciendo.

Las cosas habían cambiado aquella semana. Ya no estaban tan tensos como antes del sábado por la noche. Y Jed hablaba más con ella.

No podía decirse que fueran grandes amigos, pero no era amistad lo que buscaba Beth, que se las arregló para acercarse a él más que antes. En un par de ocasiones incluso chocó con él a propósito, con la esperanza de que creyera que había sido un tropezón accidental.

Solo tenía que convencerlo de que un hogar, un lugar permanente en el que vivir, era más atractivo que pasarse la vida viajando. Los vaqueros eran famosos por no quedarse nunca en el mismo sitio mucho tiempo.

—Es una lástima que no vayas a ver la primavera que tenemos aquí —dijo en tono desenfadado mientras desensillaba a Shorty—. Es una maravilla.

—Sí, eso he oído. Creo que a esta zona la llaman el Callejón del Tornado, ¿no? —bromeó Jed con ironía.

Beth estaba tan ensimismada en su sonrisa que casi olvidó responder.

—Es cierto que ocasionalmente tenemos un tornado, pero yo nunca he estado en ninguno.

—Me alegra oírlo —dijo Jed, y se alejó hacia el establo.

Beth suspiró. Jed hacía eso mucho últimamente. Se mostraba amistoso y un momento después se estaba alejando.

Cuando lo vio salir un momento después del establo con un par de cepillos, comprendió que iba ayudarla a cepillar a Shorty. Tomó el cepillo que le ofreció y cada uno se puso a un lado del caballo.

—He comprado una blusa para el rodeo.

—¿De qué color? —preguntó Jed sin apartar la vista del caballo.

—Verde. También he comprado unos pantalones color crema y un Stetson del mismo tono.

—Pues más vale que ganes, o vas a perder dinero en esta carrera.

Beth dejó de cepillar a Shorty y se irguió.

—No compito por el dinero. Quiero ganar para demostrar a todo el mundo que yo también tengo talento.

—Tienes mucho talento, cariño... quiero decir, Beth. No necesitas ganar nada para demostrarlo.

—¿Pero crees que puedo ganar? —Beth contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta de Jed.

—Oh, sí. Si sigues así, podrías participar el año que viene en los campeonatos nacionales. Pero la vida del rodeo es muy dura. No paras de entrenar y de ir de un circuito a otro. No estoy seguro de que vaya a gustarte.

Aquella era la oportunidad que estaba esperando Beth.

—Es probable que tengas razón. Para mí es muy importante el hogar, las raíces.

Jed no dijo nada.

—¿Has querido tener alguna vez una casa, un lugar permanente en el que vivir? —insistió Beth.

—No ha sido una opción que haya barajado en el pasado —contestó Jed a la vez que se erguía—. ¿Has terminado? Yo me ocupo de llevarlo al establo. Ellen tendrá la comida lista en pocos minutos.

Mientras se lavaba, Beth se dijo que debía ser paciente. Jed no estaba acostumbrado a la idea de un hogar. Tendría que trabajar en ello.

Pero temía no tener suficiente tiempo.

Durante la comida, Abby se dirigió a Jed.

—Hoy he oído un rumor sobre ti, Jed.

Él la miró con cautela y Beth hizo lo mismo. ¿De qué estaba hablando Abby?

—¿Qué rumor?

—Dicen que quieres comprarte un rancho por esta zona. ¿Qué planes tienes?

Beth volvió la mirada de inmediato hacia Jed.

—Quiero poner en marcha un centro de adiestramiento. Esta zona está muy bien situada para mi trabajo y he decidido buscar un lugar adecuado. Me gustaría echar raíces.

De acuerdo, pensó Beth. Jed estaba dispuesto a echar raíces. El único problema era que no la quería a ella. Solo quería «raíces».

Capítulo 12

CASI todos los reunidos en torno a la mesa empezaron a preguntar a la vez. Jed notó que Beth no era uno de ellos. Tras lanzarle una mirada perpleja, agachó la cabeza.

No quería que se quedara. Ni siquiera como vecino. El estómago se le contrajo a causa de la ansiedad.

—¿Has encontrado ya algo? —logró preguntar finalmente Abby.

Todo el mundo se calló para escuchar la respuesta de Jed.

—Nada que me haya gustado. Busco algo más cercano que el rancho que he visto hoy, que se encuentra casi en Wichita Falls —Jed sopesó lo que iba a decir a continuación y decidió seguir adelante. Tal vez así obtendría la aprobación de Beth—. Pero hoy he oído hablar de otro sitio que puede que me convenga.

Más preguntas.

Jed alzó una mano. Luego miró a Ellen con la esperanza de que lo que iba a decir no la molestara—. Se trata de tu granja, Ellen.

Ellen se ruborizó, pero sus ojos se iluminaron.

Floyd frunció el ceño.

—¿Vas a vender tu granja?

—Sí. Melissa y yo hemos hablado sobre la posibilidad de que me quede después de que se recupere. Al parecer tiene algunos planes interesantes...

—¿En serio? —preguntaron Abby y Beth a la vez, sorprendidas.

—Oh, no pretendía revelar ningún secreto...

Jed miró a Beth. Al parecer, solo le estaba causando más preocupaciones.

—¿Pero no quieres quedártela? —preguntó Floyd.

—No puedo mantenerla en buen estado, Floyd. Incluso la casa necesita una serie de reparaciones que no puedo permitirme. Obtendré más por ella ahora que si la vendo más adelante —Ellen se volvió hacia Jed—. Pero no es un lugar muy grande.

—El agente me ha dicho que mide ciento cincuenta acres.

—Sí. Y es un lugar que merece la pena si alguien se ocupa de cuidarlo.

Jed sonrió.

—Yo puedo hacerlo. Y como no voy a tener ganado, tampoco necesito demasiado terreno. Comprando menos tierra tendré más dinero para las instalaciones, y eso es lo más importante en el negocio de adiestramiento de caballos.

—Parece que has pensado mucho en ello —dijo Abby.

Jed miró directamente a Beth.

—Llevo mucho tiempo solo y moviéndome de un lado a otro. Me gustaría tener mi propio lugar, un hogar del que no tenga que marcharme.

—Serás bienvenido como nuestro vecino —dijo Abby, pero Jed notó que miraba rápidamente a su hermana.

Todo el mundo asintió enfáticamente, excepto Beth.

—¿Vas a verlo mañana? —preguntó Ellen y, antes de que Jed pudiera contestar, añadió—: No pretendo presionarte, pero lo cierto es que estoy un poco... ansiosa.

—El agente ha prometido llamar esta noche. Espero ir a verlo mañana después de comer. Me gustaría que Beth me acompañara.

Aquellas palabras atrajeron su atención.

—¿Yo? ¿Por qué?

«Porque sin ti dejaría de ser mi sueño», pensó Jed, pero sabía que no podía decir aquellas palabras, sobre todo delante de una audiencia tan amplia. Se aclaró la garganta.

—Para darme el punto de vista de una mujer.

Barney, que estaba sentado a su lado, le palmeó la espalda.

—Viejo truhán. Estás planeando buscar una mujer e iniciar una familia, ¿verdad?

Beth se puso intensamente pálida, saltó de su asiento y corrió hacia las escaleras.

En cuanto recibió la llamada del agente citándolo en el rancho de Ellen a la una del día siguiente, Jed volvió a la casa.

Abby le abrió la puerta.

—Hola, Jed. ¿Quieres ver a Ellen?

—No, la cita es mañana.

—Oh, bien —Abby sostuvo la puerta abierta y lo invitó a pasar—. ¿Te apetece un café?

—Sí, gracias.

Unos minutos después estaban sentados con sendas tazas en las manos. Un incómodo silencio invadió la cocina.

—Abby... ¿se encuentra bien Beth? —preguntó por fin Jed.

—Está bien. Al parecer le ha sentado mal algo, pero ya se ha recuperado.

Jed tuvo que hacer acopio de todo su coraje para mirar a Abby a los ojos.

—Puede que eso sea cierto, pero... creo que está enfadada porque voy a quedarme.

Abby frunció el ceño.

—¿No marchan bien vuestras lecciones?

—El adiestramiento va muy bien. Pero tenemos algunos problemas.

—Ah. O sea, que en realidad has venido a ver a Beth.

Jed tragó saliva.

—¿Crees que querrá bajar a verme?

—Iré a preguntárselo.

Jed permaneció sentado, preguntándose cómo iba a manifestarle a Beth sus sentimientos si ella ya le había demostrado que no le hacía feliz que se quedara. Lo más prudente sería ceñirse a tratar de conseguir que lo acompañara al día siguiente. Después podrían hablar sobre el futuro.

—Abby ha dicho que querías verme —dijo Beth desde el umbral de la puerta, sin acercarse a la mesa.

Jed se levantó.

—Tengo una cita a la una para ver el rancho de Ellen. ¿Vendrás conmigo?

—¿No sería mejor que te acompañara Ellen?

Jed dio un paso hacia Beth y su corazón se contrajo al ver que se ponía tensa.

—Me temo que no sería lo suficientemente objetiva.

Beth se mordió el labio inferior y él tuvo que contenerse para no besarla.

—Está... ansiosa por vender.

—Lo sé. Y yo estoy ansioso por comprar si todo va bien.

—¿En serio?

—Sí. Pero necesito ayuda. Si me acompañas podré tomar la decisión con más rapidez y librar a Ellen de su desasosiego —fue el único incentivo que se le ocurrió a Jed para tentarla.

—De acuerdo —dijo Beth de pronto.

—¿Vendrás?

—Sí. Por Ellen. Ella... se va a quedar con nosotros.

—Sí —Jed dio otro paso hacia Beth, pero se detuvo al ver que ella se

retiraba.

—¿Te encuentras bien?

Beth se ruborizó, avergonzada.

—Estoy bien.

—De acuerdo. Entonces, nos vemos mañana.

—Sí.

—Gracias por aceptar venir conmigo —dijo Jed, y salió antes de decir algo que volviera a disgustar a Beth, como «te quiero».

A la mañana siguiente, Beth hizo mejor tiempo que nunca en el recorrido. Jed la felicitó cuando se detuvo a su lado.

—¡Increíble, Beth! Si lo haces igual de bien en Ponca City, estoy seguro de que ganarás.

Ella le dedicó su mejor sonrisa, que tampoco fue una maravilla. Cualquier deseo de competir había desaparecido de su cabeza. Ya sabía que podía hacerlo bien. Con Shorty y Jed como adiestrador, podía competir.

¿Pero quería hacerlo?

Antes de que pudiera responderse a sí misma, y mucho menos decir nada a Jed, este se volvió para alejarse.

—Si quieres puedes hacer el recorrido un par de veces más. Yo voy a meter a los otros caballos en sus casillas, pero no dejaré de echarle un vistazo por si tienes problemas.

—No. Ya que luego nos vamos, creo que voy a visitar a Melissa antes de comer.

Jed asintió pero no dijo nada más.

Beth quería gritarle, quería saber quién iba a ocupar su nueva casa con él. No creía que fuera nadie que hubiera conocido desde que estaba allí, de manera que debía tenerlo todo planeado de antemano.

Había pensado decirle después de ir a visitar el rancho que no debería comprarlo, que, fuera quien fuese la mujer que pensaba llevar allí, no le gustaría. Pero no podía hacerle aquello a Ellen.

Después de comer, fueron juntos hasta la camioneta de Jed.

—Vamos a reunirnos con el agente inmobiliario en el rancho. Se llama Carl Brown. ¿Lo conoces?

—Sí. Su esposa fue mi profesora de Lengua.

Jed sonrió.

—Ese es uno de los encantos de vivir en un mismo lugar durante mucho tiempo. Acabas conociendo a todo el mundo.

—Sí, es estupendo, a menos que pretendas que no se enteren de algo que vas a hacer.

La sonrisa de Jed se ensanchó.

—Sí, supongo que sobre todo es una ventaja para los padres con hijos adolescentes.

Beth hizo una mueca.

—Supongo, pero a veces no es justo.

Cuando llegaron al rancho de Ellen el agente aún no estaba allí. Jed permaneció tras el volante mientras contemplaba la casa.

—¿Qué te parece?

—Ya había estado aquí antes, y siempre me ha gustado la casa. Le vendrían bien unas reparaciones, por supuesto, pero tiene... carácter.

—Sí —asintió Jed, y sonrió.

No había duda de que estaba especialmente feliz. Probablemente porque estaba pensando en la mujer a la que amaba.

—¿Quién es? —preguntó Beth de pronto.

Él se volvió a mirarla, desconcertado.

—¿Quién es, quién?

—La mujer con la que estás planeando tu futuro.

Una bocina sonó tras ellos, haciéndoles saber que el agente había llegado.

Beth supo que Jed no le iba a responder en aquellos momentos, pero decidió obtener su respuesta antes de que acabara aquel día. No tenía sentido prolongar aquella tortura.

Carl decidió enseñarles la casa lo primero.

—Es una construcción sólida, aunque un poco anticuada. Pero con pintarla y arreglar algunas cosillas quedará como nueva.

—Sobre todo añadiendo otro par de baños —dijo Jed, y sonrió irónicamente a Beth.

Ella estaba de acuerdo, pero los tamaños de las habitaciones le parecían muy adecuados. En cuanto a la cocina, y aunque no fuera una experta en el tema, consideró que necesitaría una buena puesta al día.

—¿Quiere que recorramos juntos el terreno del rancho? Hay un arroyo y varios corrales. Aquí tengo un mapa.

Jed y Carl se inclinaron sobre el mapa y Beth permaneció a su lado. Un minuto después, Jed sugirió ponerse tras el volante mientras Carl le indicaba

las direcciones.

—Yo puedo esperar aquí —dijo Beth.

—No. Tienes que venir con nosotros —Jed la tomó del brazo y la condujo hasta la camioneta.

Cuando llegaron al arroyo, Jed tomó a Beth de la mano y la condujo hasta la orilla.

—¿Suele secarse en verano?

—No —aseguró Beth—. El manantial del que nace no se ha secado nunca.

—Bien —dijo Jed, y estrechó cálidamente su mano. Beth sintió un agradable cosquilleo por todo el cuerpo. Le encantaban sus manos, grandes, fuertes. Eran las manos de un duro trabajador.

Tras visitar los corrales volvieron a la casa. Sin bajar del coche, Jed se volvió hacia el agente.

—Me la quedo, señor Brown.

—Muy bien. Ahora tenemos que negociar el precio. ¿Cuál va a ser su oferta inicial?

—Lo que pide Ellen —contestó Jed de inmediato.

Beth y Carl Brown se quedaron mirándolo.

—¿No quiere regatear? —preguntó el agente, desconcertado.

—Me parece un precio justo, y no quiero que se retrase la compra.

—Bien. Eso está muy bien. Si dejamos resuelto el asunto de la financiación, podemos tenerlo todo resuelto en cuatro semanas —dijo Carl sin ocultar su entusiasmo.

—Nada de financiación. Quiero pagarlo al contado —dijo Jed a la vez que miraba la casa y los terrenos que la rodeaban con expresión satisfecha.

A pesar de la decepción que sentía por no ser ella la mujer que iba a compartir la casa con Jed, Beth se alegró por él.

Carl se quedó boquiabierto.

—¿Nada de financiación? ¿Va a pagar en efectivo?

—Llevo ahorrando e invirtiendo desde que empecé a participar en los rodeos, hace casi quince años. No quiero vivir con deudas.

La sonrisa de Carl fue resplandeciente.

—Es un placer hacer negocios con usted, señor Davis —dijo a la vez que abría la puerta de la camioneta—. Voy a mi coche a llamar a la agencia. Si localizan a la dueña tendré la respuesta en cinco minutos.

Cuando Carl se fue, Jed dijo:

—Creo que la dueña podrá ser localizada, ¿no te parece?

Beth rio, feliz por Ellen y por Jed.

—Probablemente estará sentada junto al teléfono, conteniendo el aliento.

—Sí.

—Pero alguien debería reñirte por estar malgastando tu dinero.

—¿Crees que estoy malgastando mi dinero? ¿No te parece que este lugar merece la pena?

—Sí, pero podrías haberlo conseguido por menos. Recuerdo que alguien me dijo en una ocasión que no había que dejarse engañar.

—Esto es distinto —aseguro Jed, y sorprendió a Beth al pasar un brazo por sus hombros para atraerla hacia sí—. Antes me has hecho una pregunta.

Ella supo al instante a qué pregunta se refería, y se dispuso a escucharlo todo sobre la chica con la que Jed pensaba compartir su vida.

—Aún no sé si me aceptará. De hecho, aún no se lo he preguntado.

Beth tuvo que hacer un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

—¿Cuándo... cuándo vas a preguntárselo?

—Cuanto antes. Pero me temo que la he disgustado. Creo que no está contenta conmigo.

—Si te quiere te perdonará.

—Sí. Ese es el problema. No estoy seguro de que me quiera.

Permanecieron un momento en silencio. De pronto, Beth se apartó de él.

—Tenemos que irnos.

Había olvidado por completo a Carl Brown. Su aparición junto a la ventanilla de la camioneta le hizo dar un grito de sorpresa.

—¡Buenas noticias! La señora Wisner ha aceptado su oferta, por supuesto. Podemos tener los papeles listos en una semana, si le parece bien, Jed. La señora Wisner ha dicho que no tiene ningún problema en que tome posesión de la casa ahora mismo, si quiere.

—Gracias, Carl —Jed alargó la mano hacia la ventanilla junto a la que estaba sentada Ellen para estrechar la mano del agente—. Muchas gracias por su ayuda.

Carl se marchó con una sonrisa en los labios.

—Deberíamos volver —dijo Beth a la vez que se arrimaba lo más posible a la puerta.

—¿Temes que se acorte tu clase?

Beth alzó levemente la barbilla y miró de frente.

—No. He decidido no correr el sábado.

Jed estaba a punto de arrancar la camioneta, pero su mano quedó suspendida

en el aire.

—¿Qué? Pero si vas a ganar. Eso era lo que querías.

—He cambiado de idea.

—Si te rajas tan fácilmente, más vale que no te dediques al rodeo.

Las palabras de Jed hicieron que Beth recordara la ocasión en que lo retó cuando él la amenazó con irse. Desafortunadamente, no creía que el resultado fuera a ser el mismo. En lugar de decir nada, asintió.

—¿Qué sucede, cariño? ¿Por qué has cambiado de opinión?

«Cariño». Cómo le gustaba que la llamara así. Pero Jed no debería hacerlo.

—Si vas a pedirle a tu chica que te perdone, no deberías llamarme eso.

—Me temo que no va a perdonarme ni aunque se lo pida.

Beth miró fijamente a Jed.

—¿Por qué piensas eso? Hace unos minutos parecías pensar que te perdonaría.

—Eso era antes de que me despidiera como preparador.

Jed había dejado de creer en sus posibilidades. Beth no quería nada de él, ni siquiera su experiencia profesional. Miró por la ventana para no ver el rechazo reflejado en su rostro.

Al ver que no decía nada, acabó por volver la cabeza hacia ella. Beth lo estaba mirando, con sus ojos color avellana abiertos de par en par y una expresión de esperanza en su rostro que hizo que el corazón de Jed dejara de latir.

—¿Soy yo? —susurró ella.

Jed no podía hablar. Había demasiado en juego. Pero se las arregló para asentir una vez.

—¡Pero me rechazaste!

Jed no tuvo ningún problema en deducir a qué se refería Beth. Aquellos minutos sobre el pasto no habían abandonado ni un instante su cabeza desde que le dijo que no.

—Me atrapaste por sorpresa, cariño. Te deseaba, pero sabía que no debía... Siempre mantengo una separación estricta entre los negocios y...

—¿Y el placer? —preguntó Beth a la vez que se acercaba poco a poco a él.

—Oh, sí, el placer —contestó Jed.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Cuando vi a aquel vaquero manoseándote decidí que yo te convenía más que cualquier otro. Y he tenido que mentalizarme mucho, ya que apenas sé nada sobre familias. Te dije que nunca me quedaba en ningún sitio demasiado

tiempo, pero te juro que, si me das la oportunidad, nunca te dejaré. También me preocupaba que pensaras que no era lo suficientemente bueno para...

Beth no le dejó terminar la frase. En un instante se colocó junto a él y le cubrió la boca con la mano.

—No vuelvas a decir eso nunca más.

Jed le apartó la mano y la sustituyó por sus labios. Tras un beso que casi le hizo olvidar dónde estaban, murmuró: —¿Querrás casarte conmigo, Beth? ¿Querrás enseñarme todo lo que sabes sobre las familias, sobre tener un hogar?

—Oh, sí —aseguró ella, y volvió a centrarse en los besos, algo respecto a lo que Jed no puso ninguna objeción... hasta que temió perder por completo el control.

—Cariño, tenemos que parar, o nos vamos a meter en un lío.

Beth sonrió sugerentemente.

—Espero que esta vez no tengas intención de rechazarme, Jed Davis.

Jed le acarició la mejilla.

—Una vez que estemos casados no te negaré nada, corazón. Ya que hemos esperado todo este tiempo, me gustaría seguir esperando hasta que estemos casados —al ver la expresión dolida de Beth, añadió—: No se te ocurra pensar que no te deseo. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que es así. Pero mi madre... mi padre nunca se casó con ella. Se fue incluso antes de que yo naciera. Ella fue muy infeliz. Yo quiero hacerlo todo bien. Quiero que nuestro matrimonio dure el resto de nuestras vidas.

—En ese caso, más vale que nos casemos pronto, Jed. Comprendo tus sentimientos, pero no estoy dispuesta a esperar para siempre.

Jed tuvo que reconocer que él tampoco. Estrechó a Beth contra su pecho y le demostró que estaba totalmente de acuerdo con ella.

Epílogo

FINALMENTE, Beth participó en el rodeo de Ponca City. Su preparador personal permaneció en la entrada del ruedo, viéndola competir contra el cronómetro. Y sus pronósticos se cumplieron, porque su pupila ganó el primer premio.

En cuanto desmontó del caballo, Beth se arrojó a sus brazos.

—¡Lo he conseguido, Jed! ¡Lo he conseguido!

—¡Claro que lo has conseguido, cariño! —Jed le dio un beso breve, casi casto, pues estaban rodeados de público.

Beth hizo un puchero.

—No puede decirse que haya sido un gran beso de mi futuro marido.

—Más tarde —prometió él.

Casi de inmediato se vieron rodeados por Abby y un montón de amigos y vecinos. Jed se apartó para dejar que Beth recibiera los cumplidos, pero ella insistió en que volviera a formar parte del centro de atención.

Sissy Stalling pasó junto a ellos con el ceño fruncido. Al ver a Jed se detuvo.

—No me importa lo que te haya pagado ella. Yo doblo tu salario.

Jed miró a Beth y sonrió. Luego miró a Sissy.

—Agradezco tu oferta, pero me temo que no puedo aceptarla.

—¿Por qué no? Acabo de decir que doblo tu salario.

Jed sonrió de nuevo.

—No puedo porque voy a casarme con Beth. Voy a ser su preparador permanente. Hasta que se retire de la competición no entrenaré a nadie más.

Ofendida, Sissy giró sobre sus talones y se alejó a toda prisa. Pero el anuncio de Jed fue recibido con mucha más alegría por parte de los que los rodeaban. Todo el mundo los felicitó.

Beth se apoyó contra Jed y él la rodeó con sus brazos. Incluso en Ponca City, a muchas millas de su nuevo rancho, Jed sintió que había llegado a casa.

Porque su corazón siempre estaría allí donde Beth se encontrara. Y juntos construirían un futuro.